

# LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 18.

NÚM. 208.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ABRIL 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# RECUERDOS

---

Recordando lo último que escribí, ó mejor dicho que dicté, en el artículo precedente, caigo en la cuenta de que por la pintura que hice de mis aficiones, allá por los años en que yo tenía trece ó catorce, que no dejan de ser años en totalidad desde aquella fecha, pudiera pasar á los ojos de mis lectores como un niño cursi é irresistible, y pedante por añadidura, á fuerza de ser aplicado y juicioso.

Y protesto de que en tal figura no habría ni sombra de parecido.

Yo no era el niño con pretensiones de sabio y presunto académico; era como otro cualquiera de mi edad, ni hacía público alarde nunca de mis aficiones científicas.

Me gustaba la ciencia geométrica, la pequeña ciencia que entonces estaba á mi alcance, y los teoremas de Geometría me encantaban, y rebosaba mi entusiasmo infantil en las cartas á que antes me he referido, escritas, más bien que para Bernardino Sánchez, para su padre, de quien hablé largamente en el artículo anterior.

¿No existe, ó por lo menos no ha existido en las novelas bucólicas y pastoriles, que ha sido el género literario más falso que haya existido jamás, la *inocencia pastoril*; género más falso, repito, y más empalagoso cien veces, que el más desatinado libro de caballería? ¿No encantaba á toda una generación el tipo de pastoras y pastorcitos escribiendo nombres en las cortezas de los árboles y poniendo lazos de colores

en las lanas de sus borregos? ¿No ha enternecido á damas y galanes este género de inocencia?

Pues si existe la inocencia pastoril, ¿por qué no ha de existir la inocencia científica de un niño de trece años, que escribe cartas reproduciendo los teoremas de Geometría que aprendió el día antes?

Esto será extraño, raro, poco común; pero cada uno es como es, y yo soy como soy, y como he sido fuí, sin hacer nunca público alarde de mis aficiones, que en estos alardes está el *quid* de la cursilería.

¡Qué remedio, si á mí me ha encantado siempre, tanto como un buen drama, ó más que un buen drama, un hermoso teorema de Geometría!

\*  
\* \*

Todavía recuerdo con íntimo placer, y hasta con emoción (asómbrense cuanto quieran mis lectores), con emoción, repito, el año en que me estuve preparando para ingresar en la Escuela de Caminos, como uno de los años más felices de mi vida; y es que siempre he tenido la precaución y la prudencia de no ser muy exigente en punto á felicidad humana.

Todos los días iba á dar clase con D. Angel Riquelme, que vivía en la calle de las Urosas, frente por frente del teatro que, si no recuerdo mal, por entonces llamaban el teatro del Instituto.

Y como D. Angel era profesor del Conservatorio de Artes, y tres días á la semana, de nueve á diez de la noche, explicaba Geometría descriptiva en una de las clases del antiguo Ministerio de Fomento, yo resolví asistir á este curso de aquel profesor para mí tan querido y tan respetado.

Y prepárense mis lectores á oír una mezcolanza extraña de cosas estrambóticas.

A las ocho y media acababa yo de cenar, me levantaba de la mesa muy de prisa, me rellenaba los bolsillos de castañas, unas veces cocidas y otras asadas, me envolvía en mi capa y

me iba muy de prisa al Ministerio de Fomento, y en él á la clase de D. Angel Riquelme, á oírle explicar Geometría descriptiva.

A las diez terminábamos, y salía yo solo, porque en mis primeros años he tenido pocos amigos íntimos: en estos últimos de mi vida tampoco tengo muchos; y regresaba lentamente á mi casa, pensando en alguno de los problemas que solía ponernos D. Angel Riquelme, forjando figuras en el espacio para resolverlo, dando vueltas á toda clase de combinaciones geométricas, y al mismo tiempo comiendo aquellas castañas de que había hecho provisión.

Y así recorría el espacio que media entre el antiguo Ministerio de Fomento y la calle de la Ballesta, que es donde yo vivía.

Eran noches de invierno, de mucho barro, de mucho frío, de mucha sombra, porque el alumbrado de gas era mezquino, y yo caminaba por entre la gente, con la doble faena que queda dicha: el problema de Geometría descriptiva en la cabeza, las apetitosas castañas entre los dientes. Y en esta gran síntesis, entre lo intelectual y lo material, entre los planos coordinados de la Geometría descriptiva y las castañas asadas, ó cocidas, iba mi espíritu meciéndose en delicias, que, vuelvo á repetirlo, no puedo recordar sin emoción.

Y alguno dirá: «Bonito motivo de emoción».

Y yo replicaré: «Pues las cosas son como son, aunque nadie las comprenda».

Yo era feliz entonces, y el mismo barro, la misma lluvia, el mismo frío, las calles obscuras, el camino largo, la muchedumbre insípida, todo esto toma hoy á mis ojos tintes poéticos para el espíritu, más sonrosados que alborada de primavera.

Y cuando llegaba á resolver el problema que traía en la cabeza, porque no es ésta ocasión de decir que traía entre manos, pues lo que entre manos traía eran las castañas del postre; cuando al fin, entre las negruras de la noche, se me dibu-

jaba la solución luminosa del problema, sentía un placer indecible, algo así como una sacudida eléctrica, y tenía que contenerme y que hundir la cara en el embozo de la capa para no lanzar un *eureka*, que no hubiera sido oportuno que brotase de los labios de un niño de catorce años, en la calle de Carretas, ó en la Red de San Luis, ó en la embocadura de la calle del Barquillo: para el *eureka* está el pórtico clásico.

\*  
\* \*

Pero no era yo solo el que se entusiasmaba con los problemas de Geometría: compartieron años después, no muchos, mis entusiasmos por esta clase de problemas mi admirado profesor y siempre queridísimo amigo D. José Morer y el mismo D. Angel Riquelme.

Estudiaba yo por entonces en la Escuela de Caminos; mas mis relaciones con D. José Morer y con D. Angel Riquelme, sin dejar de ser respetuosas por mi parte, eran cariñosas y cordiales por la de mis profesores.

Muchas noches, muchísimas, íbamos los tres juntos al teatro Real; aunque no á butacas, ni á palcos, que por aquellos tiempos, si bien los precios no eran tan elevados como hoy, la clase media no abusaba ni de palcos ni de butacas.

De mí, no se hable, porque yo era un modesto estudiante; pero D. José Morer era un ingeniero eminente, estaba encargado de un trozo del canal del Lozoya, y, además, por su familia tenía fortuna, y D. Angel Riquelme era el profesor particular que más ganaba en Madrid: quizá ganaría ocho ó nueve mil duros al año; pues así y todo, á paraíso iban con frecuencia á oír á la Frezzolini y á Ronconi.

Eso sí, á delanteras de paraíso, y yo á entrada general, aunque ellos, á veces, me regalaban alguna delantera.

Pues antes de empezar la función, y en los pasillos, con frecuencia hablábamos de Matemáticas ó de algún problema de Geometría, mezclando armonías con armonías, las armonías geométricas con las armonías acústicas.



Y es el caso que una noche habíamos discutido sobre un problema cuya solución no encontrábamos ninguno de los tres, y bajo la impresión penosa, porque es muy penosa impresión para los aficionados esto de declararse impotentes ante una dificultad geométrica, empezó el acto, y entramos á ocupar nuestros asientos.

Los tres, silenciosos; pero tengo para mí que más pensábamos en el problema que en la ópera.

Al cabo de un largo rato, y mientras la tiple hacía gorgoritos, Morer no pudo contenerse, y en voz alta nos dijo á don Angel y á mí: «ya está, ya está, ya lo tengo: las tres rectas pasan por un punto».

Esta era, en efecto, la clave de la dificultad.

Pero imaginen mis lectores el asombro de todos los que nos rodeaban, ante aquella inesperada salida y aquella nota discordante.

Discordante no lo era, mal que pese al pentagrama: que no unen mejor cuatro notas que tres rectas que pasan por un punto.

Todo el mundo nos miró con asombro, y un amigo que estaba en la segunda fila, se inclinó y nos dijo en tono burlón: —Están ustedes chiflados, y se están ustedes poniendo en ridículo.

Sería lo que fuese; pero las tres rectas pasaban por un punto, el problema estaba resuelto: Morer había encontrado la solución entre dos acordes de la orquesta, y un gran peso se nos había quitado de encima.

Oímos el resto de la ópera con verdadero deleite.

\*  
\* \*

Muchas personas se extrañan de estas aficiones mías, múltiples y al parecer contradictorias.

Por ejemplo, mis aficiones por las Matemáticas y por la ciencia en general, y á la vez por la dramática y la poesía.

De lo que yo me admiro es de su admiración.

Sí, las Matemáticas forman una salsa que le va bien á todos los guisos del espíritu; y no lleve á mal el lector estas imágenes, que me atreveré á llamar ultramodernistas.

Las Matemáticas armonizan con la música; esto no lo niega nadie, y armonizan hasta con el arte en general, como que todas son armonías.

Variaciones en una ó en otra forma, que se resuelven en una alta y bella unidad.

Pero dejémonos de metafísica, aunque yo creo que son metafísicas de buena ley, y continuemos la relación de mis recuerdos.

¿Por qué decía yo todo esto? ¿A qué ha venido esta digresión? Ya no lo sé, ni quiero saberlo, ni me importa.

Creo que hablaba de mi amor á la ciencia y de los trabajos que había escrito y que había publicado antes del año 68.

Y que los escribía y los publicaba por amor platónico á mi bien amada la Verdad, sin mira interesada ni egoísta.

Sin interés, repito, de ese que se traduce en piezas de metal ó en billetes de Banco.

Sin ambición de gloria, porque ¿qué gloria podían darme escritos que no encerraban nada nuevo ni trascendental en la ciencia?

No era por entonces propaganda por medio de la ciencia popular; era propaganda de la alta ciencia, acomodada al estado de cultura de nuestro país. Pero no era ninguno de esos chispazos que dejan estela de luz más ó menos prolongada en la historia de la ciencia.

A esto aspiraba yo y aspiré siempre, porque los deseos del más humilde de los mortales son deseos de ambición desatentada; mas ¡ay! en empresas tan arduas no podía empeñarme, porque necesitaba todo mi tiempo para la lucha prosaica de la vida.

Sin embargo, quise hacer un ensayo del orden económico científico: quiero decir, ver si al menos, ya que no con la alta ciencia, con la ciencia popular podía ganar unos miles de

reales; y con este objeto publiqué no sé si uno ó dos tomos de las teorías modernas de la Física, utilizando los artículos que en una primera edición había editado la *Revista de Obras públicas*, con la adición de otros nuevos artículos.

Entré en tratos con un librero, el Sr. de R., al cual autorizé para una edición de 2.000 ejemplares, y él, en cambio, me dió al contado 2.000 reales.

Esta segunda edición no se agotaba nunca (creo que pasaron diez años antes de que se agotara), y la tercera edición no se ha agotado todavía, y sospecho que durará hasta la consumación de los siglos.

Por lo visto, los libros de ciencia no hacen rico á nadie en España; por lo menos, á mí no me han hecho rico, según se demuestra por los ejemplos que he citado y por otros que citaré en esta serie de recuerdos, porque en estos treinta y tantos últimos años he escrito otras muchas obras científicas, con el mismo resultado económico que las anteriores; y no he escrito muchas más, por aquello de que la obligación es antes que la devoción: que si las obras científicas dieran en España medios de vivir, según es mi afición y mi intrepidez para el trabajo, más obras científicas tendría que dramas y comedias.

Los artículos de ciencia popular para los periódicos, éstos ya se portan con más decoro, y por eso he escrito y sigo escribiendo tántos.

He dicho que las obras científicas no producen ganancias materiales, y cuanto más elevadas menos producen; pero debo señalar una excepción: las obras de texto.

Estas en muchos casos, no diré en todos, proporcionan miles de duros á sus autores; pero éste es problema complejo, en que yo no debo entrar, y en el que tengo mis ideas propias, que tampoco son de este momento.

Yo, como he dicho en otro artículo, no llegué á escribir más que un pequeño libro de texto; me produjo unos diez duros, y, como me había costado treinta la impresión, perdí veinte.

Ya lo dije antes, y ahora lo repito, porque hay heridas que cicatrizan difícilmente.

\* \*

He penetrado resueltamente en el año 68; voy aproximándome á los tiempos tempestuosos de la revolución de Septiembre, y llego al año de la Gloriosa, bajo una impresión tris-tísima, del orden privado, de que luego hablaré: me refiero á la enfermedad de mi padre.

No se presentaba amenazadora: era una dolencia mansa, un preludio de la vejez, de esos que duran muchos años; pero la impresión que yo sentía era triste y angustiosa.

Y avanzaba el año, y la revolución se iba condensando en la atmósfera: todo el mundo la presentía, en todas partes se hablaba de ella como de algo inevitable. Unos con esperanza, otros con zozobra, muchos con angustia, todos con curiosidad y resignación, aun los menos resignados.

¿En qué forma, cómo, cuándo iba á estallar? Nadie lo sabía; pero todos esperaban *la gorda*, que este nombre se le daba aun antes de estallar.

Si iba por la mañana á la Escuela á dar clase, los profesores todos, desde los más reaccionarios hasta los de ideas más avanzadas, hablaban de la revolución: sería probablemente en los meses de verano: el calor es un gran estimulante para esta clase de explosiones.

Si iba á la *Revista de Obras públicas*, se hablaba de la revolución como cosa inminente: los generales desterrados á Canarias iban á desembarcar de un momento á otro.

Si iba al Ateneo, arreciaban las noticias: la revolución sería el mes próximo, el general Prim había desaparecido, los espías del Gobierno de González Bravo le habían perdido de vista.

Si alguna noche iba al teatro, en los pasillos no se hablaba más que de *la gorda*, que iba á estallar en la semana próxima; decían que Prim, disfrazado, había pasado la frontera.

Y cuenta que estos centros á que me refiero no eran centros eminentemente políticos; pues las personas que frecuentaban estos últimos, ó que eran amigos de los socios, por ejemplo, de la tertulia progresista, éstos acortaban el plazo y no consentían que terminase la semana sin que hubiera batallones sublevados, gente en los campos y barricadas en las calles de Madrid.

No se respiraban más que vientos de revolución; los más reaccionarios, hasta muchos amigos del Gobierno, la consideraban como inevitable.

Y algunos decían: ¿quién sabe, quién sabe? Puede ser que traiga algo bueno.

Por lo pronto traía el espléndido programa democrático, la serie admirable de derechos individuales, la democracia más pura, el porvenir más brillante, la regeneración de la patria, el engrandecimiento glorioso de España.

La atmósfera estaba cuajada de grandes esperanzas, de hermosas ideas, un entrecruzamiento de luces, la línea quebrada de la centella cruzando la bóveda del arco iris.

Y esto, para el verano, ó para la primavera, ó para la semana próxima, ó para mañana mismo.

Y, sin embargo, pasaban días y meses, y no sucedía nada, y el Gobierno apretaba los tornillos cada vez más, y González Bravo oponía su carácter de hierro á las iras rugientes de todos los partidos liberales: del viejo partido progresista, con sus tradiciones gloriosas y sus grandes masas; del partido democrático, con sus grandes hombres: D. Nicolás María Rivero, Castelar, Martos, Figueras, Pi, que ya acentuaban la nota republicana; de la Unión Liberal, con sus bravos generales en el destierro y sus influencias en el Ejército; y de una emigración formidable: Olózaga, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Castelar, Martos, todos los prohombres de la democracia y el progreso.

Y contra esta suma de fuerzas enormes se aprestaba á la lucha, y contra la masa del país, que si teme lo nuevo, con lo nuevo simpatiza; y que así como en el teatro cuando le intere-

sa el drama pone en la escena sus cinco sentidos, murmurando «á ver qué resulta», así pone alma y vida en la tragedia política, y también siente curiosidad inmensa, la curiosidad de todo un pueblo, que es curiosidad de gigante, por ver qué resulta en el escenario tantas veces ensangrentado de la patria.

¡Ay del drama político y de los actores, si el resultado no corresponde á la espectación, si acaba en sainete lo que el gran público imaginó tragedia!

Es opinión corriente, que en España nadie más que los políticos de profesión se interesan por los grandes problemas, de cuyas soluciones depende la suerte del país.

Y se dice, y con razón, que éste es un mal; pero yo creo que la dolencia que al país se atribuye no corresponde á la realidad.

Los españoles, casi todos los españoles, nos interesamos por la política, pero no como actores, sino como espectadores.

Amamos el teatro, somos descendientes de aquellos que aplaudían á Calderón y á Lope; y para los españoles la política es un gran teatro, y los sucesos de la política son como las peripecias de un drama.

El público aplaude ó silba, por lo regular silba, con razón ó sin ella; esto no lo discuto.

Pero de todas maneras no se siente actor, ni tiene el interés que todo actor de conciencia, y que ama á su arte, siente en favor de la obra que está representando.

Al actor le va en ello su interés más íntimo, su amor propio, el amor al arte, hasta las ventajas personales, que es elemento con el cual, tratándose de seres humanos, debe tratarse siempre.

Al espectador, no; por regla general, nada de esto siente, ni nada de esto le importa.

Que el drama sea bueno ó malo, ¿qué más da? Lo que al público le importa es que la trama dramática, que los episodios, que los personajes, que los sucesos y el desenlace le interesen, que le hagan reir ó que le conmuevan.

Pero su suerte no está unida á la del drama; el drama saldrá mal, y él dormirá aquella noche muy tranquilo.

El drama sale bien, es un triunfo: pues no por eso le brotará al espectador aquella noche una corona de laurel en la frente.

El autor y los actores son los responsables de todo.

Pues una cosa parecida creo yo que le sucede al público español, ante la comedia ó la tragedia política.

Se interesa por ella, como antes decía, y por sus episodios y personajes, y hasta por el final de cada acto.

¿Habrá disolución de Cortes, ó no habrá disolución? ¿Qué resultará de las elecciones? ¿Hay crisis ó no hay crisis? ¿A quién entregarán el poder?

Ha reñido tal personaje político con tal otro; ¡qué conflicto! Gran escándalo en una de las Cámaras; ¿cómo acabará esto?

Soberbio discurso de tal orador político; bien estuvo en su papel.

Formidable problema se prepara; ¿cuál será la solución, ó no tendrá solución?

En todo esto toma parte, y á veces con empeño, el pueblo español; pero como toma parte en las representaciones dramáticas, desde butacas, palcos y galerías: nunca se le ocurre bajar al escenario, que es como si dijéramos acudir á los comicios, mezclarse á los actores, y convertirse él en actor, y en autor si es preciso.

Y yo á mi vez convertido en espectador, é invadido por el estímulo de la curiosidad, preguntaba: ¿Qué resultará?

Lo triste es que el gran público de la nación española, ante el profundo drama de la política, se equivoca grandemente al no poner en el drama más que el interés de la curiosidad.

No, el drama le interesa por manera más honda; él está en el drama, y ha de sufrir sus consecuencias.

Cree que no es más que espectador, y como espectador se porta, sin comprender que, al aplaudir ó al silbar, á sí mismo se aplaude ó se silba.

Que tal escena que le pareció cómica y que le hizo reír, en la realidad de la vida será trágica y ha de hacerle llorar.

Pero, en fin, las cosas son como son, y todo esto lo digo al tanto de lo que antes decía, á saber: que al aproximarse la revolución de Septiembre á grandes esperanzas y á grandes temores, porque aquéllos eran otros tiempos, y las pasiones políticas andaban más despiertas; á esperanzas y temores, repito, se unían como siempre una gran expectación, una inmensa curiosidad.

La revolución viene—decía todo el mundo;—¿qué va á resultar?

Y estamos ya en el verano del 68: el telón va á levantarse; detrás del telón están los personajes del drama, y todas las miradas están fijas en el escenario.

JOSÉ ECHEGARAY



## LA NUEVA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA DE TIRO RÁPIDO

---



La ley que sin oposición acaba de votar el Parlamento, y el Rey ha sancionado con fecha 11 de Enero del presente año, es de innegable trascendencia bajo el punto de vista de la defensa nacional. El ministro de la Guerra queda por ella autorizado para contratar la adquisición de 200 cañones de campaña de tiro rápido, con su dotación de ganado, carruajes, municiones y accesorios, concediéndose al efecto créditos que importan 20 millones de pesetas, distribuídos en tres anualidades (1).

Estos elementos, sumados á los que ya poseen nuestros actuales regimientos de artillería, dejarán á éstos, aunque escasos en número, con seis baterías cada uno completamente armadas, tendiendo á nivelarse con los de otras naciones más adelantadas, siguiendo también con ellas la senda trazada por Francia hace pocos años, cuando anticipándose resueltamente á todas y aceptando en firme las consecuencias, á la sazón dudosas, de un cambio tan radical, distribuyó entre sus baterías el cañón hoy reglamentario, que inmediatamente iba á servir

---

(1) El día 15 de Febrero último se dió cuenta á las Cortes de un nuevo proyecto de ley proponiendo que los sobrantes existentes de un crédito concedido en 1896 para material de artillería (próximamente millón y medio de pesetas, situadas en el extranjero en su mayor parte), se dediquen á la compra de cañones de tiro rápido para *montaña*. Los cuatro regimientos de montaña existentes podrán ser armados con aquellos recursos.

de modelo para los ejércitos de las restantes. Es justo reconocer ahora que en tan delicada cuestión los franceses vieron claro y obraron con audacia afortunada. Inglaterra, los Estados Unidos, Portugal, Turquía, Dinamarca, Suecia, Rusia y Suiza les imitaron desde luego, y en estos momentos reemplazan sus cañones de campaña por piezas similares á las francesas.

Hubo, sin embargo, algunos países que en los primeros momentos no se dieron prisa en llevar á cabo la sustitución, generalmente á causa de haber efectuado en época reciente costosas modificaciones del antiguo material ó compras de otro más perfecto que éste, pero mucho menos que el francés. Trataban de evitar la repetición de un cuantioso desembolso en tan corto tiempo. Tales fueron Alemania, Austria, Italia, Servia, Bélgica, Japón (1).

---

(1) *Austria-Hungría* sólo espera la votación por ambos Parlamentos del crédito de 52 millones de francos pedidos ya en 1905 por el ministro. *Bélgica* acaba de anunciar oficialmente el encargo hecho á la casa Krupp de un cierto número de baterías del mismo género. *Italia*, después de muchos trabajos, obtuvo del Parlamento la ley que lleva la fecha de 5 de Mayo de 1901, y con ella la suma de 60 millones de liras para renovar el armamento, distribuidos en seis años. Lleva gastados 35 y adquiridas 105 baterías de campaña de tiro acelerado y varias de montaña. Ha suspendido la fabricación desde 1903, y, escarmentada, vacila, aunque está á punto de seguir la corriente. *Alemania* ha dudado también mucho, pues sus 2.500 cañones modelo 1896 valen una millonada; mas, con dolor, acaba de claudicar también, y parece que tres fábricas á un tiempo (Krupp, Ehrhardt y otra del Estado) han recibido orden de construir un modelo igual al de las demás naciones. Han de transcurrir dos ó tres años antes de que se halle terminado el encargo. No es aventurado suponer á este propósito que la situación de notable inferioridad en que Alemania se halla respecto á Francia en cuanto se relaciona con el armamento de la artillería, éntre por mucho en la actitud respectiva de ambas naciones en el litigio que sostienen sobre los asuntos de Marruecos. Alemania acaso contrae sus demandas más de lo que desea, no obstante los pasos que lleva ya dados, y á pesar de su formidable poder militar y de la plétora de patriotismo, disciplina y vigor de su Ejército. Francia, á su vez, aunque debilitada por la serie de calamidades que rodean al suyo desde que las doctrinas subversivas y las pasiones políticas han llegado á los cuarteles,

En este grupo de naciones ha estado comprendida también España. El viejo material de nuestra artillería, contemporáneo de la guerra carlista, había rebasado con exceso los últimos límites de su vida, cuando—hace ya ocho años—terminados que fueron los estudios del que entonces reunía las mejores condiciones, se acordó reemplazar el inservible. Los trámites que siguió el expediente antes de ser presentado á las Cortes para que autorizaran la compra, fueron demasiado largos y no se hallaron exentos de tropiezos lamentables. Las frecuentes crisis políticas, obligando á intervenir en la tramitación á tres ó cuatro ministros de la Guerra, los dilataron más; y por fin, cuando en 1901 se entregaban á las baterías los primeros ejemplares fabricados, las revistas técnicas, los catálogos de casas constructoras y los reglamentos franceses difundían casi todos los secretos de construcción y manejo del nuevo tipo de cañón, que algunos llamaron *de tiro rapidísimo*.

No fué, pues, tampoco España agraciada con la suerte de la oportunidad, si bien no se la originaron por ello consecuencias tan sensibles como á los demás países que se encuentran en caso idéntico, puesto que las sobresalientes cualidades balísticas del material en tales circunstancias adquirido, lo hacen utilizable en buenas condiciones por largo tiempo; y además, el corto número de piezas fabricadas (144) reducen el gasto hecho á límites muy inferiores al que hubo de realizarse en otras partes (1).

---

se siente apoyada por sus cañones y resiste más de lo que su rival podía presumir. En cuanto al *Japón*, cuya artillería usa el cañón Arisaka, de tiro acelerado, modelo 1898, no es posible que se aventure por ahora á cambiarlo, después de la tremenda guerra que acaba de sostener y cuando todo el país se halla sumido en la miseria más espantosa.

(1) Varias de estas piezas (24 Schneider) poseen montajes de cuna, siendo análogas á las del modelo definitivo que se construye ahora. Por otra parte, los más esenciales adelantos introducidos para la práctica de las punterías indirectas pueden llevarse á las restantes con insignificante gasto.

Desde que hace veinte años comenzaron los ensayos de las primeras pólvoras sin humo, hasta que en 1901 se obtuvieron en fabricación corriente los montajes deformables ó de cuna, última y la más influyente de las novedades proyectadas para aumentar la rapidez del tiro, las mejoras introducidas en piezas, cargas y proyectiles se han ido sucediendo con breves intervalos.

De todas ellas se hizo feliz aplicación en el cañón francés. Al ser conocido el rendimiento de que éste era susceptible, el asombro fué general. Y ocurrió desde el momento, como es lógico, la idea de aprovechar la potencia individual de tales armas, llevando modificaciones radicales á los procedimientos de tiro y puntería, para tratar de obtener una potencia colectiva proporcional.

De suerte que, tan sólo durante el lustro que acaba de transcurrir, se han efectuado transformaciones de tal entidad en el material de la artillería de campaña y en el modo de dirigir sus fuegos, que bastan para justificar la diligencia con que todas las naciones han procedido á renovar las dotaciones de sus respectivos ejércitos.

Las páginas que siguen puntualizan el estado actual de una cuestión que hoy tanto preocupa en Europa y América. La materia tratada es particularmente interesante en estos momentos para el lector español que desee apreciar con facilidad (y lo hará seguramente con satisfacción) el grado de eficiencia del sacrificio que el Tesoro se impone, y el positivo incremento que la fuerza militar de la nación recibe, al retirar definitivamente del servicio los viejos cañones de bronce y acero de 9 y 8 centímetros, dejando dotada á toda la artillería de campaña con los de acero de 75 milímetros, de moderna construcción.

Son varias las grandes manufacturas extranjeras de cañones que presentan tipos perfectos de tiro rápido para campaña. Pero, ya se trate de los modelos alemanes Krupp ó Ehrhardt, del belga Cockerill-Nordenfelt, del francés Schnei-

der (1) ó del Skoda de Pilsen, tan sólo los detalles les hacen diferir, siendo comunes sus cualidades características, é igualmente aplicables á todos ellos las doctrinas que rigen hoy acerca del manejo y empleo de estas armas en los combates. No cabe, por lo tanto, distinción entre unos y otros, en la ligera exposición que de aquellas cualidades y de estas doctrinas nos proponemos efectuar.

#### LA MODERNA EVOLUCIÓN DEL MATERIAL

##### Y EL DESARROLLO PROGRESIVO DE LA RAPIDEZ EN EL TIRO

La clásica pólvora negra, antes usada, era una mezcla de salitre, azufre y carbón, que producía al inflamarse considerable cantidad de humo y de residuos sólidos. El humo rodeaba por completo al cañón después del disparo, y á menos que un fuerte viento lo disipara, obligaba al artillero apuntador á permanecer inactivo después de hacer fuego, hasta que lentamente iba desapareciendo y consintiendo ver de nuevo el blanco. Los residuos sólidos ensuciaban el ánima, los aparatos de cierre, la recámara..., que otro artillero se encargaba de limpiar con agua de jabón entre disparo y disparo.

La pólvora negra ha sido reemplazada por la pólvora sin humo, obtenida tratando la *nitrocelulosa* (algodón, ácido nítrico, ácido sulfúrico) por un disolvente (éter, alcohol) (2). Como su inflamación apenas proporciona humo ni residuos sólidos, no interrumpe la visual al apuntador, ni hace necesaria la limpieza del arma después de cada tiro. Con su empleo se dió un primer paso en favor del aumento de la velocidad del fuego.

El antiguo material se cargaba introduciendo primero el

---

(1) Este será probablemente el que se adquiriera para España.

(2) La pólvora propia para los cañones de campaña afecta la forma de *macarrones*, de 100 milímetros de longitud y 4 milímetros de diámetro exterior. Se produce de condiciones excelentes en la fábrica de Granada.

proyectil en la recámara, sentándolo después, colocando seguidamente en ella la pólvora, encerrada en un saquete; y poniendo, por último, en la recámara ya cerrada un estopín, artificio destinado á dar fuego á la carga. Este conjunto de operaciones queda hoy reducido á una sola, porque proyectil, carga de pólvora y estopín van unidos, formando un *cartucho* semejante al del fusil. Su vaina metálica, obturando la recámara, impide los escapes de gases y permite aplicar á las piezas cierres más sencillos que los antiguos, capaces de abrir ó cerrar el cañón y lanzar la vaina vacía con un solo movimiento, casi instantáneo. Todo ello, como se ve, ayuda á ganar tiempo y, por lo tanto, á hacer más veloz la continuidad de los disparos, que aun se ha precipitado colocando las municiones junto á las piezas durante el fuego, y empleando aparatos especiales para graduar automáticamente las *espoletas* (delicados artificios que los proyectiles llevan en su ojiva ó punta, destinados á producir la explosión de éstos en el instante que corresponde á la graduación ordenada por quien dirige el tiro).

Subsistía, no obstante, el obstáculo de más entidad entre los que dificultaban el progreso iniciado, el cual estaba exclusivamente relacionado con la *puntería* del cañón. Al hacer fuego, la pieza necesariamente retrocede; y para dejarla apuntada de nuevo y repetir después el disparo, los sirvientes se veían obligados á trasladarla á brazo hasta el mismo lugar que ocupaba antes de ejecutar el anterior disparo; aun debía completarse esta operación, penosa y relativamente larga, con la tarea, también lenta, de apuntar.

Adicionando un *arado* al extremo del montaje que apoya en tierra, se consiguió disminuir, casi anular, el retroceso. Con la reacción del primer disparo el arado agarra en el terreno, y como para los sucesivos la pieza apenas habrá cambiado de posición, los sirvientes no necesitan ya trasladarla á brazo, según antes ocurría, aunque siempre habrán de apuntarla valiéndose de pequeños movimientos sobre el propio terreno en que está asentada.

El cañón alemán modelo 1896, que todavía es hoy reglamentario en aquel ejército, fué construído en vista de todas las innovaciones que llevamos anotadas: pólvora sin humo, cartucho metálico, arado de contera. Obtuvieronse con él de ocho á diez disparos por minuto, nombrándosele de *tiro acelerado*. De tiro acelerado es también la mayoría del armamento (120 cañones) que nosotros adquirimos en 1901-903 (1).

Tal velocidad de fuego pareció dejar satisfechos á los oficiales de artillería más exigentes, á quienes no preocupaba ya este detalle, entre otros motivos, por el muy poderoso de que la corrección del tiro, tal como hasta el día se venía efectuando, requería una cierta lentitud, de la que no se juzgaba posible prescindir. Pero Francia, entretanto, haciendo caso omiso de estas consideraciones y de otras de menor cuantía, construyó secretamente su cañón modelo 1897, que duplica la velocidad de fuego del alemán, llegando y aun superando los veinte disparos por minuto y pieza.

El fundamento de tan decisivo adelanto puede exponerse en pocas palabras.

Se acaba de indicar cómo por medio de un arado de contera se adhiere el montaje al terreno, obligado por la fuerza del retroceso que proviene del primer disparo. Ahora bien, el cañón quedará apuntado de un modo permanente si se logra que sea *absoluta* la adherencia de la pieza al suelo, y esto se alcanzará evitando el tremendo choque que todo el sistema (cañón y montaje), siendo rígido, da contra sus puntos de apoyo en el terreno á cada disparo; choque que es precisamente la causa de que se origine un desvío de importancia del eje del cañón entre dos disparos consecutivos; que de otro modo, sólo apuntando de nuevo se podría anular. Con el fin antedicho, los modernos tipos llevan un freno *hidro-neumático* (2) situado entre

---

(1) Los frenos y recuperadores que lleva este material difieren en su colocación y modo de obrar de los del cañón de tiro rápido, que á continuación se mencionan.

(2) De cuatro cilindros en el modelo Schneider.

el cañón y su montaje. De esta manera la acción del retroceso actúa directamente, no sobre el montaje, sino sobre el freno; y como *la resistencia de éste es menor que la ofrecida por el terreno*, claro está que el cañón retrocede suave y lentamente, resbalando á lo largo del montaje, que, por consecuencia, no se mueve. Además, el cañón apoya en un *recuperador*, constituido por fuertes muelles de acero, que oponiéndose también al retroceso lo aminora, almacenando al propio tiempo cierta parte de su energía, que sirve para que el cañón vuelva automáticamente á la exacta posición que ocupaba antes de hacer fuego.

Con estas disposiciones, la puntería permanecería casi inalterable después de cada disparo, y el artillero apuntador sólo necesitaría rectificarla ligeramente. Pero hasta esta pequeñez se ha evitado con otro perfeccionamiento más en el montaje. Al efecto, el cañón y su freno no descansan directamente en aquél, sino en una pieza intermedia llamada pequeño montaje ó *cuna*, giratoria alrededor de un eje horizontal, que es quien verdaderamente descansa en el montaje. Esta ingeniosa modificación ha permitido trasladar á la cuna los aparatos de puntería, que siempre han ido unidos al cañón; y como durante el retroceso la cuna no se mueve, el apuntador puede mantener fija la puntería ó variarla (según convenga), sin preocuparse de la marcha del fuego ni de los movimientos producidos en el cañón por los disparos.

La simultánea aplicación de estos tres elementos mecánicos, *freno hidráulico*, *recuperador* y *cuna*, es lo que ha duplicado, de una sola vez, la rapidez del tiro, cuya progresión ascendente sorprende. Disparo y medio por minuto y pieza rendía nuestro cañón de campaña hasta 1901; diez disparos el de *tiro acelerado* que entonces se entregó á las baterías; de veinte á veinticinco, por lo menos, rendirá el de *tiro rápido* que ahora se construye.



## EL PROYECTIL

Merecen párrafo separado los modernos proyectiles de esta artillería, *la herramienta de la máquina*, puesto que su influencia es de primer orden, no menor que el poder con que interviene la rapidez de tiro, en el resultado que con los fuegos de aquella arma se pretende obtener.

El cometido principal que el cañón está obligado á cumplir en el campo de batalla consiste en inutilizar á distancia, con su fuego, hombres, ganado ó material que el enemigo sitúe al descubierto. Se valió para ello durante largo tiempo de la *granada*, de forma cilindro-ogival, de fundición de hierro, hueca, cargada con pólvora negra. Estallaba por choque contra el terreno, produciendo un cierto número de cascotes, cuyo peso y velocidad eran suficientes para dejar al objetivo fuera de combate si el punto de explosión se encontraba á corta distancia y delante de aquél.

Terminada la gran guerra de 1870-71, Alemania introdujo en su artillería un proyectil nuevo, *el Shrapnel*, que es quizá la innovación de mayor entidad entre todas las que registra la historia contemporánea de la artillería de campaña. El *Shrapnel* del cañón de tiro rápido no es otra cosa que una delgada envuelta de acero, de la misma forma cilindro-ogival que la granada, cuyas condiciones de resistencia evitan su rotura al salir del cañón, permitiendo, no obstante, disponer de su gran volumen interior, destinado á encerrar el mayor número posible de balines de plomo endurecido compatible con el peso mínimo que cada uno de éstos ha de tener, necesariamente, para poder penetrar en el organismo de los seres vivos, é inutilizarlos. Trescientas balas encierra el *Shrapnel* del cañón de tiro rápido, cuya explosión, que tiene lugar en el aire, es provocada por una carga explosiva de pólvora con humo colocada en su parte posterior. Verificada la explosión, las balas obran libremente, en virtud de la energía que el conjunto

conserva, como resultado de la impulsión inicial que la carga de pólvora sin humo, llamada de *proyección*, ha impreso al proyectil entero á su salida del cañón. Para que aquél explote en el instante que convenga, lleva—según se hizo notar—una espoleta graduada en segundos y fracciones de segundo, artificio de construcción delicada, como corresponde al importantísimo papel que desempeña.

El tiro de *Shrapnel* constituye un espectáculo cuya contemplación admira é impresiona el ánimo de quien lo presencia por primera vez. Tirando, por ejemplo, contra un objetivo distanciado 3.000 metros de la batería, si se ha dado á la espoleta la graduación correspondiente á esta distancia, la explosión se efectúa normalmente en el espacio, á 60 metros delante del blanco y á 10 metros sobre el suelo. En estas circunstancias, los balines se distribuyen en el interior de un cono cuyo vértice es el punto de explosión, y que corta al terreno, cubriendo con ellos una zona elíptica de 200 metros de profundidad y 40 de anchura. Siempre que los objetos batidos no estén alejados más de 6.000 metros de la batería, serán alcanzados en la forma que acaba de verse por los *Shrapnels* que ésta dispare.

La mayor potencia del cañón moderno (uno de cuyos factores, que es la velocidad inicial con que el proyectil sale de su boca, se eleva á 500 metros por segundo), es quien principalmente ha consentido aumentar hasta 300 el número de balines que el *Shrapnel* encierra, número que no pasaba de 140 en el modelo Krupp antes reglamentario. Cada uno de aquellos 300 pequeños proyectiles pesa 10 gramos, y debe poseer, á las distancias de combate, una velocidad mínima de 125 metros por segundo, para que su trabajo no sea inferior á ocho kilográmetros, indispensable para inutilizar á hombres ó caballos.

Organizado un *Shrapnel* en tales condiciones, y acrecentada la rapidez de tiro del cañón en los términos ya conocidos, el enorme desarrollo de la eficacia de esta arma, aun siendo la

natural consecuencia de ambos progresos, alcanza un valor apenas presumible. Así, cuando—treinta años atrás—la granada era el solo proyectil utilizado contra tropas, cada disparo producía treinta cascos utilizables para herir á un blanco que se hallara inmediato al punto de explosión (40 metros, á lo sumo). Podían entonces dispararse de uno y medio á dos proyectiles por minuto y pieza, con un total de *sesenta* cascos.

La adopción del *Shrapnel* modificó notablemente estos resultados, en términos tales que nuestra anterior pieza Krupp de ocho centímetros (1874-1901), disparando dos *Shrapnels* por minuto, proporcionaba en este mismo tiempo *doscientos ochenta* balines mortíferos. La eficacia quedó ya cuadruplicada. El cañón de tiro acelerado, hoy en poder de las baterías, con sus *diez* disparos de á 300 balines, arroja *tres mil* de éstos también en un minuto, cifra que se elevará á más de *seis mil* con el de tiro rápido que se adquiriera. Por eso ha podido decir, sin exageración, un general y artillero eminente (1) que, *no faltando municiones, con el actual cañón de campaña se llega á obtener un efecto útil cien veces superior al que rendía, hace treinta años, el modelo más perfecto de los entonces existentes.*

El *Shrapnel* puede obrar también por choque contra un obstáculo ó contra el terreno, dándose para ello á la espoleta la disposición conveniente antes del disparo. Entonces los efectos producidos son análogos á los de la granada y propios para batir objetos resistentes ó baterías bien visibles. Con el fin de evitar complicación en el municionamiento, algunas artillerías han preferido tener como única dotación el *Shrapnel*, provisto de la espoleta de doble efecto.

Mas, por regla general, es hoy cuestión resuelta la de dotar definitivamente al cañón de campaña con otro proyectil de gran potencia, *la granada rompedora*, cargada con gran

---

(1) General Rohne: *Entwicklung der modernen Feldartillerie*, Berlin, 1904.

cantidad de un fuerte explosivo (1), que en los primeros ejemplares consistió en algodón pólvora. Su objeto principal es el que últimamente se ha indicado para el *Shrapnel* de percusión; es decir, aplastar un obstáculo cuya resistencia no sea excesiva, valiéndose, no del efecto de choque, sino del que (cual si se tratara de una mina) es capaz de producir, por sí mismo, el explosivo que el proyectil lleva encerrado. Tal sucede en el ataque de caseríos, tapias, bosques, artillería al descubierto y bien visible, y material de toda clase.

#### EJECUCIÓN DEL FUEGO

La Industria, después de vencer por su sola iniciativa las dificultades que se oponían para llegar á los resultados que se acababan de patentizar, parece haber consentido un alto en la vertiginosa carrera emprendida últimamente por el material de campaña en el camino de su evolución (2), y aprovechó esta pausa para redoblar la propaganda, enalteciendo las cualidades de sus productos, asombrando á las Comisiones de experiencias con pruebas de tiro bien preparadas, dando facilidades para la compra, llegando hasta á avivar el recelo entre las diversas potencias... y logrando, al fin, con el ejemplo de Francia, imponer sus adelantos en todas partes. Los artilleros, entretanto, después de estudiar y discutir mucho, van ponién-

---

(1) La Comisión de experiencias de artillería está terminando las pruebas con cuatro explosivos distintos: *ammonal*, *ácido picrico*, *schneiderita* y *picritina*. En breve decidirá cuál de ellos ha de ser el reglamentario en España.

(2) El único problema industrial que aun queda sobre el tapete, el del aprovechamiento de la fuerza del retroceso para abrir ó cerrar la recámara automáticamente, preparando además el cierre para hacer otro disparo, no es fácil que aumente la rapidez en más de cuatro ó cinco tiros por minuto, como lo prueban dos ensayos recientísimos, aplicados, el uno al cañón inglés modelo 1905, y el otro á uno experimental acabado de construir en los Estados Unidos.

dose de acuerdo para renovar los anteriores procedimientos de combate por otros que convienen mejor á las armas que se les confía, los que, conjuntamente con el poder de éstas, reducirán, sin duda, las horas sangrientas de los futuros combates, á costa de la más rápida destrucción de los adversarios.

En el campo de batalla jamás el tiro de la artillería se ejecuta aisladamente, es decir, obrando cada pieza por sí sola. Por el contrario, éstas se reúnen por *baterías* (de cuatro cañones en la actualidad). El capitán que manda cada una de ellas es quien tiene en la mano todo el mecanismo de su tiro, manejando el conjunto cual si éste constituyera una sola arma de repetición, ateniéndose á reglas minuciosas no exentas de complicación.

Esta unidad de acción dentro de la batería no implica tampoco su aislamiento absoluto. Para que cada una de ellas ocupe en el campo la posición que más convenga; para que los efectos de su fuego se entrelacen con los del que otras proporcionan, y para cumplir con otros fines que caen bajo el dominio de la táctica, las baterías se reúnen también por *grupos* de dos ó tres, á las órdenes de un jefe superior, encargado de armonizar los diversos cometidos con un solo criterio, desligándose de los detalles de ejecución, en cuanto con el tiro se relaciona.

Mas ni la reunión de piezas por baterías ni la de éstas por grupos satisface al modo de combatir de los colosales ejércitos modernos. Obligados como éstos se hallan á atacar y defenderse á lo largo de frentes que abarcan muchos kilómetros, sobre los que se presentan accidentes del terreno, bosques, ríos, pueblos, plantaciones, etc., que ejercen singular influencia en el resultado de la acción de guerra, necesitase disponer en ciertos momentos, no ya del fuego de baterías, ni del de grupos, sino del de *regimientos* enteros (de 24 á 48 cañones), *brigadas* (hasta de 96) y aun del de *masas* de cientos de piezas (llegando á ocupar por sí solas los dos tercios del frente total de batalla) para cubrir de plomo, en poco tiempo, aquellas zo-

nas que en cada caso convenga, según el criterio del general que asume el mando y la responsabilidad suprema de la operación.

Expongamos algún pormenor acerca de la forma en que esto se efectuaba con el antiguo cañón. Una vez colocada cada batería en la posición de fuego que en la distribución del conjunto se les asignó, su capitán indicaba á los artilleros el blanco ó parte de blanco que habían de batir; mandaba apuntar á la distancia por sí mismo apreciada; averiguaba, valiéndose de la observación de los disparos cortos ó largos, cuál era la distancia verdadera; corregía, afinaba su tiro á esta distancia, y ordenaba, por último, disparar rápidamente á todas sus piezas hasta que, pocos momentos después, si la corrección estaba bien hecha, quedase el blanco aniquilado. Tal era, resumido en pocas frases, el procedimiento de tiro alemán seguido por todas las artillerías del mundo, con pocas variaciones.

La tarea descrita era indudablemente incompatible por su lentitud con la velocidad de fuego de los cañones de tiro rápido, cuya primordial cualidad no se aprovechaba. Además, luchando á distancias superiores á 3.000 metros, las gigantescas dificultades que la visión ofrece conducen á apreciaciones erróneas de observación, anulando el efecto de un fuego que, mal dirigido, es más peligroso para el que lo malgasta y se descubre que para el adversario que impunemente lo desafía. Por eso los franceses, al hacerse cargo de su actual cañón, comprendieron que podía y debía tratarse de evitar tan graves inconvenientes, y á este fin introdujeron modificaciones en los métodos de tiro, que encierran gran novedad, contribuyendo esencialmente al aumento de la potencia colectiva de aquella arma.

No se abandona el procedimiento anterior, aplicable con ventaja en determinados casos; pero se da al capitán la facultad de batir *grandes zonas* del terreno que comprendan al blanco, sin preocuparse—como antes sucedía—de la precisa situación de éste ni de su distancia exacta á la batería; *los apun-*

*tadores no apuntan ya al blanco mismo, sino á una referencia común visible* (1) que el capitán les designa anticipadamente. Cuando aquella distancia sea considerable; cuando el fuego contrario sea muy mortífero y no dé tiempo para otra cosa, y cuando el enemigo apenas se distinga ó esté oculto, caso muy general hoy en los combates, este procedimiento hallará su mejor aplicación.

Por una parte, queda suprimida la pérdida de tiempo que lleva consigo en estos momentos críticos la necesidad de que todos los apuntadores lleguen á percibir sin error el blanco. Además, batiendo *zonas* anchas de terreno en vez de *líneas* enemigas, los errores de observación del fuego y apreciación de distancias no ejercen un influjo decisivo en el resultado del tiro. Se comprende que, para hacer esto posible, hay que *sembrar* rápidamente tales zonas de balines, tratando de inutilizar á cuantos hombres y caballos las ocupen ó traten de atravesarlas. Bástale al capitán, primero, por medio de rápidas descargas de sus piezas, comprender el blanco dentro de una zona de 200 á 400 metros de anchura, y después ordenar que cada pieza arroje súbitamente sobre aquélla en todos sentidos suficiente número de proyectiles. Con simples movimientos de manivela los artilleros pueden variar á cada instante la boca de los cañones en sentido horizontal y vertical, y dejar realizado el fin que el capitán se propone.

Unas cuantas cifras nos evitarán otros detalles y harán menos enojosa la aridez que estos renglones encierran para el lector no profesional.

Siguiendo la norma acabada de exponer, una batería de cuatro piezas está en aptitud de cubrir uniformemente con 15.000 balines una parte del suelo de 100.000 m.<sup>2</sup> de extensión superficial (200 metros de frente por 500 de profundidad). Dos minutos es tiempo sobrado para ello. Todo sér viviente

---

(1) Es lo que constituye la *puntería colectiva*, que se efectúa con el auxilio de goniómetros, como luego explicaremos.

que circule en la zona batida será alcanzado cuando menos por seis balas si se halla á un kilómetro de distancia de las piezas, por dos si está alejado dos kilómetros, y todavía recibirá *seguramente* una, si son tres los kilómetros que le separan de la batería que dispara.

Con estos datos á la vista, puede concebirse el estrago que cabe esperar del fuego de las grandes masas de cañones de tiro rápido puestos en batería por dos ejércitos adversarios en una lucha de naciones organizadas (1). Un solo cuerpo de tales ejércitos que tenga delante otro contrario, despliega normalmente sus líneas de fuego sobre un frente de cuatro kilómetros. Los jefes superiores de la artillería distribuirán el frente opuesto (de igual extensión) entre las baterías que debñ batirlo sin solución de continuidad. Veinte baterías por lo menos (80 cañones) serán indispensables por cada parte. En dos minutos pueden aquéllas reglar su tiro y sembrar de balas las zonas que respectivamente se les marca, arrojando 960 *Shrapnels* (2), con un total de cerca de 300.000 balines, que cubrirían una extensa faja de terreno de 2.000.000 de metros de extensión superficial ( $4.000 \times 500$ ). Es como si, valiéndose de una colosal regadera, se rociase de plomo y acero todo el frente que el enemigo ocupa, en menos tiempo del que tardara en vaciar su líquido la que manejara un hortelano.

Períodos de calma tendrán que alternar forzosamente con otros de actividad en el fuego, dando á los combates venideros un aspecto nuevo y característico; porque ni es posible sostener el tiro nerviosamente sin interrupción, ni lo permitiría el municionamiento propio ni el fuego contrario, ni el enemigo aguantaría candorosamente al descubierto las continuas rociadas, sino que tratará de abrigarse por cuantos medios es-

---

(1) En Mukden (18 de Febrero á 10 de Marzo de 1905) 1.500 cañones rusos se opusieron á 1.084 japoneses. En Liaoyang (24 de Agosto á 4 de Septiembre de 1904) fueron 780 los cañones rusos y 600 los japoneses.

(2) Seis toneladas de plomo y acero.



tén á su alcance. Todas las armas combatientes, por esto, tomarán sus medidas para esquivar en ciertos momentos los efectos de ese fuego, que, *bien dirigido*, convertiría de otro modo las guerras modernas en catástrofes horrendas.

#### PROTECCIÓN CONTRA EL FUEGO ENEMIGO

Nada protege mejor durante un combate que el terreno mismo. Una tropa bien guarecida en él, no sólo quedará resguardada de los efectos de una gran parte de los proyectiles que se la dirijan, sino que se sustraerá á la percepción del contrario, quien se verá, por esta sola causa, imposibilitado de dirigirle el fuego.

Aunque á primera vista no lo parezca, la artillería puede fácilmente ocultarse para combatir. Conducida con pericia por sus oficiales hasta alcanzar las inmediaciones de las crestas de las alturas, que son sus posiciones naturales para la lucha; desenganchadas las piezas detrás de dichas crestas, sin descubrirse, para ser avanzadas á brazo por los sirvientes, hasta que justamente puedan los respectivos apuntadores dirigir las visuales de puntería rasantes á las cúspides; situados, además, en la hondonada ganado y municiones, la superficie de las baterías visible para el enemigo es pequeñísima: tan sólo las bocas de los cañones y las cabezas de los artilleros se podrán distinguir difícilmente con buenos gemelos; y como el gran alcance del cañón permite á dichas unidades mantenerse inmóviles bastante tiempo, circunstancia que no es aplicable á la infantería ni caballería, es mayor el riesgo de éstas que el de la artillería, para ser descubiertas, en el transcurso del combate.

Pero aun en condiciones tan ventajosas de seguridad, por poco que se deje ver, por la sola sospecha que abrigue el enemigo de que ocupe aquella posición, ya esté fundada en los limitados movimientos del personal, ya en la luz de los fogona-

zos de sus disparos, está expuesta á dejarse cañonear y destruir por los procedimientos ya conocidos, puesto que una vez descubierta, la protección real que el terreno le facilite contra las balas del *Shrapnel* es bien escasa. Era necesario sacar mayor utilidad de los accidentes del suelo: había que llegar hasta *hacerse completamente invisible del enemigo* en las posiciones de fuego, situando las baterías retrasadas de las crestas, tirando por encima de ellas, salvándolas, gracias á la curvatura de la trayectoria que el proyectil recorre desde que sale del cañón hasta que llega al punto de explosión. De este modo sólo quien dirige el fuego, el capitán, distingue al enemigo. Este, á su vez, nada ve: recibe con desesperación el fuego, é ignora de dónde proviene.

Muchos y continuados esfuerzos se han venido dedicando durante varios años para dar solución práctica á tan interesante problema, que al fin es también resuelto satisfactoriamente. El escollo, imposible de salvar al parecer, residía en la dificultad de dejar las piezas apuntadas sin necesidad de que los apuntadores dirigieran directamente al blanco las respectivas líneas de mira. Estudiando detenidamente la cuestión, se cayó en la cuenta de que tal dificultad podía evitarse apuntando, no al blanco mismo, sino á cualquier objeto lejano bien visible que se descubriese en el horizonte (campanario, árbol, casa, etc.), fuese cualquiera su dirección, y hecho esto, girar los cañones hasta que sus ejes formen un ángulo conveniente con la dirección apuntada, de tal manera que sus prolongaciones cortasen al blanco en el punto deseado. El capitán es quien mide aquel ángulo y designa su valor, el único, por lo tanto, que necesita ver al propio tiempo el objeto apuntado y el objeto batido, es decir, el *blanco real* y el *blanco auxiliar*. Los sirvientes se limitan á apuntar á este último y á dar á los cañones la dirección marcada por aquél. Un goniómetro (1) que el montaje de la pieza lleva (los órganos mecánicos ya des-

---

(1) Aparato para medir ángulos.

criptos impiden que la trepidación originada por los disparos (lo destroce), sirva para el objeto. Esto no podía fácilmente corregirse, claro está, con el antiguo material, desprovisto de aquellos aparatos. En cuanto se hizo posible su empleo, la ansiada *puntería indirecta* tomó un carácter práctico que la ha permitido ser ordinariamente empleada en el tiro de la artillería (1).

Las consecuencias de un cambio tan radical en los procedimientos no deben, sin embargo, exagerarse. Indispensable es hoy que toda artillería esté perfectamente familiarizada con este modo de proceder para no hallarse en inferioridad ante las demás; pero debe también estar preparada para arros-trar el peligro, no siendo esclava del terreno, sino aprovechándose de él cuando buenamente se le presente ocasión. En la ofensiva sobre todo, la necesidad de avanzar con resolución

---

(1) Durante la última guerra, rusos y japoneses han hecho uso con frecuencia de la puntería indirecta, aunque empleando los toscos y erróneos procedimientos anteriores al uso del goniómetro. No es de extrañar por esto que los resultados no hayan sido siempre verdaderamente eficaces por una y otra parte. Además, la preparación científica de la oficialidad de artillería rusa era deficiente, y parte del material, modelo 1900, lo recibió durante el curso de la campaña. La japonesa usó un cañón de tiro acelerado que carecía de las condiciones necesarias para llevar á efecto la puntería indirecta en la forma que se ha explicado.

«En Liaoyang—dice el capitán Giannitrapani en la *Rivista di Artiglieria* italiana—todas las baterías rusas del primer cuerpo se situaron detrás de las crestas, de modo que sólo podían emplear la puntería indirecta. En la llanura, á 4.000 metros de las posiciones rusas y *desenfiladas por el gaoliam*, que tenía tres metros de altura, cubriendo en absoluto de las vistas, estaban las baterías japonesas de la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> división, sobre las cúspides se encontraban los observatorios del tiro, unidos telefónicamente con las baterías.»

El *Rousskú Invalid* ha publicado también minuciosas reglas para la utilización de las señales ópticas en la puntería indirecta.

Por último, un testigo presencial de la batalla de Vanfangon dice: «El día 14 de Junio (1904) ni siquiera vimos al enemigo (japonés); sus baterías tiraban sobre nosotros ocultas tras las montañas y escapando á nuestras miradas.» En esa acción de guerra, la destrucción de la artillería rusa fué casi completa.

á descubierto obligará á apuntar directa y rápidamente sobre el propio blanco ó sobre su emplazamiento, recibiendo su fuego sin otra defensa que los *escudos de acero*, de 3 milímetros de espesor, que el material de tiro rápido lleva adosados al montaje para proteger á los artilleros, reduciendo á un sexto la superficie de éstos vulnerable á las balas de fusil y *Shrapnel*; y los *blindajes*, también de acero, que cubren el fondo de los carros de municiones, los que, por medio de un movimiento de báscula, se colocan durante el tiro de modo que presenten aquel blindaje al frente enemigo, resguardando de sus proyectiles á los cartuchos propios y al personal que los maneja (1).

#### MUNICIONAMIENTO

Es evidente que, sin municiones suficientes, para poco sirven ni la rapidez de tiro ni las mejores reglas que se dicten para ejecutar y dirigir el fuego del cañón actual, si el fundamento de ellas estriba en la acción súbita de una gran masa de proyectiles. No contando con cartuchos abundantes, en las mismas ó quizá en peores condiciones se halla quien posea el nuevo material que quien maneje el antiguo.

El cañón de tiro rápido no ha sido aún experimentado en

---

(1) Los métodos de tiro y puntería franceses han sido en su mayor parte fruto de los estudios del hoy general Percin, uno de los miembros más ilustres de la oficialidad francesa. Por contraste singular, este jefe superior ha intervenido muy directamente en las ardientes luchas políticas que en días cercanos se han sostenido en aquella nación y aun no están calmadas.

Suecia, Dinamarca y España han sido las primeras naciones que oficialmente han introducido los procedimientos de tiro franceses en su artillería de campaña. Los trabajos muy valiosos que acerca de ellos ha efectuado nuestra Escuela Central de Tiro y muchos de nuestros oficiales, han contribuído á familiarizarlos en los regimientos, cuya instrucción de tiro se halla hoy á gran altura.

campaña alguna (1); pero teniendo presente el gasto máximo deducido de los datos estadísticos de otras campañas, se admite que con el nuevo material no debe entrarse en fuego con dotación inferior á 500 disparos por pieza.

Cada carruaje con cuatro ó seis caballos no puede transportar más de 100 disparos completos (con peso de 800 á 900 kilogramos): de modo que por cada cañón que éntre á formar parte de una gran unidad combatiente se habrá de contar con cinco carros. Una sola división, dotada con 48 piezas de campaña, llevará en su impedimenta 240 carros de artillería, cuya longitud total, formados en columna, no es menor de tres kilómetros. Estos elementos no van amontonados detrás de los cañones, sino que se agrupan convenientemente en escalones diversos á retaguardia de las tropas, de tal modo que, sin perder el contacto con las bocas de fuego, no estorben á las fuerzas combatientes.

De ahí la importancia capital que en la actualidad adquiere el complicado *servicio de municionamiento*, requiriendo reglamentos minuciosos y la creación de unidades especiales con organización adecuada al objeto.

El problema del municionamiento, que para el oficial de Artillería ha sido en todo tiempo objeto de preocupación, no lo es menos para los Gobiernos, sobre todo desde el momento en que éstos han decidido la compra del material de tiro rápido. Por cada cañón que se construya es preciso fabricar por

---

(1) Rusia, al empezar la guerra con el Japón, apenas se había preocupado en prepararla. Las 135 baterías de á ocho piezas que llegó á reunir (según *Loe bell's Jahresberichte*), no disponía primeramente más que del cañón modelo 1893-95; durante el curso de la campaña fueron recibiendo el defectuoso cañón de tiro rápido modelo 1900 (no provisto de escudos), y para eso, su incompleto reglamento no se circuló hasta 25 de Mayo de 1904. «Adoptado con prisa, tres meses después de dar comienzo la guerra, fué casi desconocido para su personal» (*Revue Militaire Suisse*, Septiembre de 1905). Ya se dijo que el Japón empleó el cañón de tiro acelerado Arisaka, con el que hizo aplicación de los procedimientos de tiro alemanes, en los que estaba su personal perfectamente impuesto.

lo menos 1.000 disparos (1) y tener dispuestos carruajes suficientes para su remoción y para el transporte de los que han de conducirse en las columnas de municiones. El material antiguo puede suministrar gran parte de ellos, reformándolos; la adquisición de los restantes no admite demora.

RAMÓN VARELA

Capitán de Artillería.

---

(1) El precio aproximado, 50 pesetas por unidad.

# NOVÍSIMAS TENDENCIAS DE LA SOCIOLOGÍA

---

## I

La Sociología como ciencia, parece entrar poco á poco, pero de una manera decidida, en el período de lo que pudiéramos llamar «condensación doctrinal». Sus cultivadores más distinguidos sienten cada día, con más apremio, la necesidad de considerar los esfuerzos realizados en el campo de la investigación sociológica, á fin de ordenar los materiales dispersos á veces en cierta confusión anárquica, cernirlos para aprovechar los que ofrecen mayor consistencia y entrañan condiciones más adecuadas para la edificación sistemática, buscando un principio de unidad que los vivifique, determinando un criterio que los diferencie, una orientación que les renueve, y aspirando á una aplicación práctica, eficaz, para la vida, de las verdades y resultados teóricos obtenidos. En otros términos, la Sociología, terreno movedizo, puesta en pleito hasta hace poco, empieza á presentar cierta base fija, y sobre ella, los cultivadores que reconocen su legitimidad y su necesidad, como unidad ó síntesis de las ciencias ó conocimientos sociales, preparados por una ya larga experiencia de vaguedades y sutilezas excesivas, propenden ahora á levantar el edificio doctrinal y á construir, con la indispensable cohesión reflexiva, el organismo de sus problemas y soluciones, mediante las oportunas operaciones lógicas, y previa la explicación de los cambios de ideas y de la evolución del pensamiento sociológico. Trátase, sin duda, de la constitución de un *cuerpo de doctrina*, no cristalizada y definitiva—que eso implicaría el estancamiento que mata,—sino renova-

ble, á veces *pura y objetiva*, otras veces *tendenciosa*, pero en todo caso suficiente para ofrecer un contenido aprovechable, tanto en la especulación desinteresada como en la función docente y educativa—la formación del «hombre social»,—y en la actividad práctica, circunstancial del político que aspira á reformar las condiciones actuales de la sociedad, del *sociólogo de acción*.

Prueba de esto que digo, la tenemos de una manera general en la importancia que, desde hace tiempo ya, ha alcanzado el estudio de los problemas fundamentales de la Sociología y en las corrientes de inteligencia internacional existentes entre los sociólogos, para una acción común en la investigación, lo cual revela una base común de conceptos y de ideas capitales. El *Instituto internacional de Sociología*, de París; la *Sociological Society*, de Londres, y la reciente *American Sociological Society*, responden, sin duda, á ese estado del espíritu á que me refiero. Pero aun tienen mayor significación, en el respecto á que aludo, los ensayos de sistematización de la Sociología, del alcance limitado todavía, de De Roberty (1), de Tardé (2), de De Greef (3), de Asturaro (4), y, sobre todo, y de una manera más especial y directa, aquellos otros realizados con el triple fin científico, sistemático y docente de Giddings (5), de Ward (6), de Small (7) y de Ross (8).

(1) *La Sociologie. Nouveau Programme de Sociologie.*

(2) Sus obras, especialmente *Les lois sociales.*

(3) *Introduction à la Sociologie.*

(4) *Sociología.*

(5) *Principios de Sociología* (trad. esp.), *Sociología inductiva* (tr. esp.), *Elements of Sociology* (1898).

(6) *Dynamic Sociology y Pure Sociology.* En colaboración con M. Deally, *A Text Book of Sociology* (1905).

(7) *General Sociology, An Exposition of the main development in sociological theory from Spencer to Ratzenhofer* (1905).

(8) *Social control, A Survey of the Foundations of Order* (1901) y *Foundations of Sociology* (1905).

En las consideraciones que hacemos en el texto, aludimos principal-



Hay, en efecto, en estos últimos trabajos—que son los que para la demostración de mi tesis conviene considerar—un propósito reflexivo y sistemático, que no revela tan sólo la aspiración legítima y lógica del filósofo ordenador, que, á partir de un principio ó afirmado un principio de unidad, inducido del análisis fenomenal, lo desarrolla en aplicaciones subordinadas á un plan, ni se contrae á la función constructiva—arquitectónica—de las teorías basadas en tales ó cuales datos reales y en tales ó cuales esfuerzos especulativos, sino que el propósito sistemático que en tales publicaciones se advierte, entraña una gran seguridad doctrinal sobre el valor de los conocimientos sociológicos y sobre la eficacia del procedimiento metodológico de investigación y de formación científica. Además—y esto tiene para mí una importancia capital—esos ensayos de ordenación se han realizado bajo la preocupación de la necesidad y utilidad de incorporar á la cultura general, y de una manera más particular, á la educación, v. g., mediante la enseñanza académica: 1.º, los resultados de la investigación sociológica; 2.º, el *punto de vista sociológico*, como modo de considerar la vida humana social; y 3.º, la tendencia ó aspiración al perfeccionamiento colectivo, consecuencia lógica, después de todo, de semejante incorporación, ya que el conocimiento reflexivo de la vida social, y especialmente, la formación del *sentido sociológico* ha de despertar fuertes ansias de mejoramiento y progreso.

El que estudia la sociedad, dice Ross, se propone estos problemas: *¿Qué es? ¿Qué ha sido? ¿Qué tiende á ser? ¿Qué puede ser?* El primero corresponde á la sociología descriptiva; el segundo, á la sociología histórica; el tercero, á la sociología teórica; y el cuarto, á la sociología práctica (1). Pero hay entre todos esos problemas una relación estrechísima. Los dos pri-

---

mente á esta última obra de Ross, á la de M. Small y á la de MM. Dealy y Ward, las tres más recientes.

(1) Ob. cit., Prefacio, p. VII.

meros son tributarios del tercero, y en definitiva todos sirven de base al cuarto. No buscamos la verdad por el solo placer de conocerla. No quiere esto decir, creo yo, que el filósofo de la Sociología deba subordinar la pureza del resultado de su indagación á las necesidades prácticas: lo que la sociedad es, lo que la sociedad tienda á ser, no deben depender de lo que la sociedad *pueda ser ó deba ser*, en la mente del que indaga la naturaleza real del fenómeno social. Pero considerando la Sociología en su conjunto enciclopédico, y considerándola sobre todo en su influjo como sistema de ideas, parece indudable que toda ella acaba por servir de guía para la acción, convirtiéndose á la larga en base de una realización práctica. «Desde el punto de vista humano, dice Small, ninguna ciencia es un fin en sí misma. El fin próximo de toda ciencia es la organización para la acción. El interés último de la Sociología, por tanto, consiste en convertir el conocimiento del proceso social en una impulsión más inteligente de este proceso» (1).

## II

En un interesante trabajo publicado en el número de Julio último de *The American Journal of Sociology*, bajo el título *A Decade of Sociology*, por el director de esta importante revista, M. Small, se indican con gran exactitud la condición actual de la ciencia, el progreso realizado recientemente, que determina la novísima orientación de la misma, orientación científica y docente, constructiva y práctica.

No hace mucho, cuando *The American Journal* salió por primera vez á luz, el público sociológico ofrecía el aspecto de la más lamentable confusión. Por otra parte, «los pensadores competentes—dice el director de *The American*—entre los cuales debía buscar una revista de Sociología su apoyo, estaban en su mayoría preocupados con otros intereses. Mu-

---

(1) Ob. cit., p. 22.

chos de ellos se dedicaban al estudio de los problemas sociales desde puntos de vista que no se acomodaban fácilmente á un cambio de perspectivas...»

Y más significativa era todavía la situación de la Sociología misma. «La Sociología de hecho no representaba más que una seria advertencia de un vacío en el conocimiento.» Sin duda se escribían libros de gran importancia, muchos de los cuales tendrán que ser estudiados durante mucho tiempo, ya que en algunos habrá que buscar no pocas ideas capitales de la ciencia, aparte de que en ellos se contiene el proceso intelectual de la misma y la explicación de muchas de sus conclusiones y orientaciones; pero lo que no surge por entonces con la fuerza que ulteriormente, es aquella confianza comunicativa en la verdad de los resultados, indispensable para provocar una corriente científica, colectiva, y una técnica aceptada, y abrir un cimiento más ó menos sólido para la edificación sistemática.

Por de pronto, ahora—dice *The American Journal*—«los sociólogos se entienden á sí mismos y entre sí mejor que hace diez años». Ya no puede decirse con exactitud que la Sociología no tiene «problema ni método ni misión». Sería, sin duda, prematuro afirmar que los sociólogos han llegado á un perfecto acuerdo, respecto de sus problemas y de sus métodos; pero al menos puede asegurarse que hay entre ellos una mejor disposición de espíritu para entenderse, sobre la base de esta afirmación, «el que no está contra nosotros, está con nosotros». Se admite con más facilidad que aquellos que plantean y estudian problemas sociológicos en términos diferentes de los que cada cual prefiere, contribuyen á realizar una investigación que á todos importa. Toda labor es apreciada, aunque no sea de la misma especie que las preferidas por el investigador. Tengamos ó no una fórmula para explicarlo, es lo cierto que «tenemos un instinto más católico del rango que debe ocupar la investigación sociológica, y nos sentimos más propicios para estimar como compañeros de trabajo á tipos de obreros

cuyos particulares intereses y presunciones y métodos difieren grandemente de los nuestros» (1).

Y esta simpatía, este cambio de actitud de los sociólogos, no se reduce á la conducta exterior en el aprecio del valor científico de todas las doctrinas; no entraña ello tan sólo la penetración del espíritu de tolerancia y el sentimiento del carácter solidario de la labor sociológica, sino que, como antes se ha indicado, cada día se acentúa más la acción cooperativa entre los cultivadores de la Sociología. Comparando actitudes con actitudes, puede decirse que Comte, Le Play, Lilienfeld, Spencer, Schäffle y Ward han funcionado, ante todo, como iniciadores de principios y luego de directores de grupos más conscientes de las diferencias que de los intereses comunes. Los sociólogos de hace algún tiempo parecían estar más comprometidos en afirmar su propio crédito, que en unirse á sus iguales para realizar un esfuerzo común. Hoy la literatura sociológica se estudia y admite sin santas reservas entre los cultivadores de la Sociología, deseosos de encontrar términos de conjunción, fondo esencial admisible (2).

Por otra parte, «es evidente el aumento del público sociológico. No diremos si ha aumentado ó disminuído el número de las gentes que emplean el término «Sociología» como el nombre expresivo de su fe en un arte oculto de componer la panacea social. Sin confundirlas con las que verdaderamente estudian la sociedad, no hay inconveniente en señalar una ampliación del círculo en el cual se siente inteligente interés por los hechos y las leyes de las causas y afectos sociales. Hace diez años aludíamos á la presente como á la «era de la Sociología». Empleamos la frase en el sentido de que hay más gentes que antes preocupadas con la situación, que consideran menos satisfactoria de lo que podría ser, y buscando los medios de mejorarla. Sería extraño pretender que las palabras

---

(1) *A Decade of Sociology*, loc. cit.

(2) Comp. artículo citado.

tengan ahora una interpretación más estricta. No hay todavía un cuerpo de sociólogos técnicos bastante numeroso, para dar un carácter distintivo á un período de análoga manera como los científicos de la física han caracterizado al pasado siglo, y los biólogos especialmente la última mitad de esta centuria...» Sin temor de equivocarse se puede afirmar: primero, que el número de detalles que han pasado al rango de resultados sociológicos aceptados es tan grande, como podría esperarse al principio de la historia de una ciencia; y segundo, que se puede predecir que antes de diez años habrá un conjunto considerable de principios provisionalmente aceptados por los sociólogos (1). En todo caso es, sin duda, digno de advertir, que el punto de vista desde el cual los sociólogos técnicos observan los hechos sociales ha llegado á ser esencialmente el mismo. Sean cuales fueren sus hipótesis específicas para explicar los fenómenos sociales, todos refieren los hechos á la misma fuerza psíquica, actuando en el mismo medio físico. Todos consideran la experiencia humana como la evolución de las selecciones humanas condicionadas por los factores dirigibles ó no de la naturaleza física. En otras palabras, la actitud de los sociólogos ante sus problemas es precisamente la del químico ó físico ó fisiólogo ante los suyos. En ambos casos, la cuestión estriba en descubrir las relaciones particulares de causa á efecto que entrañe una situación dada (2).

Otra indicación del mayor interés, anotada por el director de *The American Journal*, y que conviene recordar para explicar y comprender las novísimas tendencias de la Sociología, es la que supone la actual posición de ésta respecto de las ciencias sociales particulares (3). La oposición más tenaz contra la

---

(1) Cons. loc. cit.

(2) Idem.

(3) Este problema de las relaciones de la Sociología y las ciencias sociales particulares se ha estudiado muy detenidamente en estos últimos años. V. Durkheim y Fauconnet, *Sociología y Ciencias Sociales* (*Revue*

admisión de la Sociología, como una ciencia, ó contra la necesidad de *una* ciencia social *distinta* de las ciencias sociales tradicionales (Economía política, Ética, Historia, etc.), partió de los cultivadores de estas disciplinas. Distribuída la realidad social entre ellas, no quedaba objeto propio para una *Sociología*: ó ésta se reducía á ser la *suma* enciclopédica de las ciencias sociales especiales, ó no tenía explicación posible; y siendo la mera suma de tales ciencias, en rigor no constituía una ciencia verdadera, por falta de problema propio, de método específico, de función teórica y de finalidad práctica. No hace falta recordar los esfuerzos realizados desde Comte para determinar el carácter específico é irreductible de lo social, ni los ensayos hechos desde Spencer para analizar la estructura del sér social—objeto de la Sociología: la labor de Lilienfeld, Schäffle, Fouillée, Espinas, Roberty, Mackenzie, Durkheim, Tarde, Bouglé, Simmel, Barth, Giddings, Richard, Asturaro, Azcárate y otros (1) representará en la historia del pensamiento sociológico, el período de tanteos y sugerencias preparatorias para cimentar la Sociología científica, y definir su objeto mediante el estudio específico, y á veces exclusivo, de los diversos aspectos y determinaciones de lo social y de la sociedad. La tendencia convergente y sintética que ahora se observa, en virtud de la cual la Sociología adquiere sustantividad y relieve, y se convierte en una disciplina omnicomprendiva de los fenómenos sociales ó de la realidad social, no habría sido posible sin esa labor intensa y específica de puntos de vista parciales y exclusivos.

---

*philosophique*, Mayo 1903; en español, en la *Revista de Legislación* de Febrero y Abril de 1904). V. además extractos de los cursos de Durkheim y Tarde sobre el asunto en la *Revue internationale de Sociologie* (Febrero, Marzo, Abril, 1904). V. *Sociological Papers*, 1904, de la *Sociological Society* de Londres, pág. 199 y sig. He tratado el asunto *Sociología contemporánea*, capítulo II.

(1) Puede consultarse *Literatura y problemas de la Sociología y Sociología contemporánea*. V. Worms: *Philosophie des Sciences Sociales*. Ward: *Contemporary Sociology*.

Poco á poco la posición de los cultivadores de las disciplinas sociales, especiales ante la Sociología, ha cambiado. Sin darse cuenta acaso, se han ido colocando dentro de la corriente sociológica, que entraña, de una parte, el supuesto de que la relación especial considerada: el arte, la religión, el derecho, la economía, está comprendida en el proceso social general; y de otra, la necesidad de referir tal relación especial al total proceso de la experiencia ó de la evolución humana. «Hace diez años se admitía que existía una rivalidad (por ejemplo) especial entre la Sociología y la Economía. La relación entre la Sociología y la Economía no es hoy de competencia, sino complementaria... La Economía política no puede mantener una sociología peculiar para sí, ni la Sociología una economía política peculiar. Los problemas sociológico y económico no son alternativos, sino parte y todo...» (1).

Análogas consideraciones pueden hacerse sobre las relaciones entre la Sociología y la Historia. «Hablando en términos amplios, los historiadores de hoy parecen ser de dos tipos: primero, aquellos que tratan la Historia como ciencia; segundo, los que la cultivan como un arte. Los últimos son meramente fenómenos para los sociólogos, no colaboradores. Entre los primeros y los sociólogos hay intereses mutuos é interdependientes...» (2). Nada más urgente para la Sociología que determinar adecuadamente sus relaciones con los historiadores científicos.

Adviértese, además, en los cultivadores actuales de la Sociología, el predominio de un sentido realista y omnicomprendivo, en virtud del cual el objeto de la ciencia social, como ciencia general y sintética, no puede circunscribirse á una relación, á una característica de lo social, sino al conjunto de la realidad social entera, al total proceso de la humana experiencia: el punto de vista sociológico, por tanto, tiene que ser un

---

(1) *The American Journal*, loc. cit.

(2) *Idem*.

punto de vista que abarque, en unidad orgánica, cuantas indicaciones ofrezca el análisis del proceso social. Y nótese, del «proceso», es decir, de la «acción», de la vida, del movimiento, en suma, de un término que lleve implícito el supuesto de que la Sociología tiene que proponerse la investigación de las «fuerzas» que obran en las distintas manifestaciones de la realidad social.

Lo cual explica el sentido dinámico de la Sociología novísima, de base psicológica—dinámica en definitiva,—y además su tendencia práctica ó de aplicación manifiesta en la indicación del valor aprovechable de los resultados del conocimiento sociológico para la «reforma social», ó sea para continuar, con acción reflexiva, de influjo positivo, el *proceso social* estudiado—comprendido y explicado—en la *Sociología pura*.

### III

Los ensayos de sistematización doctrinal á que más arriba me he referido, y de una manera especial los de Small, Dealcy y Ward y Ross—los cuatro sociólogos norteamericanos (1),—responden de un modo muy adecuado, en su estructura y finalidad, no obstante las naturales diferencias de criterio sobre puntos esenciales, á las condiciones de hecho que acabamos de exponer, como reveladoras de la evolución más reciente del pensamiento sociológico, y á la actitud de la opinión sabia ante la Sociología. Por otra parte, los tres ensayos ó tratados propenden á considerar el lado político y práctico y educativo de sus conclusiones y enseñanzas. Recogiendo de una manera sintética la tendencia novísima reinante, parecen que entraña los siguientes supuestos:

---

(1) Small es el director de *The American Journal of Sociology* y jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago; Ward es de la Institución Smith, de Washington; Ross, profesor de Sociología en la Universidad de Nebraska; y Dealcy, profesor de Ciencia Social y Política en Brown University.



1.º La Sociología tiene un objeto definido.

2.º Hay un fondo común en las opiniones de los sociólogos acerca de este objeto, en razón del cual es posible la labor cooperativa, la construcción de la doctrina, la orientación práctica, el influjo renovador.

3.º La Sociología tiene su método, es decir, posee aquel instrumento de investigación científica indispensable para obtener resultados de conocimiento, verdades reales, demostraciones positivas; en otros términos: la realidad objeto de la Sociología puede ser conocida de una manera directa, y puesta de relieve en la doctrina mediante el esfuerzo intelectual adecuado y la aplicación de este esfuerzo según la naturaleza del objeto exige.

4.º La Sociología tiene una función útil teórica y prácticamente considerada. «La solución de los más grandes problemas sociales—dice Ross (1)—pide no sólo datos especiales, sino también la luz de los principios generales.»

Y precisamente la Sociología es la que puede procurar esa luz indispensable, porque ella es la que ha de considerar *lo social visto en conjunto; en unidad*. Hablando Small del objeto de la *General Sociology*, escribe que este tratado es un argumento para demostrar que «el conocimiento de una porción ó aspecto de la experiencia humana es engañoso si no se correlaciona con el conocimiento de todas las demás fases de la experiencia, que ayudan á comprender la totalidad de la vida, y si no está colocado en su lugar propio en un grado de conocimiento que abarque desde el detalle más menudo de la experiencia individual á la filosofía más comprensiva. La Sociología será abortiva si no entraña una superior correlación y generalización de todas las clases de conocimientos sobre el hombre, derivados de la observación intensiva de las distintas fases de la vida. Las ciencias sociales especiales son meras diseciones de tejido muerto si no se relacionan en definitiva con

---

(1) *The Foundations of Sociology*, p. VIII.

E. M.—Abril 1906.

la sociología común» (1), esto es, si no tienen en cuenta «el proceso de la asociación humana», que es para Small la materia de la Sociología (2). En el respecto práctico, Dealey y Ward advierten que «cuando la verdadera ciencia de la sociedad resulte establecida y aceptada como otras ciencias, su influjo sobre los intereses de los hombres y el destino de la raza, será mucho mayor que el de las ciencias más simples, pues la Sociología se acerca más al hombre y está más íntimamente relacionada con todo lo que se refiera á su bienestar. La Sociología, por esto, será estudiada primeramente con el objeto de informar acerca de las leyes de la asociación humana y de la acción cooperativa, y además con el propósito de determinar de qué modo y hasta qué límite los fenómenos sociales pueden, mediante el conocimiento de las leyes, ser modificados y dirigidos hacia los ideales sociales. El fin supremo es el mejoramiento de la sociedad» (3).

5.º El actual momento de la evolución del pensamiento sociológico es oportuno para trabajar en una construcción sistemática doctrinal, que todavía no existe; «un cuerpo autorizado de teoría social, dice Ross, por ahora existe más como aspiración que como hecho» (4); es indispensable abrir los cimientos, ya que «la edificación sobre ellos de una fuerte superestructura es una tarea del porvenir» (5). Aun sin proponerse la edificación de una superestructura sociológica, parece de gran oportunidad intentar concentraciones de doctrinas, síntesis armónicas que procuren significar la labor común ó la coincidencia creciente de las labores dispersas y parciales. «Innumerables sociólogos, escribe M. Small, han afirmado, y todavía afirman, no sólo que la porción de su saber, ó la fase

---

(1) Ob. cit., p. VIII.

(2) Ob. cit., p. 3.

(3) *Text-Book of Sociology*, p. 21-22.

(4) Ob. cit., p. IX.

(5) Ross: *L. c.*, p. IX.

del conocimiento, que en primer término les ha interesado, es una parte de la Sociología, sino que ella, y sólo ella, es la Sociología. Esta lucha de profetas tiende á dividir sus discípulos en sectas estrechas é intolerantes, ó á confundir todo ensayo de reconciliación de las aparentes contradicciones de sus doctrinas. El objeto de este resumen no es explotar la competencia de otro de esos sistemas de Sociología, sino presentar el campo del conocimiento que todos los sociólogos han intentado instintivamente considerar. Su propósito más bien consiste en mostrar cómo los diferentes ensayos para acrecentar el conocimiento de ese campo al presente se complementan y refuerzan unos á otros (1). Por lo demás, las coincidencias son evidentes, las aproximaciones oportunas, la labor de armonización fecunda y necesaria. Y no hace falta copiar declaración alguna de los textos indicados. Ellos mismos son una demostración viva de la realidad del supuesto enumerado; lo que en los trabajos de Small, Dealey y Ward y Ross, se hace, de una manera más comprensiva y general en los dos primeros, no es otra cosa que una ordenación doctrinal del saber sociológico, realizada según un principio unitario, que en Small se traduce en el estudio del total «proceso de la asociación humana» (2); en Dealey y Ward, en el de la *obra humana* — *human achievement*, — y en Ross, en el «fenómeno social» (3). Alrededor del «proceso» (acción) de la «obra» — que entraña un proceso — ó del «fenómeno» — que es algo activo

---

(1) Ob. cit., p. VI y VII.

(2) Ob. cit., p. 3.

(3) Compárese Small, ob. cit., Introducción y especialmente cap. I. Dealey Ward, ob. cit., Parte I y, sobre todo, cap. V. *The subject-matter of sociology*. «La materia objeto de la Sociología, dice, es el *human achievement*. No es lo que los hombres son, sino lo que hacen»; p. 32. Ross, ob. cit., I. *The scope and task of Sociology*. «Psicología social, Morfología social, Mecánica social — todos son, á mi ver, segmentos de una ciencia cuyo objeto es el *fenómeno social*. Y digo *fenómeno* con preferencia á *actividades*, porque abraza las creencias y sentimientos al par que la acción»; p. 6.

y se genera en proceso,—gira el estudio sociológico humano, y se organiza el saber actual de los sociólogos en los tratados á que me estoy refiriendo.

6.º La Sociología ha llegado á aquel punto de sazón y de defusión que permite pensar en estas dos operaciones: a) la enseñanza científica de la misma, bien sea como cuerpo de doctrina, bien como elemento incorporable á una educación integral ó especial, según que se trate de infundir el punto de vista sociológico en la cultura general, ó de formar el sociólogo teórico ó de acción; y b) la aplicación de un arte sociológico, mejor, la aplicación práctica del saber que la ciencia sociológica y el punto de vista sociológico procuran. Basta leer, á título de ejemplo, el prefacio del tratado de Dealey y Ward para darse cuenta de la posición de estos sabios cultivadores de la Sociología ante esas operaciones importantísimas. «Esta obra—dicen—responde á la demanda de un resumen que contenga en esencia una exposición clara y sencilla del objeto de la Sociología, de sus bases científicas, sus principios, tal cual hoy se conocen, y sus designios. En la preparación de este libro se ha insistido sobre estos tres puntos: primero, sobre las fuerzas sociales como agente dinámico que obra inconscientemente cerca de los fines individuales naturales, y conscientemente en la acción colectiva, bajo la dirección de la inteligencia; segundo, sobre la importancia de la acción material como base del desenvolvimiento psíquico, y sobre la *necesidad de la instrucción general sistemática en los principios fundamentales del saber, como base de una recta vida social*; y tercero, sobre *la ordenación del material para facilitar su uso en las lecciones de asociaciones y clases*» (1). Y luego añade: «Ciertamente, la justificación de estos textos elementales en Sociología debe buscarse en el deseo actual de presentar en una forma sencilla y popular aquellos principios científicos que deben, en último

---

(1) Ob. cit., p. V.

término, emplearse como guías de la actividad colectiva. La acción fundada en su conocimiento cabal es la clave del éxito social» (1).

#### IV

Hay también en los libros de Small y Dealy y Ward una cierta orientación común en cuanto al fondo de la doctrina. En las citas copiadas y en algunas de las observaciones hechas se contienen indicaciones de esa orientación común. No es posible ya en este artículo analizarla con el detenimiento necesario: sólo cabe presentar en términos muy breves las notas más salientes. Los sociólogos citados están, á mi ver, en el nervio mismo de la corriente sociológica novísima antes definida; más exacto, ellos la representan en estos momentos con extraordinario relieve. La Sociología, de analítica y estática, según la idea spenceriana del organismo social y la concepción biológica, de Lilienfeld, se ha transformado merced al influjo de la psicología en dinámica y viva. No se trata ya de ver si la sociedad es un organismo natural, ni de utilizar, con Tarde ó Durkheim, en busca del puro hecho elemental característico; gracias precisamente á la labor de estos sociólogos y, más especial y directamente, á las concepciones más amplias y comprensivas de Schäffle y de Simmel, de Gumpowicz y Ratzenhofer, la corriente teórica dominante se caracteriza por estas notas, según hemos visto: primera, la Sociología abarca la totalidad del proceso social, de la experiencia humana y de la actividad colectiva, de los fenómenos sociales; segunda, el objeto de la Sociología es la vida social, el movimiento, las fuerzas que obran produciendo las instituciones, las estructuras, cuanto constituye el contenido de la Historia y el medio activo de las sociedades; tercera, la Sociología influye, debe influir, en la marcha del proceso social actual.

(1) Ob. cit., p. VI.

La transformación evolutiva del pensamiento sociológico á que acabo de referirme la sintetiza de una manera muy exacta el propio Small, cuando afirma que «la línea central en el camino del progreso metodológico, desde Spencer á Ratzenhoffer, se señala por el cambio gradual del esfuerzo enderezado á la representación analógica de la estructura social, hacia el análisis real del proceso social» (1). La Sociología se inclina en el sentido que entrañan las notas indicadas, por las mismas exigencias de la evolución progresiva de sus métodos; del propio modo que la necesidad de la unidad de los conocimientos especiales en Química y en Biología impuso la constitución de la «Química como la ciencia de la materia en su proceso atómico, y de la Biología como la ciencia de la materia en su proceso orgánico» (2), la necesidad de la unidad de los conocimientos especiales sobre la sociedad ha hecho que «la experiencia humana pida una *ciencia del hombre en su proceso de asociación*» (3). Y esa ciencia es la Sociología.

ADOLFO POSADA

---

(1) Ob. cit., p. IX.

(2) Loc. cit., p. 7.

(3) Idem, p. 7.

## LA CIVILIZACIÓN, ESTORBO DE LA INDEPENDENCIA

---

Una de las cosas que parece que estiman más los hombres es su independencia. De ella blasonan á menudo los que se tienen por «más hombres» que los otros. El sumo de la aspiración en este orden es no depender de nadie ni estar á nadie sometido, «campar uno por sus propios respetos». Hay una porción de sentencias y proverbios que lo expresan así: «el buey suelto bien se lame»; «cada uno es un rey en su casa»; «nadie es más que nadie». Gentes hay que pregonan mucho la independencia referida, y aseguran que para rendirla el debido culto es preciso decir y hacer siempre todo lo que uno siente, sin arredrarse por nada, exíjalo ó no la oportunidad, oféndase ó no se ofenda con ello al prójimo. Sólo de esta manera se figuran que puede conducirse uno como hombre realmente digno, como hombre de verdad independiente, y por independiente leal y sincero.

Y al pronto, la cosa parece muy fundada y aceptable. Seduce, sin duda alguna. Hay tanta doblez, tanta falsía y tanta mentira en el mundo, que un fuerte huracán que tienda á barrerlas, ó cuando menos á contrarrestarlas, parece muy necesario y lo recibe uno con los brazos abiertos y á pleno pulmón. Aparte de que las actitudes airosas y las posturas arrogantes suelen ser simpáticas.

Pero si miramos un poco despacio el asunto, fácil es que se desvanezca bien pronto esta primera impresión. Ocasiones hay en que se trata de una farsa más, tan repugnante como cualquiera otra, si es que efectivamente y en último caso debiera

repugnarnos nada. Ciertas personas explotan la comedia y el disfraz de la independencia, la lealtad, la sinceridad y cosas parecidas, como otras se agarran á otros resortes y medios de engaño. Es un modo de ir embaucando á muchos incautos y á personas crédulas ó de buena fe, para explotarlas más cómodamente y como á mansalva. De la multitud de formas de mimetismo psíquico y social que por ahí abundan, ésta es una de ellas.

Mas, aun dejando tales casos á un lado, y no pensando sino en los más favorables, en los que suponen un tributo sentido á la verdad desnuda y á la autonomía completa del espíritu, preciso es decir que tales condiciones no se realizan nunca, y que lo que á veces tomamos por manifestaciones de ellas no es sino pura ilusión. Todos, absolutamente todos, nos hallamos hundidos, y hundidos de manera irremisible, en un abismo de sumisión, de esclavitud, de convencionalismos, de mentira.

La vida humana está amasada con contradicciones, y una de ellas, á la cual yo no le encuentro salida, es la de la lucha constante é inevitable en que los hombres—igual que todos los otros seres—tienen que moverse. La vida es lucha, se dice; y es verdad, y sin lucha no se vive. Lo que viene á significar que el amor, la solidaridad y la cooperación entre los humanos, cosas que tanto se preconizan y se alaban, son fundamentalmente imposibles, ó sólo se efectúan subordinadamente á la lucha y como trasformaciones y modos derivados de ella. La lucha es lo primitivo é irreducible, es el desplegamiento del llamado instinto de conservación; sólo que, entre sus múltiples modalidades, adopta á menudo la de la solidaridad, el auxilio recíproco, el altruísmo, y aun el sacrificio.

El orden social, ambiente indispensable de la vida humana, es un orden de lucha, sin remedio. Los seres de la naturaleza se comen, se persiguen y se acometen unos á otros. Los hombres no hacen excepción á esta ley, sino que están sujetos á ella como los demás seres, con los cuales han estado y están



luchando continuamente, acometiéndoles y siendo por ellos acometidos, comiéndoselos y siendo comidos por ellos. Y luego, entre sí, tampoco se comportan los hombres de otra forma. El orden de su vida social es un tejido de luchas, sujeciones, imposiciones, hipocresías, transacciones, convencionalismos, regateos, engaños... Los hombres se persiguen y se defienden mutuamente por todos los medios y con todos los recursos de que pueden disponer. Están realizando constantemente asaltos de esgrima, sirviéndose al efecto cada cual de distintas armas, según las inclinaciones, las aptitudes, los gustos, las condiciones externas. Unos se ponen «la piel del manso cordero», y otros la del «fiero león», ó el «leal perro»... Hay quien se esfuerza por aparentar de rico, de sabio, de arrogante, y quien, al revés, de humilde, de pobre, de ingenuo, conforme le conviene ó cree que le conviene para sus fines de dominación ó explotación de los semejantes, sus enemigos. En la esgrima de referencia, el toque está en ocultar al adversario los puntos flacos que todos tenemos, y en cambio, en descubrirle los suyos, dirigiendo contra éstos preferentemente nuestras estocadas. La guerra, igual la grande que la chica, la internacional como la civil y la individual (duelo, lucha, competencia mercantil, concursos y oposiciones...) se compone de sorpresas, de estratagemas, de encrucijadas. Y en los pleitos, las polémicas y demás sucede lo mismo: ocultamos ó callamos lo que nos perjudica, y sólo hacemos ostentación de lo que tenemos por favorable á nuestros fines. Presentamos los argumentos como en orden de batalla, entremezclando, v. g., los más débiles ó insustanciales con los más fuertes, redondeando párrafos para producir efecto, dejando para lo último lo más sensacional ó llamativo. Los mismos tratados de retórica nos dan estas reglas de lucha ó esgrima, cuyo objeto no es otro sino enseñar á uno á salirse con la suya, aun con perjuicio de los demás, mintiéndoles, deslumbrándoles, engañándoles. El mundo no se compone de otra cosa sino de esto...

De lo cual resulta, en cada momento y para cada grupo

de hombres, una determinada situación de hecho, un régimen de dominación y de lucha, variable sin duda, ó más bien variabilísimo, que es lo que se llama moral y derecho.

Dentro de este régimen vivimos todos, y vivimos como él lo exige: en lucha. Lucha, bajo formas violentas unas veces, y bajo formas más suaves otras; pero lucha siempre. El régimen de que se trata, esto es, el orden del derecho, el orden de la moral, el orden de la convivencia, que es todo ello una misma cosa, no consiente que nadie viva dentro de él sin luchar. Todo individuo que participe de él y de sus beneficios ha de acometer ó ha de defenderse, según los casos. En paz completamente no pueden ser aquellos beneficios gozados. Lo que quiere decir que, más ó menos, todo el mundo está pendiente de los demás y sujeto á ellos. Aun los más empingorotados y más poderosos dominadores, dependen de sus súbditos y procuran captarse las simpatías y benevolencia de éstos, tenérselos propicios y conquistarse su adhesión. Nadie puede hacer la vida solo ni alimentarse de su propia sustancia; toda persona ha menester el concurso de aquellos con quienes se halla en relación, aun cuando sean esclavos suyos. Y para obtenerlo, hace lo que cree que á éstos ha de agradarles, con lo que se torna á su vez en esclavo y súbdito de ellos. Y si esto pasa con los dominadores, que parece son los que se hallan en condiciones más propicias para ser independientes, ¿qué ha de suceder con los dominados y esclavizados? ¿Qué independencia podrán los mismos gozar y conservar? ¿No estarán aherrojados de mil modos?

De hecho, no<sup>a</sup> hay hombre alguno independiente. Sobre todos nosotros pesa la red de concesiones mutuas, de transacciones, de miramientos y demás á que damos el nombre de costumbres y orden moral, la red de relaciones y leyes sociales, cuyo respeto se hace indispensable. De esa red no escapamos ninguno; por eso se dice que todos los asociados tenemos frente á los demás derechos y deberes, esto es, exigencias y ligaduras, por las primeras de las cuales sometemos, y por las segun-

das somos sometidos. Todos luchamos, y en esa lucha quedamos debajo unas veces y encima otras; no siempre debajo ni siempre encima.

Es de advertir que, con la denominada civilización, la lucha entre los hombres modifica sus formas, pero no desaparece. Esa modificación sirve justamente para hacerles perder más y más su independencia. El salvaje y el animal fiero son, seguramente, más independientes que el hombre civilizado y el animal doméstico. Son más dueños de sí. Pueden dar mayor desahogo y más suelta rienda á sus impulsos. Es poco lo que tienen que disimular ó que simular con respecto á otros; sólo, v. g., lo que imponen las necesidades de la caza, bien la de la presa alimenticia ó bien la de la presa sexual. Apenas nada les contiene. Disfrutan de la mayor libertad apetecible. Tienen en sí mismos su propia ley. Sus instintos es lo único que mueve sus actos... á menos que se tropiecen con otro salvaje ú otro animal fiero á quien teman. ¿De quién dependen estos individuos? ¿Habrá nadie más sincero y más amante de la verdad escueta (*in puris naturalibus*) que ellos? Difícilmente.

Lo que quiere decir—terrible y paradójica antinomia—que la civilización, que humaniza á los hombres, según se afirma de ordinario, es un gran enemigo de la independencia y sinceridad de los mismos. Cuanto más civilizado, más atado (solidaridad), más entregado y sujeto á los otros, menos dispone uno de sí. Civilización y ligadura son términos equivalentes por cierto respecto. La civilización despoja á los hombres de sus armas naturales (las uñas y los dientes), embota sus naturales tendencias, pone cortapisas al desplegamiento de sus impulsos, les obliga á ser mirados y considerados con los demás. La civilización es un sistema incesante de trabas y obstáculos á la sinceridad, á que cada uno se presente tal cual sea y se entregue enteramente, con el alma y el cuerpo, á sus semejantes y convecinos. Es una conspiración continua contra la naturaleza. El ambiente civilizado es un caldo de cultivo del microbio hombre, donde se atenúa la fiereza nativa de éste,

donde se le desfigura (como se desfigura al animal doméstico) y se le hace degenerar (?). Hombre civilizado y hombre degenerado es, al parecer, todo uno.

Por comprenderlo así es por lo que en todos los tiempos ha habido cierto horror y cierta antipatía á la sociedad, igualmente que á los más grandes factores del orden dentro de ella, ó sea á las costumbres, las reglas de cortesía, el ceremonial de toda especie, las autoridades y las leyes. En las cuales, y en la sociedad en general, se ha visto el gran enemigo de la naturaleza humana. Recuérdese al efecto las quejas de los románticos contra los dañosos efectos deprimentes y degeneradores de la vida social, y su nostalgia de la naturaleza. Pensemos, v. g., en Rousseau y tengamos en cuenta que lo más contrario á la naturaleza, según Leopardi, son las obras humanas guiadas por la razón. Todas estas gentes deseaban que la naturaleza humana volviera á recobrar sus (para ellas) antiguos fueros, su verdadero y debido imperio, su imperio presocial, primitivo. Así la concebían íntegra, en la plenitud de su poder, verdaderamente independiente, no deformada por consideraciones ni elementos sociales de ningún género, cumpliendo la fundamental ley radicada ó inmanente en ella. Y ¿no es esto mismo lo que apetecen también hoy muchísimos defensores de la vida natural, del naturismo, de la comunión con la naturaleza, los que se sienten asfixiados por los infinitos vínculos y convencionalismos que la vida social impone, los libertarios de toda especie...?

Son, sin embargo, inútiles, á mi parecer, todas las protestas. O renunciar á la vida social, cosa que parece imposible, ó la vida social irá realizando inevitablemente su obra, obra de degeneración ó atenuación de la independencia del hombre. De esta otra antinomia tampoco parece fácil salir. La vida social no puede realizarse sino á condición de que los miembros que la hacen se dobleguen ante los imperativos que dentro de su seno residen: leyes, autoridades, miramientos mutuos, conveniencias, costumbres, moral, opinión pública, convenciones, cortesías... El que no quiera adaptarse á estas exigencias no

podrá vivir dentro de la sociedad cuyo ambiente ellas constituyen; ó si se empeña en vivir dentro de la misma, se le forzará á la adaptación.

Así, la infracción de ciertas condiciones, cuyo respeto impone la paz social de un grupo determinado, tales, v. g., como las leyes promulgadas por el poder público, convierte al infractor en enemigo de ese grupo y de los elementos de que está formado su ambiente. A esos individuos se les denomina criminales, y como á criminales se les trata. El grupo emplea la fuerza de que dispone para someter á semejantes rebeldes. Sin embargo, ¿quién más independiente ni más sincero que los criminales? ¿Quién da como ellos desahogo libre á sus propensiones nativas, y se somete menos á leyes, reglas ó exigencias exteriores? ¿Quién se atiene menos á ajenas imposiciones y menos respeta los diques puestos por la vida en común? ¿Quién obra con más verdad? ¿Quién pone más al ventistate su alma? ¿Quién engaña menos que ellos? ¿No cumplen ellos, tanto como el que más, ó acaso más que nadie, con la que se dice ley universal de la lucha? Pues á pesar de eso, ó mejor aún, justamente por eso, no se respeta su *naturalidad*, su culto y sumisión á las leyes naturales. Se les constriñe á sujetarse á las leyes sociales, leyes que los hombres han hecho para torcer el curso de aquéllas y para contravenir á las mismas. ¿No será más bien esto último, esta contravención, el verdadero crimen, el crimen *natural*, en lugar de serlo el otro, el social, hijo de imposiciones sociales, y artificial por lo tanto? Si tan respetables y hasta dignas de elogio fuesen las cualidades dichas, la sinceridad, la independencia en todas sus manifestaciones, la rebeldía contra todo artificio, el culto y el respeto á la naturaleza, ¿por qué razón se habría de motejar de delincuentes á los que las desplegaran en su mayor grado, rebeldes é insumisos quizá como nadie?

Pero el mundo marcha adelante, sin hacerse mucho caso de estos distingos. Al delincuente se le persigue á causa de su insumisión, y no se le alienta para que siga cultivándola. No

se quiere su *sinceridad* y su *naturismo*. En su lucha contra el medio social que respira, ó se aparta de él ó lo apartan por la fuerza; y de continuar respirándolo, lo ha de respirar tal y como se lo den y no tal y como él lo querría. ¿Que se le obliga á degenerar con ello y á decaer? Sea; mas no se puede pasar por otro punto. La sociedad y sus varios elementos se le imponen, y no tiene él otro remedio sino respetarlos. Será una imposición brutal, sin duda, y un respeto á regañadientes; pero la disyuntiva es clara: el que quiera, que lo tome, y el que no, que lo deje. Manda quien manda, y á callar.

Ni se comporta la sociedad con relación á los otros individuos de manera distinta á como se comporta con los delincuentes. En realidad, delincuentes son para ella todos cuantos se apartan de las reglas que la misma impone. Serán delincuentes más ó menos grandes, de intensidad mayor ó menor; pero delincuentes al cabo, es decir, insumisos, independientes, no adaptados. En la sociedad hay, como queda indicado, muchísimas más reglas que las leyes que promulga y hace cumplir el poder público, empleando la coacción en caso necesario. Hay costumbres, hay fórmulas de cortesía, hay respetos mutuos, hay todo lo que suele ser llamado «convencionalismos»; cosas frente á las cuales se requiere el mismo sacrificio de la personalidad y la independencia que frente á las leyes propiamente penales. Para garantizar ese respeto no funcionarán los llamados tribunales ordinarios, ni tampoco acaso tribunales de jurisdicción privilegiada; funcionarán tribunales de honor, funcionará la prensa, funcionará la misma opinión pública, con protestas, con mitins, con manifestaciones, con votos de censura, con murmuraciones.

La independencia no es consentida en nada, y en realidad de verdad nadie la tenemos. Podría hablarse á este efecto de una multitud de esferas, donde somos casi del todo esclavos de los demás: en lo económico, en lo intelectual, en mil otras cosas. Pero no me quiero alargar mucho, y he de reducir todo lo posible.

La sociedad, fuerza más poderosa que el individuo, dícele á éste: «Hay que someterse, ó dimitir. El que no guarda las conveniencias sociales es un salvaje, y, ó se va á vivir con los salvajes, en un medio distinto del que ahora goza, más acomodado con los gustos del sujeto (y en donde este mismo entrará, por consecuencia, en una nueva cárcel), ó de lo contrario tiene que someterse á mis exigencias. Seguir viviendo en mi seno sin acomodarse á mi caldo de cultivo, no es posible. Aquí no manda nadie más que yo, y ante mis prescripciones, ténganse por buenas ó por malas, tiene que doblegar la cerviz todo el que desee aprovechar los beneficios que yo presto. Yo no consiento que nadie me levante el gallo hablando de su independencia; donde yo esté, no hay ninguno independiente más que yo; los demás gozarán de aquella independencia que yo les otorgue ó les permita, no de otra». Y, efectivamente, los individuos se someten, y cuando hay alguna esfera social en que no pueden ó no quieren someterse, se les expulsa ó aparta de ella, por insociables, por intratables, por insoportables, por incorrectos, por insumisos, por rebeldes ó revoltosos, por salvajes, por groseros, por descocados, por cínicos, por delincuentes. Nos sometemos todos, absolutamente todos, quién á unas esferas, quién á otras; si bien quizás fuese más exacto decir que nos sometemos todos á todas, aunque en grado diverso. Nadie va desnudo por la calle, ni aun los días más calurosos del verano, y no por falta de deseos. Nuestra independencia queda en esto, como en tantísimas otras cosas, sacrificada. Tampoco nos vestimos como queremos, ni con arreglo á nuestro gusto exclusivamente, sino conforme lo exige la moda, la costumbre ó el gusto de los demás. No vamos adonde queremos, ni vivimos como y donde nos place; vamos y vivimos adonde y en donde nos lo exige nuestra categoría social, nuestras amistades, nuestra posición, nuestro empleo. Mal que le pese, y aun contra toda su voluntad, tiene uno que conducirse por caminos que otros le trazan, renunciando á los que él mismo quisiera elegir.

Preciso es «guardar las formas», ser corteses, urbanos, bien educados, tener miramientos. Los alardes de fiera independencia son, de ordinario, insufribles, y el que los tenga se halla expuestísimo á que se le moteje de orgulloso y pedante, de descarado ó de misántropo, según las ocasiones. Se considerará imposible la convivencia y el trato con él; se formará el vacío en torno suyo; se le hará la vida imposible.

Esa necesidad de convivir supone una infinidad de respetos mutuos. No puede uno hacer ni decir cuanto tenga por conveniente. Bien frecuentemente formamos de cosas y personas juicios que no conviene ni es lícito publicar. Aunque tengamos á uno por torpe, imbécil ó malvado, no debemos decírselo, porque le mortificamos; y, en efecto, no se lo decimos, á no ser en momentos de excitación ó acaloramiento, v. g., en riña ó disputa, ó cometiendo indiscreción ó grosería. A los enfermos se les oculta regularmente su estado, y se les oculta por delicadeza y caridad, aparte de por otros motivos. Lo exige la deontología médica, y aun la más elemental deontología y la prudencia ordinaria. Las indiscreciones en este punto son tan censurables como en otra multitud de materias. Ya se sabe lo que exige el secreto profesional, que es una ley de nuestra vida; secreto profesional que más ó menos á todos nos obliga, aun cuando haya profesiones en que se presenta con mayor frecuencia y apremio que en las demás. El que por no guardar las conveniencias dichas dejase de observar tales secretos profesionales (pensemos en el confesor, el médico, el abogado, el industrial, el prestamista, el jefe militar, el policía, el juez, etc., etc.) caería con razón en el desagrado, la censura y la repulsa de las gentes, lo mismo que caen por análogos motivos quienes, descocados ó cínicos, no saben ó no quieren contenerse en la manifestación ilimitada de sus juicios.

No se puede ni se debe hacer ni decir cuanto á uno le plazca. ¡Oh, Dios mío, si así fuese! Pero las gentes, que no se avergüenzan de recibir alabanzas inmerecidas, ni tienen una palabra de protesta contra ellas, se ofenden y se irritan ante las



censuras que se les dirigen, aunque estén muy puestas en razón. No sufrimos siquiera que nos digan una «verdad amarga»; ya procuramos entonces sincerarnos y defendernos á toda costa, aun apelando á subterfugios y tergiversaciones. El resultado de la censura ó el reproche es á menudo contraproducente; y esto aun en el mejor caso, cuando aquéllos buscan tan sólo corrección y mejoramiento, cuando van inspirados en loables propósitos. ¿Qué hemos, por consiguiente, de decir del caso contrario, frecuentísimo, de aquel en que se publican las faltas ó defectos de alguien con el exclusivo fin de herirlo, de mortificarlo y ponerlo en evidencia ante los demás? En semejantes ocasiones, vale más, creo yo, no darse gusto á sí mismo, desahogándose, que molestar al prójimo y envenenar más la vida, ya harto envenenada. Demasiado vivimos y hemos vivido en lucha y en pelea, en ofensas y recriminaciones recíprocas; no estará de sobra introducir un poco de paz, de indulgencia, de suavidad y tolerancia para con los otros, aun sacrificando una parte de la fiera y egoísta arrogancia personal, que á menudo decoramos con otros nombres más agradables á nuestra vanidad menguada...!

La reserva de juicios y palabras es una de las más severas exigencias en la sociedad civilizada. Se requiere, dentro de ella, guardar mucha discreción y mucha cautela, para no herir susceptibilidades y no causar injurias ó daños de otra especie. Sólo así se hacen posibles las relaciones de amistad, las confidencias, los puestos de confianza... «En la boca de los niños y de los borrachos está la verdad», suele decirse. Y es que los borrachos y los niños son indiscretos é inoportunos, y carecen de aquella inhibición que no debe faltar nunca á los adultos y á los hombres normales y dueños de sí. Una sociedad de borrachos y de niños, ó en la que todo el mundo se condujera como los niños y los borrachos, diciendo «cuanto se les viniera á la boca» y haciendo no más que su santísima voluntad, no sería una sociedad civilizada, si es que acaso era posible que existiese de algún modo. En la sociedad civilizada

predomina la inhibición. Es una sociedad donde hay que contenerse, moderarse y reprimirse mucho. Hay que tener muchas veces cara de pascuas, aun cuando por dentro esté uno irritado ó poseído de intensa tristeza. Hay que hacer á menudo de tripas corazón; envalentonándose el cobarde, mostrándose esperanzado ante los demás el pesimista, alentando el desconfiado á empresas de cuya eficacia él mismo duda, ó en las que no cree. Hay que ser complaciente, obsequioso, hasta adulator, con el enemigo ó con personas á quienes uno no puede ver con buenos ojos. Hay que callar lo que está pugnando por salir de la boca, ó, al contrario, decir y aparentar lo que no se siente ni se tiene. Hay que simular unas veces y disimular otras. Hay que ser falso é hipócrita, y no creo que haya nadie que, en mayor ó menor grado, no lo sea. ¿Quién no ha procurado y sigue procurando alguna vez engañar á los demás, ocultando cuanto le es posible sus defectos, ó las cualidades y actos que le parece afean y censuran otros, ó bien haciendo ostentación de condiciones de que en realidad carece: sabiduría, poder, riqueza y vigor, pobreza y desvalimiento, cuando el desvalimiento y la pobreza pueden ser la base de algunas ventajas?

De la discreción aludida pueden prescindir menos que nadie acaso las autoridades. No hay autoridad que no se calle muchas cosas. A menudo, no sólo las callan, sino que las desfiguran, y mienten como cosa que lleva consigo el cargo. Los hombres de gobierno dicen con suma frecuencia las mayores mentiras, pero como por exigencia indispensable y tratando con ello de hacer un beneficio general. De aquí lo laxo y tolerante de la moralidad pública, donde se permite y aun requiere lo que no se consiente por lo regular en el campo de la moralidad privada. Autoridad que sin recato alguno pusiera al descubierto todas las interioridades de su departamento, y que no se escudase, al ser interrogada por ellas, con la coraza de la discreción que el cargo impone, ó contestando con medias palabras y frases ambiguas, ó diciendo la verdad legal y oficial, pero

callando la verdad verdadera, tan distinta casi siempre de la otra, ó alegando su condición de subordinado que tiene que cumplir las órdenes de su superior, aun creyéndolas desacertadas, no podría sostenerse en su puesto un solo día. Hay en esto un cúmulo de cosas, de consideraciones, de intereses sociales, que impiden, con mayor intensidad que en otra alguna esfera acaso, pagar tributo incondicional á la verdad escueta. Todo gobierno se alimenta, á mi ver, quiérase ó no, entre otras cosas, de mentira, porque sin mentira no puede haber sujeción ni dominación. Todo el que manda y gobierna, sea en la esfera que quiera, calla unas veces la verdad, la tergiversa ó desfigura otras, y dice y hace á todas horas cosas que no siente ni le parecen bien.

Civilización, falsía, fingimiento, artificio, esclavitud, mentira, son, á lo que parece, por el aspecto que aquí se trata, términos sinónimos; ó, más bien, lo son todos ellos de este otro: vida social. No hay vida social sin mentira: como que de la mentira se alimenta. Cuanto más acentuada é intensa sea esa vida, es decir, cuanto más civilizada, cuanto más refinada, tanto más dominará la mentira en ella. Los círculos sociales del «gran mundo», por ejemplo, son, como es bien sabido, los en que mayores convencionalismos existen. Igual hay que decir de las clases «altas», en general, con relación á las bajas, y de la vida urbana ó civil (de las ciudades), con relación á la vida rural. En los campos y en las clases sociales «inferiores» se vive más «al natural», más cerca de la verdad primitiva y verdadera, sin los *requilorios* (como allá dicen) de la civilización; pero también más toscamente, más bárbaramente. Un individuo «bien educado», fruta que no se da sino en plena civilización, significa generalmente un sujeto fino, pulcro, en ocasiones meloso inclusive, que con todo el mundo vive bien, que á todos saluda y á todos da la razón ó á ninguno contradice ni se la quita; que no hiere jamás, y si lo hace no es con palo ni palabras gruesas, sino con guante, con puñal riquísimo y perfumado, con ironía delicada... Pero así lo queremos nosotros y así exi-

gimos que sea, y entre un individuo como él, educado, de buenas maneras, cortés y gentil, aunque sus procederes no sean muy leales, sino al revés, ladinos, y otro que muestre las cualidades contrarias, por ejemplo un buen labriego, apenas hay necesidad de decir de qué lado caen nuestras preferencias. La tosquedad del último se nos hará insoportable; el trato con el primero nos parecerá agradabilísimo.

De los productos de la civilización, uno de los más delicados es el arte. Y el arte consiste casi siempre en alterar la verdad. Los productos artísticos son por más de un concepto ficticios: no ya tan sólo por ser artificiales, y no hijos espontáneos de la naturaleza y sus energías, sino porque con ellos se busca de propósito el desfigurar ésta. Un arte que se limitara á copiar escuetamente los productos naturales, tal y como ellos son, con la parte bella y buena que presentan, lo mismo que con la mala y fea, no sería arte, ni nadie lo resistiría, ni lo tendría por tal. El arte más verista, realista ó naturalista falsea. Ni en el teatro, ni en la novela, á pesar de la verosimilitud que á las respectivas obras se exige, toleramos el naturalismo crudo, no obstante toda la verdad que en él haya. Igual sucede con los trabajos literarios de otra índole, con los cuadros pictóricos, las estatuas y demás productos de las bellas artes. Nos repugna ver en ellos ciertas cosas, que se dan, sin embargo, harto frecuentemente, en la realidad, pero que creemos debe cubrir el artista, cuya misión suponemos que consiste precisamente, fuera de otras cosas, en eso: en presentarnos no más que el aspecto agradable de la vida, el que nos deleite y produzca emoción estética, prescindiendo de todo otro. Decir arte es decir labor de artificio, de arreglo, adobo, desfiguramiento, ilusión, engaño. Y atribuimos la cualidad de artista, celebrándola como un mérito que nos seduce, al que, no ya sólo en la materia llamada estrictamente artística, sino en su vida toda ó en algún orden particular de ella, se conduce de manera análoga. La habilidad, aun para lo más malo, es objeto de nuestras preferencias. Y así estamos acosados por co-

rrientes de artificio, que no nos desagradan, sino muy al contrario, por todas partes. El adorno y el embellecimiento corporal de la persona, el de la mesa, el de la habitación y el dormitorio, para que nos produzcan sensaciones placenteras, que tienen muy á menudo base ilusoria, son formas de artificio, contrario al puro y verdadero imperio de la naturaleza. Nuestra conversación y nuestra escritura están llenas también de manifestaciones semejantes. ¿Y en la industria? Los objetos «bien presentados» *aparentan* mucho más que sin esa «presentación», y se venden mejor y más caros. Y la buena presentación suele ser falsía y artificio; es el mueble chapeado, el objeto hueco que se da como macizo, la píldora dorada para que se trague sin el menor reparo ni escrúpulo.

Cuando hablamos despectivamente de las mentiras convencionales de la civilización, no nos hacemos bien cargo, me parece á mí, de que tales mentiras son probablemente indispensables, porque no hay civilización sin mentira. La mera acción de presencia es ya suficiente para modificar nuestros impulsos y tendencias nativas, nuestra ingénita condición, nuestras palabras, nuestros propósitos, nuestros actos. Desde el instante en que nos encontramos en presencia de alguien, ya empezamos á ceder algo de nuestra independencia, á hacer concesiones; ya entonces no nos conducimos igual que cuando estamos completamente solos, ó que nos conduciríamos si fuésemos los únicos seres del mundo. Entramos en tratos é inteligencias, más ó menos tácitas, con los individuos que nos ven ó con los que pueden fácilmente vernos, juzgar nuestra conducta, exigir algo de nosotros. Comienza la inhibición, la moderación, la prudencia, las reservas mentales. Deja uno de ser todo de sí mismo para ser algo de los demás. Y esto ocurre con la mayor parte de nuestra vida. Ni en su propia casa (ni aun en su propia habitación íntima) es uno un rey; siempre sacrifica algo de su individualidad propia en aras de los otros. Nos vestimos y nos peinamos pensando en los otros, y no hay que decir si pensamos en ellos cuando hacemos otras cosas que

el mundo ha de ver; por ejemplo, cuando escribimos para el público. Difícil es que conservemos entonces nuestra total entereza, nuestra sinceridad, nuestra independencia. No la conservamos tampoco en el seno de la familia, que es la sociedad más adherida á nosotros, aquella cuya comunidad de vida requiere mayor lealtad, donde parece que no deberían consentirse engaños ni ocultaciones de unos miembros para con los demás. Sin embargo, los hay. No mostramos enteramente al descubierto nuestro pecho al otro cónyuge, á los padres, á los hijos, á los hermanos. Por muy cordiales que sean las relaciones entre los componentes de la familia, hay en todo caso algo que no se comunica, un remanente reservado, algo que se cuida de poner aparte, como en un cofre cerrado á las miradas indiscretas de los compañeros. Siempre, siempre, es uno, más ó menos, un secreto impenetrable para con los otros. No se exhiba ni se confiesa uno totalmente y con sinceridad absoluta con parientes ni con amigos. Uno es siempre uno, inconfundible, incomunicable, inidentificable con cualquier otro: es siempre un engañador de aquellos con quienes se relaciona.

Si en las relaciones más privadas acontece esto, ¡calcúlese lo que ocurrirá en las que ya no lo son tanto! A medida que crece el número de personas, en presencia de las cuales creemos hallarnos cuando hablamos ó cuando obramos, crece también nuestra propensión al engaño y la falsía, crece la facilidad y no sé si diga también que la necesidad de ella. El desarrollo de los medios de publicidad y de comunicación es aquí un factor de grandísima fuerza. Ese desarrollo nos va haciendo más y más cosmopolitas, más y más ajenos á nosotros mismos y más esclavos de los demás, en cuyo océano inconmensurable de opiniones, de juicios, de exigencias mentales disolvemos casi entera nuestra propia personalidad, quedándonos con escasa cantidad de ella. Cuando sabemos que nos escucha un público numeroso, en el espacio ó en el tiempo, no obramos igual que cuando este público es escaso; sin embargo, lo mismo en un caso que en el otro nos dejamos arrastrar por el deseo de

contentar al auditorio, y procuramos satisfacer las peticiones ó la expectativa de los oyentes ó lectores, dándoles lo que piden, aun con peligro (frecuente) de engañarles y de «darles el pego». Nuestra sinceridad padece entonces gravemente; no nos presentamos tal cual somos; no obramos con lealtad; no desnudamos nuestra alma ante las gentes, entregándosela tal cual es, por completo. De aquí provienen tantos desengaños como á veces sufrimos cuando á personas de quienes vivimos muy alejados les juzgamos por sus discursos ó escritos: al acercarnos luego á ellas y ver un poco cómo son, nos coge un gran desencanto.

Todo lo dicho me parece que obliga á ser un poco más parsimoniosos de lo que solemos serlo en nuestras censuras del convencionalismo social, de las llamadas «mentiras convencionales» de la civilización. Esta última no puede existir, como no puede existir acaso ninguna especie de vida social, de vida común entre los hombres, sino á condición de ser ella un tejido de mentiras y de convenciones, de «valores entendidos». Lo que hay es que, regularmente, nos fijamos sólo en algunos de éstos, y no en todos; nos fijamos, v. g., en los de más bulto, ó en los que tales nos parecen á nosotros, y los anatematizamos. Pero nuestra autoridad es muy escasa para lanzar semejantes anatemas, porque nosotros, que lamentamos ciertos convencionalismos en que intervienen los demás, practicamos á nuestra vez otros muchos. Es muy general la censura, v. g., contra los convencionalismos del Parlamento, y aun de toda la política; se califica á ésta de comedia; se truena contra las transacciones y acomodos que constituyen su sustancia y contra los efectos engendrados por tales factores; se lleva muy á mal que en los pasillos de la Cámara se hable de un modo y en el salón de sesiones de otro distinto, convirtiendo ambas cosas, respectivamente, en conversación de entreactos y entrebastidores, y en representación ante el gran público desde el proscenio. Pero los que así hablan, hablan así porque no son políticos (si es que no lo hacen despechados porque no consiguen me-

terse en la «sentina» de la que tantas pestes echan). Si fuesen políticos, ya se convencerían de que en la política hay que hacer lo mismo que en tantísimas otras cosas hace todo el mundo; hay que transigir, recomendar, entrar en tratos y componendas, atender las indicaciones del jefe ó los ruegos del correligionario, sacrificar algo para que á uno le den algo... Y el único modo de no hacerlo así es no meterse á político, y dejar que otros hagan lo que tan mal nos parece. Pero para conservarse completamente ileso y puro, no habría otro remedio que seguir en todo una conducta idéntica, ó lo que es lo mismo, renunciar á todo género de vida social.

Yo no veo salida para el problema. La vida social se alimenta fundamentalmente del engaño. El que quiera hacerla no puede ser sincero ni independiente; tiene que quemar incienso en el altar de la mentira; se constituye en esclavo de las exigencias sociales que se llaman leyes, costumbres, reparos, conveniencias, cortesía, maneras... todo lo cual conspira contra la verdad seca, que podríamos decir, contra la verdad radical é irreducible. Y de no hacerlo así, dejar la vida, escapándose de ella.

No me convence tampoco la solución de los que preconizan la vuelta á la naturaleza. De ser esa vuelta posible, que quizá no lo sea, porque no es igual la rusticación que el retorno á un estado presocial; de ser ella posible, no lograríamos otra cosa sino una repetición del mismo proceso hasta ahora seguido. Se recomenzaría á hacer concesiones, tan pronto unos individuos se encontrasen con otros semejantes suyos y empezasen á hacer vida común con ellos. La civilización iría inevitablemente echando raíces otra vez, y otra vez iría tramando el ambiente de la ficción, de la mentira y del dolo, que sirve de soporte y de alimento á la vida social. Un ciclo sucedería á otro ciclo, pero sin cambiar de naturaleza.

¿Cómo salir de este *in pace*?

P. DORADO



# LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

## MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623

I

Para realizar todo alto fin humano, es dón del talento saber aprovechar con oportunidad las circunstancias favorables, pues no suelen repetirse con frecuencia. Dos momentos supremos se han presentado en la historia moderna para haber podido rehacer el edificio de nuestro porvenir, convirtiendo una política históricamente sistemática de inhábil reacción y desprovista de pensamientos nacionales, en política esencialmente nacional, progresiva y reparadora. ¿No es ésta la política que ha distinguido á los pueblos que, mientras España ha estado en constante disminución de iniciativas, de fuerzas y de poder, ellos se han engrandecido? Aunque entre uno y otro momento crítico de los que aquí se denuncian mal podría encontrarse una escrupulosa analogía, pues en la historia tampoco se repite nada de un modo absoluto, los puntos de comparación existen, á pesar de que, con la diversidad de los tiempos, las ideas, los medios y las circunstancias siempre cambian, y de que toda nueva situación requiere las formas nuevas que le son adecuadas. En las dos situaciones históricas que marcan los puntos de partida para una completa regeneración, por nuestra parte ejercen una influencia de gran peso, con relación á la marcha

general de la política, cuestiones de índole matrimonial, que en materia de Estado nunca pueden concretarse á cuestiones de índole puramente doméstica, y, ¡coincidencia particular!, en una y otra ocasión estas cuestiones se liquidan para España en Inglaterra. El primero de estos momentos, de que aquí vamos á ocuparnos, se refiere á los principios del siglo xvii, en que comenzó nuestra decadencia nacional. El segundo se resuelve en estos mismos instantes.

Comparar la España de hoy con la España de los tres Felipes consecutivos de Austria sería tocar los límites de la paradoja. No hay, en efecto, entre las dos Españas, términos de comparación. Pero lo mismo, aunque en sentido inverso, ocurre con Inglaterra. La Inglaterra de los comienzos del siglo xx, tan poderosa, tan sabia, tan opulenta, no es la Inglaterra que dejó á su muerte la reina Isabel á la herencia del hijo de su rival, María Estuardo, Jacobo VI de Escocia, aunque con la política de aquella mujer, también admirable, y la unión de las dos grandes coronas insulares, coincidiera el principio del engrandecimiento colosal de la Gran Bretaña con el principio de la colosal decadencia del imperio español en el mundo. España entonces se hallaba en la cúspide de su grandeza política. Disfrutaba toda la soberanía del solar ibérico en la posesión de su antigua monarquía y la de Portugal. Súbditos de su corona ó dependientes de su poder gobernaban en el resto de Europa otros cinco Estados. Ocupábamos militarmente una gran extensión del litoral africano, y casi exclusivamente éramos los árbitros de América, cuya navegación facilitaban los archipiélagos lusitanos del Atlántico, además de su importante imperio colonial del Asia, en cuyos términos orientales las naves españolas que seguían tenaces sus derroteros de exploración, se perdían en la inmensidad de todos los mares aún no conocidos. ¿Cómo, entonces, no se nos había de considerar como los árbitros del mundo?

El rey Jacobo VI de Escocia lo consideraba así. La reina Isabel de Inglaterra, llegada á los términos de su vida, sin

haber contraído matrimonio, ni haber tenido sucesión por lo tanto. El recuerdo de la larga prisión y el suplicio de Fontheringay le hacían desconfiar de que la soberana, que tanto había hecho prosperar y engrandecer sus Estados, le designara como sucesor de ellos, y dominado por sus pensamientos, puso gran esmero en averiguar los propósitos que España tenía respecto á aquella herencia en perspectiva, cuidando á la par de hacerse de su partido al rey Felipe III de España, para que le apoyase en su pretensión de obtenerla para sí. La dificultad mayor para entenderse con el rey católico provenía, no sólo de la mucha cautela de su ánimo, sino de los embarazos que dentro de sus propios Estados le creaba un partido bastante numeroso y con hondas raíces en la opinión general, que repugnaba todo vínculo de unión entre las dos coronas de Inglaterra y Escocia, bajo el temor de que ésta fuese absorbida y anulada por aquélla. Mas por encima de estas consideraciones, de orden interior, que él se congratulaba de poder dominar por sí solo, puesta su vista en los pretendientes que hacían valer sus derechos para una herencia tan apetecida, para que el rey católico obstruyera á su vez con su influjo los avances de cualquier otro candidato, los caballeros de Escocia enviaron agentes á Valladolid, adonde se había trasladado la corte, en unión de otros caballeros de Irlanda, los cuales ofrecieron á Felipe III y á su ministro, el duque de Lerma, ciertas condiciones á cambio de sus auxilios, que hoy parecerían hasta inverosímiles de no testificarlas nuestros documentos de archivo (1). Entre estas condiciones se hallaban la de abrir, de

---

(1) Es imposible hacer aquí una enumeración de los fondos de Estado en que se halla dispersa la copiosísima documentación de las negociaciones políticas y matrimoniales entre España é Inglaterra de 1603 á 1624. El *Archivo Histórico Nacional*, en que se encuentran todas las Consultas al Consejo de Estado; Simancas; la Biblioteca Nacional, en su Sección de Manuscritos; la de S. M. el Rey, que posee en una parte de la correspondencia particular del Conde de Gondomar cartas autógrafas interesantísimas del Príncipe de Gales (Carlos I de Inglaterra); la Real Academia

acuerdo con los católicos de Irlanda, sus puertos á las escuadras españolas para que intentaran desde ellos un golpe sobre Inglaterra; costear en la Península y en Flandes fundaciones y colegios, como los que disfrutaban los irlandeses, para sesenta jóvenes de las primeras familias patricias de Escocia y para ciento cincuenta de las de calidad inferior, y hacer otros sacrificios análogos á compás de las exigencias del monarca castellano. Los agentes de estas pretensiones eran lord Maxwell, conde de Morton, y lord Lewinstone. Las instancias que para el rey trajeron venían firmadas por el conde de Huntlye, por el conde d'Arrol y por lord Claudio Hamilton, hijo del duque de Chastellerault, todos católicos, y por los presbiterianos el conde de Crawford, el conde de Montrose y lord Forbes. Estos eran del partido que sacrificaba hasta sus creencias religiosas á la exaltación que le producía el sentimiento de la patria independiente sostenido contra Inglaterra.

El rey Jacobo, no ignorante de estas determinaciones, envió por su parte otro emisario para que conferenciara en Roma con el embajador de España, D. Luis Fernández de Córdova, quinto duque de Sessa, el cual, luego que se informó de las pretensiones del monarca escocés, se apresuró á despachar correo á Valladolid con noticia detallada de todo. Ofrecía Jacobo VI, á cambio del auxilio que también demandaba, dar á Felipe III en rehenes al príncipe heredero de sus Estados, el cual recibiría su educación en la Península, bajo el patrocinio del rey de España. Le entregaría, además, algunas plazas fuertes de la banda de Irlanda, y todas las que los ingleses tenían ocupadas en los Estados Bajos. Como remate de capitulaciones, se procuraría casar á los príncipes de Escocia á voluntad del rey católico, aunque Jacobo se proponía,

---

de la Historia; los Archivos del Ministerio y del Consejo de Estado; hasta el Municipal de Madrid, ofrecen un arsenal documentario en tal número y de tal interés, que desconfiamos de que ningún otro asunto español de Estado pueda ser ilustrado con más rico material. El resumirlo, el organizarlo es tarea para años.

desde luego, emparentar indirectamente con Felipe III por medio de la casa de Saboya. Vinieron de Roma, y regresaron de España los correos tan rápidamente como los medios de comunicación por aquel tiempo permitían. Se contestó que en Valladolid serían oídas con interés las demandas de Escocia, dándolas un carácter regular, y poco tardó en presentarse á Felipe un nuevo mensajero suficientemente acreditado, Sir John Graton, barón del título romano de Iunertini, recomendado además al secretario de Estado, D. Juan Idiaquez, á fin de que no fueran estériles ni premiosas sus negociaciones. Favorablemente se le recibió y oyó en la corte castellana; ajustáronse con él algunos puntos de conveniencia y seguridad mutua; y como en los mares del Norte debieron hacerse los preparativos para la empresa, se remitió á Graton con pliegos á Bruselas para los archiduques gobernadores, asistiéndole además con 1.500 escudos para viático. Así andaban estas secretas negociaciones entre España y Escocia, cuando inopinadamente ocurrió la muerte de la reina Isabel.

La súbita exaltación de Jacobo al trono de Inglaterra echó al abismo todos estos proyectos. Catorce pretendientes se disputaban la herencia de aquella corona, é insepulto aún se hallaba su cadáver, cuando, para prevenir otros males, los barones espirituales y temporales del reino, los consejeros de Estado, los lores y señores del Parlamento, el maire y los ciudadanos de Londres se apresuraron á instituir sucesor de la corona al hijo de María Estuardo por medio de un acta solemne. Para Edimburgo partieron al instante, comisionados de llevar la noticia, Sir Charles Persy y Sir Thomas Somerset. Jacobo púsose en marcha al momento con rumbo á Inglaterra, y se presentó en Berwick el mismo día que en la abadía de Westminster se daba sepultura á la reina muerta. Viéronse juntas entonces las tres coronas que aún forman el Reino Unido de la Gran Bretaña; y elevada con esto la consideración del nuevo Estado, vino á pesar de un modo muy distinto en los asuntos generales de Europa.

Así lo comprendió Francia desde el primer momento. Apresuradamente se resolvió á enviar embajada, no tanto por felicitar al nuevo monarca, cuanto para explorar sus intenciones é interesarle en el vasto plan de la política que, como un golpe mortal, concertaba contra España. El embajador á quien Enrique IV confió tan delicada empresa fué Maximiliano de Bathune, duque de Sully, amigo y consejero del primero de los Borbones (1). Llegó éste á Londres en Junio de 1603; presentóse al rey Jacobo, y cumplidas las etiquetas reales, desde luego espontaneó el objeto de su misión. Francia deseaba vivir en alianza con Inglaterra. «La unión política de las dos coronas—decía—bastaría para decidir en la paz y en la guerra de los destinos de Europa; y Enrique IV revolvía en su mente y tenía ya en proyecto un sistema de organización del equilibrio europeo, mediante el cual, conteniendo el poder vasallador de España, se aseguraría la paz á los demás Estados.» El decantado plan del equilibrio europeo, atribuído á este rey, no era sino la máscara con que ante la ambición y los intereses de los demás disfrazaba su propio interés y su ambición. La crítica le ha declarado fuera de los límites del espacio y del tiempo en que la realidad se encierra.

Después de comunicar Sully á Jacobo I las combinaciones europeas en que procuraba interesarle, y para cuya ejecución y éxito tanto le ponderaba la necesidad de la alianza franco-inglesa, penetró en otro nuevo orden de cuestiones, conducidas á despertar un vivo deseo en el ánimo indeciso del monarca británico. Estas cuestiones de índole doméstica se reducían á la proposición de un proyecto de enlaces entre Inglaterra y Francia, mediante el cual el Príncipe de Gales uniría sus destinos conyugales á los de la princesa Isabel de Borbón, y el Delfín se casaría con lady Isabel. Nunca gestión diplomática alguna fué planteada con más hábil destreza ni con mayor

---

(1) *Œconomies royales ou Memoires de Sully.*

sagacidad. Pero Jacobo I, ignorándolo Francia, tenía pendientes sus compromisos con España: sentía hacia nuestro país seductora inclinación; y si bien su prudencia le impidió descorrer el velo del asunto, estimando la consideración de Francia, en lo de los matrimonios se mostró tibio, adivinando la viva penetración del embajador francés que alguna oculta causa inspiraba aquella frialdad.

Aunque Sully llevó á Londres el encargo de espiar en la nueva Corte lo que España negociara, tuvo que abandonar la capital de Inglaterra en Julio del mismo año; es decir, dos meses antes de la llegada de la primera embajada que Felipe III envió á cumplimentar á Jacobo. Procuró, sin embargo, dejar partidarios del enlace franco-inglés, aunque con este motivo tuvo ocasión de observar que el sentimiento público en Inglaterra, así entre católicos como entre protestantes, se inclinaba á casar los hijos del nuevo monarca, principalmente á su heredero, con una infanta española.

Hiriendo estas noticias su sutil perspicacia, le inspiraron un ardid nuevo con que acabar de explorar el ánimo del rey. En efecto: en unas fiestas celebradas en Greenwich, y á las que fué invitado el embajador francés, Sully, respondiendo á un brindis del rey, bebió por el nuevo parentesco entre Francia é Inglaterra; y viendo que en Jacobo no produjo el mejor efecto su osadía, tornó á hablarle de las deferencias que se complacía en guardarle el rey, su amo, puesto que habiéndole ofrecido el de España la mano de la infanta D.<sup>a</sup> Ana para el Delfín, Enrique IV había preferido su enlace con los príncipes de Escocia. Esta páfida insinuación, que no tenía por entonces fundamento alguno de verdad, picó, en efecto, el amor propio del rey Jacobo. Sully adivinó en su rostro todo el misterio; y al volver á Francia, antes de que se hubiese hablado entre España é Inglaterra nada de matrimonios reales, ya llevó el propósito decidido de aconsejar á Enrique IV opusiera todo el aparato de su poder político para impedir una alianza que inutilizaría por completo los planes concebidos contra España.

«Desde este momento—dice Mr. Guizot (1),—la cuestión de un matrimonio francés ó de un matrimonio español para el Príncipe de Gales quedó planteada en Londres, en París y en Madrid, y la suerte de la política de Europa parecía depender del nuevo rey de Inglaterra, quien se creyó el árbitro por permanecer indeciso.»

## II

La primera embajada que Felipe III envió á Londres fué encomendada á D. Juan de Tassis, conde de Villamediana. Además del parabién al rey Jacobo, llevaba misión de procurar se estrechasen las relaciones de amistad entre los dos países, dando seguridad de que nada estaba más distante del ánimo del rey como hacer valer sus derechos á aquella corona, sobre la cual su deseo se reducía á que «Jacobo dejara público albedrío á los católicos con pública y descubierta libertad de conciencia». Si el rey de Inglaterra insistía en sus antiguas ofertas, debía significarle que «sólo la religión abriría camino á las alianzas y casamientos que sobre este fundamento se podrían concluir»; y sobre los demás puntos antes conferidos, decía la Instrucción Real que «importará á su hijo y sucesor mi protección, y si viene á fiar, como puede, que se críe en mi Corte, como será instruído, regalado y acariciado». La última parte de la *Instrucción* que se dió á aquel diplomático se refería á la devolución de las plazas que guarnecían los ingleses en los Países Bajos y en Zelanda.

Villamediana fué recibido ostentosamente en Wintchester, donde el rey Jacobo se le descubrió por entero. Su más grato deseo era la amistad de España; mas, habiéndose engrandecido su corona, sus proyectos sobre la educación y los matrimonios de sus hijos también habían variado. Desde que en la Abadía de Westminster recibió sobre su frente la corona de

---

(1) *Un projet de mariage royal.*



los Guillemos y Ricardos; desde que en el palacio de Windsor tuvo instalada su familia, y él, por su propia mano, pudo imponer á su primogénito, el príncipe Enrique Federico, la calificada insignia de la Jarretera; en una palabra, desde que real y verdaderamente se sintió poseedor de la ambicionada corona de Inglaterra, su pensamiento en la colocación de sus hijos subió á mayores alturas, fijándose en la infanta española doña Ana María, que cifraba ya en nueve años de edad, para el Príncipe de Gales; destinando la mano de lady Isabel, preciosa niña de siete abriles, para uno de los archiduques, hijos del emperador Rodolfo, ó bien para el duque de Baviera, procurando hallar esposa proporcionada para el príncipe Carlos, nacido en 1600, en la casa de Saboya, entre los hijos de la infanta Catalina Micaela y de Carlos Manuel, duques soberanos del Piamonte.

No llevaba Villamediana instrucciones para meterse en tanto. Limitóse á comunicar á la Corte de España lo que de parte del ministro Roberto Carr, á la sazón barón de Rochester y después de Somerset, le individualizó por escrito Henry Howard, conde de Northampson; y cuando Felipe estuvo enterado del asunto, se dispuso una embajada extraordinaria con más amplias facultades en la persona del condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, duque de Frías, que salió de Valladolid para Flandes á postreros de aquel año.

En la pompa, número y calidad de las personas que compusieron aquella espléndida expedición diplomática, fácilmente se echa de ver la importancia de su misión. La Corte de Felipe III había recibido con aura grata las proposiciones de Jacobo. Todos querían formar parte de la comitiva del condestable, el cual llevaba al salir de España el más brillante séquito, compuesto de D. Manuel de Zúñiga, hijo del conde de Monterey; de D. Javier de Cárdenas, segundogénito del duque de Maqueda, y de D. Melchor de Borja, que lo era del de Gandía, todos sobrinos del embajador español. Le acompañaban, además, D. Alonso de Velasco, señor de la Revilla, vee-

dor general de las galeras y armada de España; D. Blasco de Aragón, de la casa ducal de Cardona; D. Felipe de Arellano, heredero del conde de Aguilar; D. Manrique de Silva, portugués, hermano del marqués de Portalegre, y D. Carlos de Sangro, italiano, hijo del duque de Torremayor. A éstos se agregaron en Bruselas, para embarcarse en Dunquerque, otros caballeros flamencos y castellanos y los innumerables oficios y criados de la casa ducal de Frías (1).

La recepción suntuosísima que se hizo en Londres á la segunda embajada española dejó en todos recuerdos indelebles. Celebróse con grandes bailes y festines públicos, y se concertaron ejercicios caballerescos, carreras y cacerías para obsequiar á tan insignes huéspedes. Roberto Carr fué el que, en nombre del rey Jacobo, llevó el hilo de las negociaciones. Después de algunas conferencias, se asentaron como bases preliminares para cualquier suerte de estipulaciones posteriores los capítulos sobre que había de girar la negociación. Inglaterra quería que, á falta de varones en la sucesión del rey Felipe, la infanta D.<sup>a</sup> Ana María pudiese optar á la herencia de la corona española con todos los Reinos y Estados que la componían, tomando en tal caso el príncipe su esposo el título de rey de España y, recíprocamente, el de reina de Inglaterra su presunta mujer. Por dote para la infanta, se renunciaban desde luego en ella y en perpetua soberanía los Estados de Flandes, así por carecer de sucesión los archiduques

---

(1) Hay una *Relación de la jornada del Excmo. Condestable de Castilla á las pazes entre España é Inglaterra*, impresa en Valladolid por los herederos de Juan Iñiguez, en 1603, y otra *Segunda parte de la embajada de Don Juan de Tassis, Conde de Villamediana, al nuevo rey Iacobo de Inglaterra*, impresa en Sevilla, por Bartolomé Gómez, en 1604, que con la *Relación* de la Imprenta Plautiniana, de Amberes, por Jean Moreto, constituyen la descripción de los actos exteriores de las dos embajadas españolas á Londres; pero las negociaciones secretas se encuentran en la *Correspondencia diplomática de España con Inglaterra*, en el Archivo de Simancas, y en algunos papeles sueltos de la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia (*Jesuitas*).

gobernadores, cuanto por «hallarse malcontentos de su gobierno los súbditos de aquellas provincias». En todo lo demás se observarían las mismas reglas que para los pactos nupciales de la infanta D.<sup>a</sup> Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, con el malogrado príncipe Arturo.

Para ir allanando el despojo de los archiduques en Flandes y no despertar en nadie sospechas acerca de los propósitos que animaban al rey Jacobo, éste se comprometía á promover, juntamente con Enrique IV de Francia, el tratado y confederación firmado luego en Hampton-Court, por el cual los referidos monarcas se obligaban á interponer su mediación simultánea con Felipe III á fin de que fuesen reconocidos como vasallos los habitantes de los Países Bajos; y, por último, á activar el de paz, alianza y comercio entre España, Inglaterra y los Estados de las Provincias Unidas, que fué concluído en Londres en Agosto de 1604. Todas las demás concesiones que Inglaterra hacía á España se referían del mismo modo á proteger los derechos de nuestro comercio en los mares del Norte y á asegurar nuestra nevegación en el vasto derrotero de las Indias.

Cuando se concluyó la misión del condestable, túvose por notabilísimo servicio el prestado en Inglaterra, y para allanar en París dificultades en el cumplimiento de los tratados mercantiles, y para comenzar á limar en Bruselas las asperezas sobre el artículo secreto convenido, concerniente á aquellos Estados, continuó el duque de Frías su misión diplomática antes de regresar á España. Desde Bruselas dió el ilustre embajador cuenta detallada de sus actos, y advirtió al rey que la persona que le sustituyese en Londres, «aunque descendiese de puestos mayores, fuese cuerdo y cristiano, informado del mundo y cortes de príncipes, caballero y buen galán con las damas, espaciado y afable, lucido y liberal», y que «asistiera á las casas y á los festines, donde solían ofrecerse en aquella corte ocasiones de negociar mejor que en las audiencias aplazadas». Por último, en cuanto á los intereses religiosos, que

era inexcusable tarea en aquellos tiempos, tratándose de dos países tan contrarios en la materia, el condestable decía: «El designio que tiene el rey Jacobo de casar á su hijo, el príncipe, con la señora infanta, es el medio más poderoso para facilitar esta gran empresa (la vuelta de Inglaterra al seno de la Iglesia católica), por dos razones: la primera, porque tendría justa causa para declararse, sin nota de liviandad y con utilidad evidente; y la otra, porque se aseguraría de cualquier movimiento de los puritanos, los cuales, viéndole unido con V. M., no osarían sentar nada, antes se irían extinguiendo muy aprisa» (1). Júzguense como se quiera hoy estos dictámenes, ello es que el mismo Sully, en sus *Memorias*, no pudo menos de consignar resueltamente que, á pesar de las diferencias de religión, «*la reine et la majeure part du conseil et de la nation, hérétiques comme catholiques, desirent, quoique par des motifs différents, que le prince se marie avec une princesse d'Espagne*» (2).

Mientras no se trató sino de intereses morales, ni una voz de oposición se levantó contra aquellos proyectos de matrimonio. La única nación á quien convenía impedirlos y que se obstinaría en estorbarlos por todos los medios era Francia, y Francia acechaba astuta el pretexto y la ocasión con que agitar los Gabinetes en contra de aquel pensamiento. No tardó en ofrecérsele oportunidad, viniendo las armas con que había de herir de muerte el asunto de la misma familia real de España. Antes que el condestable llegase á Bruselas, los embajadores de los archiduques en Inglaterra, Juan de Richardot y el príncipe Carlos de Arembergh, duque de Aerschoot, avisaron á la infanta Isabel Clara Eugenia del despojo de que estaba amenazada. Media Europa se conmovió ante las lágrimas de aquella mujer. El papa Clemente VIII, el emperador Ro-

(1) *Respuesta á S. M. volviendo el condestable de Inglaterra, hecha la paz.*—(Bibl. Nac., Mss. Número 6949.)

(2) *Œconomies royales.*

dolfo, el duque de Saboya, el duque de Baviera y todos los príncipes católicos de Alemania y de Italia se escandalizaron con las querellas de la hermana de Felipe III. Corrió la voz de los pactos matrimoniales en proyecto por toda la cristiandad, ortodoxa y no ortodoxa, y entonces Enrique IV y Sully aparecieron en la palestra excitando todos los temores y fomentando todas las desconfianzas. Ponderaron al Papa, al Emperador, á los príncipes católicos de Alemania el peligro de que el rey católico enlazase con una familia protestante, en cuya autoridad desde la reina Isabel venía representado cierto vicariato general sobre todas las sectas disidentes. Se describió la cuestión como la ruina del Catolicismo y del Imperio, y nunca como en aquella ocasión parecieron los reyes de Francia más celosos defensores de la unidad de la Iglesia. A Holanda y á los países protestantes, por otra parte, les sobreexcitaba Francia á la vez con el ruido de los propósitos que á la Gran Bretaña podría llevar el hijo de Felipe II, el rey de la Inquisición, de los procesos secretos y de los suplicios ignorados; y tanta era también la solicitud de Enrique IV respecto de estas naciones, que no parecía sino que había transmigrado á él el espíritu de la muerta Isabel de Inglaterra.

Entretanto, y por si la codicia desvanecía al saboyano, Enrique IV le envió agentes que le ofrecieron la mano de su hija para el príncipe Víctor Amadeo, y aun á la misma España mandó sus embajadas para negociar un cambio recíproco de príncipes y princesas casaderas que llegasen á ocupar simultáneamente los dos tronos de San Luis y de San Fernando. Así la campaña diplomática reemplazó inmediatamente á la campaña militar, siendo su agudo ardid en este negocio levantar toda clase de armas extrañas en contra de su rival español, privándole de las que podían amparar su brazo, sin que en tan aleve complot se descubriera la mano que movía toda aquella máquina de intrigas. Holanda estuvo para romper con Inglaterra, y los Estados Bajos á dos dedos de confederarse con Holanda. El duque de Saboya se encerró indiferente en la

reserva. El Papa, el Emperador y el bávaro menudearon sus instancias al rey Felipe para hacerle desistir de los enlaces con los Estuardos; para que volviera los ojos hacia los de los Borbones ó destinase la infanta para la corona del Imperio, y, en fin, para que desagraviara á los enojados archiduques, gobernadores de Flandes, confirmándoles en la posesión absoluta de aquellos Estados, que les fueron concedidos al casarse por su padre el rey Felipe II.

Ni el duque de Lerma en Madrid, adonde ya se había trasladado de nuevo la corte de España; ni D. Iñigo de Cárdenas, que se hallaba de embajador en París; ni el condestable, aún en Bruselas, pudieron penetrar la bien combinada intriga de Francia, de los archiduques y de Roma. Tampoco en Inglaterra se penetraron de esta trama. Solamente se notó un súbito enfriamiento en las relaciones diplomáticas de España, á pesar de la obsequiosa amistad que en la corte de Londres se dispensaba á nuestro embajador, el marqués de Flores-Dávila, cuya esposa tan prendada estaba del príncipe Enrique Federico, que escribía *«era el más lindo que se puede pensar»*. Felipe III, débil de carácter hasta un punto inconcebible, sin saber cómo faltar al compromiso pendiente con Inglaterra, y asediado en contra de este matrimonio por toda suerte de influencias, vacilaba en tomar una última resolución. Refugiábase para con Jacobo en la religión y sus exigencias, y el rey de Inglaterra, á su vez, se defendía con las estipulaciones firmadas entre Carr y el condestable. En estas perplejidades, mandó el de Austria al secretario Aróztegui que se enviase al marqués una instrucción secreta sugerida por las indicaciones de Roma, y éstas atizadas por Francia, para conferirse con el príncipe, al cual debía hacer entender la necesidad de que abrazara el catolicismo, ofreciéndole que en haciendo esto tendría en su mano, y para sus propias cosas, todas las fuerzas de España.

«En llegando á estar de acuerdo, añadía la Instrucción, en tal secreto el príncipe y el embajador, éste le preguntará qué

prendas dará de lo que le toca, y las que querrá que se le den acá», avisando Flores-Dávila al instante de lo que pidiese, para que se le enviara sin falta; y estando estas prendas dadas de una parte y de otra, «precediendo en todo la licencia de Su Santidad, que era necesaria y forzosa», se escogería uno de dos caminos para la pronta realización del enlace: «ó pasarse acá el príncipe, seguro de la buena acogida y efecto del matrimonio, *viniendo católico*», ó declarar paladinamente en Londres que, para casarse con la infanta de España, en lo que había hecho resolución absoluta, tenía propósito de volver al gremio de la Iglesia católica. Entre estos dos medios Felipe III prefería el segundo, tanto «porque arguye valor, conserva la justificación y gana crédito», cuanto porque desembarazaba á España «de la falta de justificación que se nos podía atribuir en la salida del príncipe á hurto de su reino». De las vicisitudes que el asunto ofreciese el embajador debía dar cuenta á Madrid, despachando correos para España, sin duelo, para que se respondiese aprisa, viniendo éstos por París á Bruselas para mayor disimulación, y sin dar aviso ni aun á Roma, «porque en Roma no guardan bien los secretos» (1).

Con qué profunda pena supo el príncipe estas decisiones, no hay para qué ponderarlo. Lo que se le proponía estaba fuera del círculo del honor. Por menores temeridades era fama que, en España, el príncipe D. Carlos se había hecho merecedor de la indignación de Felipe II, su padre. Algo del doloroso secreto llegó á trascender al rey Jacobo; el cual, por otra parte, hallábase alarmado con las noticias que los embajadores de la señoría de Venecia sabían y divulgaban por todo Londres, de que entre la corte de la reina regente de Francia, María de Médicis, y la de Felipe III de España, adelantábanse muy aprisa otros convenios del mismo orden, que dejaban anuladas las negociaciones con Inglaterra, siendo el alma de

---

(1) *Puntos para la instrucción secreta del marqués de Avila, Don Pedro de Zúñiga.* (Arch. de Simancas.)

ellas el mismo Paulo V, por medio de su legado en Madrid, monseñor Antonio Gaetano, arzobispo de Capua, y Cosme de Médicis, gran duque de Toscana, que fué el primero en provocar estos conciertos con su embajador conde Orzo d'Elzi.

No eran inexactos estos rumores. El 30 de Abril de 1611 se firmaron en Fontainebleau, por Nicolás de Neufville, marqués de Villerói y por D. Iñigo de Cárdenas, los preliminares para los matrimonios franco-españoles. De manera que cuando, en Julio del mismo año, llegó á Madrid sir Charles Cornwallis, embajador del rey Jacobo, todas sus gestiones fueron ya infructuosas; pues Francia, dispuesta á impedir por todos los medios la alianza de España con Inglaterra, llevaba á todo viento sus negociaciones, decidida á no dejar al católico un momento de respiro. La indignación del rey de Inglaterra contra España fué vehemente. Jacobo se desató en ultrajes y sangrientos sarcasmos contra el rey Felipe. Recordando el papel que la reina Isabel le había dejado de cabeza del protestantismo, reanudó sus relaciones con todos los Estados disidentes, pensando en una alianza que le vengara, á costa de España, de la conducta de un monarca débil é irresoluto. De estas alianzas resultó el enlace de su hija lady Isabel con Federico, conde palatino del Rhin, el cual pretendía colocarse, como había estado colocado su padre, á la cabeza de toda la Liga protestante. Todavía, juguete de Francia, hubiese casado Jacobo á su primogénito, Enrique Federico, con la princesa Cristina de Borbón, si antes de llegar á término los comenzados conciertos no hubiese muerto en Richmond, en la flor de la edad, aquel hermoso príncipe, cuyas bellas prendas de carácter habían recomendado cuantos españoles de nota tuvieron ocasión de conocerle en Londres.

Casi con esta sensible pérdida coincidieron las solemnidades reales con que se proclamaron en París y en Madrid y se celebraron en Burgos y en Burdeos los desposorios de los príncipes franceses y españoles. En efecto, el 26 de Enero de aquel año se verificó un gran Consejo en París para la aprobación de



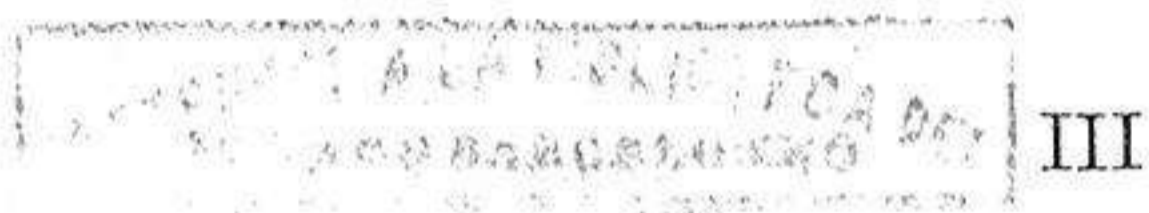
las estipulaciones matrimoniales; el 25 de Marzo, Henry de Loraine, duque de Mayenne, de la sangre real, con suntuosa pompa, condujo al embajador español desde su posada al Louvre, donde el canciller Brulart de Sillery, en presencia de la corte entera, hizo la solemne proclamación de las dobles bodas, y en 22 de Agosto se firmaron los contratos por la reina regente, María de Médicis, ante el vizconde de Puissieux y el barón de Vaucelles, y en Madrid tres días después por el rey Felipe, siendo testigos el duque del Infantado, el de Albuquerque y el de Uceda, el almirante de Castilla y los marqueses de Villafranca y de Castell Rodrigo. Este mismo día llegó á felicitar á los infantes D. Felipe y D.<sup>a</sup> María el mismo duque de Mayenne. Con igual misión cerca del Delfín y de madama Isabel de Borbón, cruzó los Pirineos D. Rodrigo de Silva y Mendoza; duque de Pastrana, el cual se encontró en aquella corte en las espléndidas fiestas decretadas por tan fausto suceso. Estas fiestas fueron dirigidas, en unión con los demás príncipes de la sangre, pares del reino, señores y pueblo, por el egregio Carlos de Loraine, duque de Guisa, y por el duque de Montmorency, de la más antigua nobleza (1). Sin embargo, el matrimonio religioso y la entrega de los príncipes respectivos no se verificó hasta Octubre y Noviembre de 1615, por no hallarse los contrayentes en estado núbil.

Todavía flotaban por los aires las nubes de aquellos inciensos, cuando nuevos agentes franceses volvieron á aconsejar á Inglaterra que, hecha la Liga con los protestantes de Alemania y Francia, «rompiese la guerra contra el rey de España, dándole para esto algunas tropas y razones de conveniencia», como dice un ilustre diplomático español de aquel

---

(1) M. Guizot ha tenido el desventurado gusto de falsificar todo lo que se refiere á este matrimonio; costumbre añeja é incorrecta de los escritores de Francia en lo que se relaciona con España. El legajo 140 de Simancas (Estado), los fondos de la B. Nac.—MM.—números 6.156 y 18.723, y otros muchos documentos de todos nuestros archivos, permiten rectificar los errores del escritor francés.

tiempo (1), «mediante las cuales el rey de Inglaterra se haría señor de las Indias ó de las flotas que fuesen y viniesen, y que por lo menos no podría ninguna entrar ni salir de Sevilla sin pelear con la armada inglesa». El rey Jacobo, pasado el primer ímpetu de la cólera, y herido en el alma por la muerte de su primogénito, lejos de atender aquellos consejos, mandó á París á lord James Hay á felicitar á la reina Ana María de Austria, con orden de ser en aquella corte pródigo y magnífico.



## III

Cuando los matrimonios con Francia fueron ya un compromiso invencible para Felipe III, á D. Alfonso de Velasco, en Londres, y á D. Juan de Ciriza, en Madrid, dióseles orden de comunicar, aquél directamente con el rey Jacobo, éste con el embajador británico Cornwallis, que todavía, si los asuntos religiosos se arreglasen, quedaba al rey de España otra princesa, aunque muy niña, con quien Inglaterra emparentara. Era ésta la infanta D.<sup>a</sup> María, nacida en 1606. Contaba cinco años cuando el príncipe heredero frisaba en los diez y ocho «y podía ya engendrar». Jacobo opuso esta seria dificultad (2), y continuó en Francia sus gestiones en pro de madama Cristina, cuando en París se concertaba el matrimonio de esta princesa con la Casa de Saboya. Hallóse el rey de Inglaterra solo con las pretensiones del conde palatino, de quien ya lady Isabel se había enamorado, y aunque con alguna oposición en la reina y en la corte, y sólo con satisfacción del partido revolucionario, se dispuso la celebración de aquellas bodas.

Era el conde Federico V hijo del jefe de la Liga protestante contra los católicos. La consideración de su origen y los

(1) EL CONDE DE GONDOMAR: *Despacho á Felipe III*. Nov. 16 de 1619. (*Arch. de Simancas*.—Estado.—Est. 2.590.)

(2) WINWOOD: *Memoires of State in the reigns of Queen Elisabeth and King James I*.

humos de su nuevo enlace aumentaron su soberbia, lo que dió motivo á disensiones en Londres entre él y el embajador español, que ya lo era el famoso D. Diego Sarmiento de Acuña, después conde de Gondomar. Por todas las condiciones de su posición, educación y carácter, era éste el verdadero diplomático, de antiguo aconsejado para aquel puesto por el condestable de Castilla en la cuenta que desde Bruselas dió á Felipe III de su embajada extraordinaria en 1604. Desde su más floreciente edad, Sarmiento de Acuña se había dedicado al servicio del rey. Después de hallarse fuerte en letras y aliccionado en armas y artes caballerescas, en 1583 tomó á su cargo la frontera de Portugal en las comarcas del obispado de Tuy, riberas del Miño. Al año siguiente defendió aquel punto del corsario inglés Francis Drake. A los veintiséis años era corregidor de Toro. Con el mismo cargo político, Felipe III le trajo á su corte en Valladolid, y cuando este monarca pensó girar una expedición regia á Andalucía, le nombró asistente y capitán general de este reino, de cuyo destino no tomó posesión para ir de embajador á Inglaterra. El 19 de Julio de 1613 se embarcó en Bayona de Galicia con tres navíos de España, y como la ruptura de los matrimonios había causado un descontento general en Inglaterra y cierta animosidad contra nosotros, al llegar á Portsmouth, como el gobernador le exigiera saludase á la plaza amainando el estandarte español, no desembarcó sin despachar correo acelerado á Londres, y cuando vino orden real por mano de sir Walter Schutz, mediante la cual se le dieron las satisfacciones pedidas, hechos los honores de su rango con salvas de artillería, pisó entonces tierra, y fué muy festejado, así del gobernador del castillo y vicealmirante de la mar, como del maire de la ciudad. Muy mermada halló en Londres la autoridad de España, y el pueblo tan inclinado á la guerra (1), que D. Alonso de Velasco,

---

(1) MR. SAMUEL RAWSON GARDINER: *Prince Charles and Spanish marriage*, cap. I.

que desde su partida había sustituido á Flores Dávila, y el embajador de Flandes, que salió con el anterior á recibirle, le dijeron que «no duraría seis meses sin que se declarase la guerra entre Inglaterra y España». A los pocos días no sólo Gondomar había presentado sus credenciales, sino comido con el rey Jacobo, «que le recibió con mucho agrado» (1).

Penetrado de su posición, conoció que su primer deber era imponerse, y para ello no desperdició ocasión oportuna, provocando cuestiones de escasa trascendencia en asuntos de pura etiqueta. De aquí acaeció su discusión con el conde palatino. Antes de visitarle, al llegar á la corte del rey Jacobo, cuidó el embajador español de prevenirse lo que correspondía respecto de las cortesías. El palatino resolvió llamarle de vos, y que Gondomar le tratase de alteza, «y, por ser esto tan fuera de propósito», le visitó sin darse por entendido, y hablándole en francés y en tercera persona, «sin llamarle nada». El embajador de Francia le dió el tratamiento que él quería, y, argüido Gondomar de su proceder, contestó: «*El embajador de Francia no me hace á mí consecuencias para nada, ni yo me meto en aprobar ni condenar sus acciones: sólo procuro acertar las mías*». Con esto no visitó más al palatino, y, cuando fué invitado por el rey Jacobo, excusóse, por enfermo, de asistir á las ceremonias oficiales del matrimonio, verificado en el palacio de Whitehall. Acto continuo, promovió con el embajador francés la cuestión de la precedencia en los actos oficiales, con motivo de la llegada del rey de Dinamarca á Londres, y después que salió victorioso de su empeño reclamó contra la presencia de los embajadores de Holanda adonde el de España pudiera asistir, por no estar aquel país reconocido.

Desde los tiempos de Fernando V, la política diplomática de España estaba conceptuada por toda Europa de poco sincera, mañosa y sutil; pero no gozaban de la misma fama nues-

(1) SARMIENTO DE ACUÑA: *Carta al secretario Juan de Ciriza*: 5 de Septiembre de 1613.—(Simancas.)

tros diplomáticos. Francia, á fuerza de oro, diligencia y perfidia, había logrado sorprender casi siempre nuestros secretos y entorpecer, como es consiguiente, los proyectos políticos españoles. Pero Gondomar se propuso que los 80.000 ducados que repartían sus embajadores en la corte de Inglaterra para espiar los pasos de España fueran instrumento estéril de sus argucias. La vigilancia y el recato de Gondomar fueron invencibles. En cambio, él logró en breve tener en la mano los secretos de los demás Gabinetes. Todos los grandes señores católicos de Inglaterra buscaron su amistad, y él la aceptó bajo el amparo de mistress Drummond, la amiga y confidente de la reina Ana de Dinamarca. Sus grandes maneras, su bizarro porte, su reposada finura, su esmerada atención, sus epigramas, su abundante y atractiva locuacidad, sus elegantes galanterías con las damas, los convirtió en otros tantos instrumentos de su influjo. No era posible tratarle sin brindarle afable familiaridad. El rey le reclamaba á su trato íntimo. Hablábanse entonces en latín, y salpicaba sus conversaciones de agudas vivezas. Con las damas gozaba Gondomar tal crédito de galán, aunque no mozo, que cuando hacía visitas públicas salían á las ventanas á verle pasar y saludarle. Todo Londres, en sus diferentes clases sociales, se había convertido en su confidente oficioso, excepción hecha del partido popular puritano, que le odiaba por extranjero, por español y por católico. Él con unos se mostraba espléndido, con otros abierto, y esto era en él una nueva forma de su exquisito disimulo. Con tales dotes, pronto se posesionó del ánimo del rey Jacobo; se hizo capaz de su posición verdadera; destruyó las maquinaciones de los enemigos de España, y, si en Madrid hubiera habido al lado de Felipe III un ministro que correspondiera á la habilidad de aquel embajador, otros habrían sido en aquel siglo y los siguientes los destinos de nuestra patria. La clave de la política europea se hallaba entonces, sin saberlo Jacobo I, en la capital de su Reino. Allí se la disputaban Francia y España. Ésta tuvo un Gran Capitán para aquella empresa diplomá-

tica, como dos siglos antes le tuvo para las militares de Italia; pero el antiguo Gonzalo de Córdoba descansaba en la política y el corazón de un gran rey, Fernando V de Aragón, y Gondomar no tenía detrás de sí en España sino al inexperto duque de Lerma y al pusilánime Felipe III.

Dos meses después de su salida de España, Gondomar, en una misma fecha (5 de Septiembre de 1613), escribía al rey dándole cuenta del estado de Inglaterra; al valido duque de Lerma relatándole su viaje, y al secretario Juan de Ciriza sobre intimidades de amistad. Desde el primer momento fué de parecer que convenía dar oídos á las pretensiones del rey Jacobo sobre el casamiento de la infanta D.<sup>a</sup> María con el serenísimo Príncipe de Gales. Catorce años tenía éste, ocho la hija de Felipe III, y harto tiempo quedaba por delante para buscar el equitativo acomodo de los tratos. Propicia disposición halló la indicación del embajador en el ánimo del rey; aunque cediendo al ciego error de aquel tiempo, después de las consideraciones políticas de un orden superior que le planteó tan avisado ministro, siempre se fijó más en la terca manía de ser en Inglaterra el restaurador de la religión que el centinela vigilante de los intereses políticos de la nación que gobernaba. Así, pues, aunque admitió á nuevas pláticas sobre este negocio al embajador británico sir John Digby, que luego fué conde de Bristol, y aunque á las cartas y demandas que éste trajo del rey de Inglaterra puso Felipe buena cara, con todo, para acallar escrúpulos de su conciencia mandó al secretario Ciriza escribiera á nuestro embajador en Roma, conde de Castro, con el objeto de recabar el parecer de Su Santidad.

Debía el conde de Castro exponer á Paulo V los sumarios antecedentes de la cuestión, al mismo tiempo que las intenciones del monarca inglés, las cuales determinadamente eran que la infanta y su familia tuviesen en Londres capilla y culto católico, y para los católicos ingleses un tácito pacto de libertad de conciencia, que era lo que por entonces pedían los fieles de aquel reino y lo que á su juicio bastaba para acabar en él con

la herejía. La resolución del rey de aceptar en principio lo que el rey Jacobo y su embajador en Londres le proponían, se encerraba en estas frases del mencionado escrito: «Por mi parte—decía Felipe III á Castro y al Papa,—yo estoy dispuesto á hacer todo lo posible por el bien y aumento de nuestra santa fe».

Dos conferencias celebró en Roma el conde de Castro con Su Santidad. En la primera comenzó éste por manifestar la repugnancia que le causaba tratar este negocio. Reservó por entonces su parecer; pero ofreció el secreto, y pedía á Dios inspiración para el mejor consejo. Hubo quien pensó que la deidad en quien Paulo V había de aconsejarse no estaba en el cielo, sino en París. De todas maneras, y aunque dilató algo la contestación, conminado por las instancias del embajador español, que á su vez lo era por las de la corte de Madrid, el Papa no disimuló que aquel matrimonio ofrecía para la cristiandad muy graves inconvenientes. Eran éstos el escándalo que se daría y el peligro en que se pondría la fe casando una infanta tan católica con un hereje. En este terreno puramente moral el daño caería en los hijos que hubiera de aquel enlace, los cuales serían herejes como su padre. Siempre mirando por el bien de la cristiandad, y con absoluto olvido del de España, Paulo V objetó también que aquel matrimonio no podía menos de «abrir la puerta al comercio y á las comunicaciones entre los dos pueblos, cosa muy perjudicial á la fuerza de la religión, cuya unidad sólo permanecía viva en España». Aunque estaba aquí el secreto verdadero de la ruda oposición que se hizo á los proyectos de matrimonio entre Inglaterra y España, el Papa, con sutil política italiana, todavía tuvo un argumento con que impresionar celosamente el corazón del rey como padre. Recordó que en Inglaterra se conservaban en vigor las leyes del divorcio, mediante las cuales aquellos reyes podían disolver los vínculos conyugales en no teniendo hijos. En cuanto á la libertad de conciencia, tácitamente convenida con el inglés, el Papa la estimó de escaso interés.

Comunicó todo esto á España Castro. Los ladinos algo se dieron á discurrir sobre la influencia que en estos dictámenes hubiera podido ejercer la enemiga política de Francia, de quien Paulo V era muy adicto; y en las plazas de la murmuración no se disimuló que era inútil la reserva de Gondomar en Londres si Felipe III mandaba poner en Roma los secretos á merced de los que nos odiaban. Alguien creyó que más acertado hubiera sido, caso de hacer consultas, oír las opiniones nacionales; y Felipe III, que si quería acceder á la de los enlaces no quería cargar su conciencia timorata con la responsabilidad ante Dios, también se agarró á este asidero, convocando una Junta de teólogos que presidiera el arzobispo de Toledo, y promoviendo otra consulta de igual género al Consejo de Estado.

La primera de estas Juntas se reunió el 21 de Septiembre de 1614. El Consejo de Estado emitió dos dictámenes consecutivos, uno el 12 de Agosto y otro el 10 de Septiembre. A qué estado de enervación había llegado el fiero carácter español con la ausencia de la libertad política y el peso del poder absoluto del rey y del Papa, fácilmente puede adivinarse por el abatimiento de espíritu y la falta de valor que transfieren estas consultas. Cuando sobre las diferencias entre España y Paulo IV se dirigió Felipe II á otros teólogos españoles, á aquellos que habían sido la maravilla del Concilio de Trento, todavía existían en España corazones valerosos, alto espíritu de justicia, noble independencia patria, con que sin temor alguno se emitieron las opiniones más libres, consideradas todavía hoy como ejemplos de patriótica energía. Todo aquello parecía acabado. Sin embargo, justo es confesar que los teólogos, en su mayor parte frailes de las diversas órdenes monásticas, mostraron también esta vez alardes de independencia, que en vano se hubieran podido encontrar en las opiniones vagas y ambiguas de los cortesanos y leguleyos de los Consejos. Los frailes y los teólogos ni bajo el punto de la religión siquiera creyeron que aquel matrimonio comprometería la fe en España; antes



por el contrario, los Padres de la Compañía de Jesús fueron de dictamen que con una princesa católica española en el trono de Inglaterra, y con lícita libertad de conciencia, el catolicismo en aquellos reinos insulares tenía cuanto había que apetecer. Los que no se mostraron tan resueltos fueron los políticos y los estadistas, que trataron de obtemperar con todas las opiniones sin decidirse por ninguna. Un solo punto práctico tocaron en sus dictámenes: el del temor de que, desairada segunda vez Inglaterra, se uniera en amistad común con Francia para dañar nuestro poder, y ésta fué la única consideración bajo la que se estimó el asunto digno de ser meditado (1).

Mientras que con estas y otras lentitudes se procedía en Madrid, y en Roma se acumulaban obstáculos sobre obstáculos, Francia y los protestantes tramaron dos intrigas políticas, procurando de que influyesen de la manera más desastrosa sobre el asunto. Los estudios que M. Samuel Rawson Gardiner ha dedicado á la empresa aventurera del famoso navegante sir Walter Raleigh (2), reflejan el rayo más luminoso sobre el verdadero motivo de las aventuras temerarias que llevaron al suplicio á este marino audaz, abriendo un profundo abismo de odios seculares contra la nación que pidió el duro escarmiento de que aquél fué objeto.

Para el conde de Gondomar, á cuya vigilante solicitud nada pasaba desapercibido en su elevada misión en Londres, no fué desconocido desde el primer momento el complot que se tramaba. De todo dió noticia al rey Jacobo, y éste dispuso lo que creyó conveniente para evitar cualquier agravio que pudiera causar el divorcio contra España. Hartas pruebas tenía recibidas Gondomar de las condescendencias del rey para con él. Era notorio que á su intercesión muchos procesados católicos, que tenían la vida al filo del verdugo, debieron el ser

(1) *Consultas del Consejo de Estado sobre los matrimonios con Inglaterra.*—(Simancas, Est. 2.830.)

(2) *Prince Charles and Spanish marriage*, tom. j, págs. 37 á 150.

E. M.—Abril 1906.

indultados. De un solo golpe consiguió se perdonara á sesenta sacerdotes que pasaron á refugiarse en Francia. La artillería que el corsario francés Drake tomó en Cádiz y otros navegantes sacaron de nuestras naves de las Indias y de la isla española de Santo Domingo, y cuyo valor ascendía á más de 200.000 ducados, fué devuelta por orden del rey al embajador, quien dispuso embarcarla para Flandes. Sin estas mercedes, otras grandes muestras de su liberalidad recibió Sarmiento de Acuña, que patentizaban, así su celo en servicio de su rey y de la religión, como la consideración y amor que le profesaba el monarca británico. No menos quiso éste revelar su aprecio en el asunto de Raleigh, sobre el cual se acordó que «antes de la partida diese fianzas de que no pondría pie en tierra que estuviese por V. M., ni haría á vasallos de V. M. el menor daño del mundo», según Gondomar escribió (1), y confirmó al mismo tiempo en Venecia el embajador Lionello en despacho al dux, que decía:—*«Che era firmemente dal Rè che il Ralé (Raleigh) andasse il suo viaggio, nel quale se avesse contravenutto alle sue instruttioni che li sono date, aveva la testa con che pagharebbe la disubbidienza.»*

No sé hallaba todavía muy distante de las aguas británicas Sir Walter Raleigh, cuando ya eran notorios en todo Londres, no sólo los pensamientos hostiles que contra las colonias españolas llevaba, sino los motivos de la impunidad con que se jactaba de poder salir en sus empresas. El complot de aquella expedición marítima, que tenía por objeto inferir á España tal agravio que hiciera inevitable el rompimiento, se había urdido en París. Aquel duque de Montmorency, que con el de Guisa dirigió las fiestas reales cuando el enlace de la infanta Doña Ana de Austria con Luis XIII, fué quien llevó el hilo de la conspiración por medio del embajador de Francia en Londres y del secretario de Estado del Gobierno británico, Sir Ralph Winwood. A esto último debió Raleigh la libertad que consi-

(1) SIMANCAS.—Estado.—2.514, 2.550 y otros.

guió, hallándose preso por la muerte dada al conde de Essex, y las promesas de seguridad sobre el pirático proyecto que llevaba de aprovechar «*ogni occasione di attaccare le flotte o li Stati del re catholico, da che ne nascesse non solo la diffidenza tra questa dite corone, ma anco causa di rottura*» (1). El mismo reo, en medio del proceso de que fué objeto, se presentó al rey Jacobo, confesándole la verdad de lo ocurrido, y le decía: «Yo tuve una comisión del duque de Montmorency, almirante de Francia, para ir á la mar, la cual me dió un francés llamado Faggio, que me dijo que el embajador de Francia, Mr. de Maretz, me favorecería con sus cartas para el duque de Montmorency para el dicho efecto» (2). El suplicio de aquel desgraciado, ciego instrumento de la perfidia francesa, causó, en efecto, una gran excitación popular en Londres, que fué explotada por los enemigos de España y del partido de la corte.

A otro hecho de más lamentables consecuencias y de solución más embarazosa dieron también lugar las dilaciones de España, adrede explotadas en Roma y, sobre todo, por Francia. Este país, llamado á promover á España, como representante de la casa de Austria, cuantos obstáculos fueran imaginables para avasallar su poder, hacía años venía fijando su mirada en la sucesión del Imperio, por carecer de descendencia el emperador Matías. No fué Francia pretendiente directa, como en los tiempos de Francisco I, á la corona imperial. Su intento no pasó del afán de la destrucción de aquel cetro. Para esto debía favorecer, por todos los medios, las pretensiones de un príncipe protestante, y procurar ó que la nueva investidura recayese en un hereje ó en un príncipe católico de otra casa que la de Styria. La política dinástica, imperial y católica de España acarreaba á Felipe III los cuidados que celoso puso en la elección del rey de romanos, y luego en la sucesión de las coronas de Hungría y Bohemia. Cayeron estas dignidades,

(1) Il CONTARINI.—*Relazzioni*. (Venecia; Mss. de Estado.)

(2) *Copia de la carta de Raleigh al rey Jacobo*: 25 de Septiembre de 1618.—(SIMANCAS.—Mss.—Est. 2.597.)

por designación del emperador Matías, en su primo Fernando, hijo de Carlos de Austria, duque de Styria, y de Ana María de Baviera. Mas aunque jurado oficialmente en 7 de Julio de 1617 rey de Bohemia, y un año después de Hungría, los protestantes bohemios, protegidos por el conde de la Thurn, al salir de Praga Fernando para dirigirse á Presburgo, celebraron juntas en protesta contra el quebrantamiento de sus privilegios y por hollarse las leyes de su Constitución. A la insurrección de Praga sucedió la de todo el reino. Los príncipes y ciudades protestantes congregaron nueva dieta en Retenburg, donde ofrecieron la corona de Bohemia al conde palatino del Rhin, que no titubeó en aceptarla, persuadido de que le ayudarían en su empresa la Alemania luterana, la casa de Sajonia-Weimar, Mauricio de la Hesse, Juan Federico, duque de Wurtemberg, Cristierno de Anhalt, los marqueses de Auspach y de Durlac, las ciudades anseáticas, el príncipe de Transilvania, Holanda é Inglaterra, ésta como cuna de su esposa lady Isabel, la hija del rey Jacobo.

Mal podían imaginar los que inflamaron este volcán el número de desdichas que seguirían á un hecho al parecer de escasa importancia; pues aunque desde el principio los mismos coligados dudaron del éxito, ninguno contó con las venganzas imperiales y sus consecuencias. Entretanto Francia, que con su política había contribuído muy eficazmente á aquel suceso, espantada de su propia obra y adivinando sus alcances, al ver encendida la mitad de Alemania en lucha contra la otra mitad, excusó el embarazo de sus cuestiones domésticas para declararse neutral.

No es de este lugar hacer la historia de la desoladora guerra de los treinta años. Basta recordar aquí las complicaciones que sobre los asuntos pendientes en Inglaterra produjeron aquellos sucesos. No aprobó el rey Jacobo las temeridades de su yerno, y sólo ofreció mantenerle en la integridad de sus dominios, para lo cual envió al Palatinado cuatro mil soldados ingleses. Y, ciertamente, había en él más prudencia que en el

conde Federico, en quien tan súbito fué el encumbramiento como rápida la caída. Roto y maltrecho en la batalla de Praga, que libró contra los imperiales, fué despojado de sus Estados, y pronto se vió fugitivo de su patria y proscrito en Holanda. Baviera ocupó el alto Palatinado; España, el bajo; el Emperador y el Papa le degradaron de la dignidad electoral que fué transmitida al bávaro, y por último, hasta la opulenta biblioteca de Heidelberg, tesoro del saber de todas las edades clásicas del estudio, fué saqueada y transportada, parte á enriquecer las de Roma, y parte á que la devorasen las llamas. Entonces yerno é hija volvieron los ojos al rey Jacobo, y éste al rey de España. Hallábase, á la sazón, Gondomar ausente de Inglaterra, agravado de una enfermedad adquirida en los húmedos climas del Norte. Reclamólo de nuevo el rey Jacobo, el cual, por el conde de Bristol, á quien desde el primer momento envió á Viena á negociar con el emperador sobre la sumisión del Palatino, adquirió el convencimiento de que sólo la influencia del rey de España con Austria y con Roma podría sosegar la exaltación de los espíritus. Bristol entonces fué trasladado á Madrid para negociar esta intermediación y para conseguir más resueltamente las diligencias sobre los matrimonios, y de Madrid, á su vez, salió Gondomar para Londres á fines de Febrero de 1617, con ánimo de prestar propicio oído á la negociación. Desde esta fecha hasta últimos de 1622, en que regresó á España, su actividad diplomática fué prodigiosa.

España ofreció intervenir en la cuestión del Palatinado, y Jacobo, en cambio, llevó la cuestión de los matrimonios al Parlamento. Con todo, España no lograba salir airosa de su pretensión, aunque se llegó á ofrecer al emperador no sólo la sumisión absoluta de Federico, sino que en sus Estados en lo sucesivo no se permitiría más culto que el católico. Contra los intereses del Palatino había creado el duque de Baviera los del nuevo electorado que se le otorgó. Este, para sujetar al emperador si flaquease, recordó préstamos hechos al Imperio con hipoteca sobre el ducado de Austria, por valor de doce

millones de florines. Así, pues, nada bastó para que se devolviesen sus Estados y sus derechos al conde destituido: ni la oferta de entregar sus dos hijos en rehenes al emperador hasta que cumplieran veinte años, con obligación de proveerlos al padre de todo lo necesario. La ambición era más grande que la piedad, como se observa generalmente en las acciones humanas.

En Londres, donde cada día llegaban nuevas instancias de lady Isabel y su esposo, á indolencias de España se atribuían las largas dilaciones del remedio. En efecto: sin resolverse nada, llegó el año 1621, en el cual dos sucesos importantes vinieron á cambiar el lento curso de las cosas. Fué el primero la muerte de Felipe III, ocurrida en 28 de Enero; y el segundo la del papa Paulo V, en 31 de Marzo. Con nuevo rey, Felipe IV; nuevo papa, Gregorio XV, y nuevo emperador, Fernando II, hubo esperanzas de que Madrid, Roma y Viena se mostrasen más benignas y diligentes. Jacobo I ordenó á su agente en Madrid, sir Walter Aston, que tratase del casamiento aparte de la del Palatinado; propuso á Viena treguas de quince meses para los asuntos domésticos de Alemania, y á Roma mismo envió de negociador secreto á George Gage, á fin de recabar del Papa la dispensa que el rey de España le anunciaba había pedido y recomendado á aquella corte. En tan satisfactorio estado creyó Jacobo ver las negociaciones, sobre todo desde que los embajadores Bristol y Aston, en 23 de Noviembre de 1622, le escribieron expresando que en su conciencia muy en breve tendrían que dar una cumplida enhorabuena al príncipe y otra á la condesa palatina, que dando libres vuelos á su imaginación y propagando la exaltación de su pensamiento al Príncipe de Gales y á su gallardo favorito el duque de Buckingham, diéronse á meditar una empresa, digna de la ficción de la novela más que de la severa realidad de la historia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

---

## CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

---

XI

A los pocos días, el 7 de Junio, Cicerón, que había renunciado á ir á Malta, marchaba repentinamente al campo de Pompeyo; uníase sin entusiasmo al ejército del Senado: en lo sucesivo, debía compararse él mismo al personaje de la tragedia de los *Siete Jefes*, el adivino Anfiaras, el cual se dirigía con pleno conocimiento de causa, de propósito deliberado, hacia el precipicio abierto ante él. Como llegaba muy tarde, le acogieron con frialdad. Mientras que César, que había sido proclamado dictador, derrotaba en España á los lugartenientes de Pompeyo é iba á Roma para reunir los comicios y despojarse de la dictadura, después de haberse hecho designar para el consulado de 706-48 con P. Servilio Valia Isáurico, el ejército del Senado permanecía casi inactivo.

En Enero del 48, César se embarcaba en Brindisi con seis legiones, pasaba á Iliria y ponía sitio al campamento fortificado que Pompeyo había establecido bajo los muros de Dirraquio. Balbo Menor estaba en el ejército de César; Veleyo Patérculo cuenta la habilidad que desplegó Balbo para llegar hasta Léntulo, á quien perseguía desde hacía mucho tiempo—como se ha visto por las cartas de Cicerón—para entregarle

los mensajes del procónsul de las Galias. «Entonces fué cuando Cornelio Balbo, con una temeridad que pasa de los límites de toda creencia humana, se introdujo en el campo enemigo para celebrar numerosas conferencias con el cónsul Léntulo, que vacilaba sobre el precio que podía poner á su traición. Tales fueron los comienzos con los que aquel joven, que no había nacido en España de un ciudadano romano, sino que era un verdadero español de nacionalidad, se abrió camino hasta los honores del triunfo y del pontificado, y llegó, de simple ciudadano, á cónsul.»

En una carta á Cicerón, Asinio Polion refiere que cinco años después, en 711-43, Balbo Menor, cuestor en España, hizo representar en Gades una *praetexta* en la que se desarrollaba toda su misión cerca de Léntulo; durante la representación, el cuestor lloraba de emoción ante el recuerdo de sus altos hechos.

César no dice nada de la temeridad de Balbo Menor; pero el *De Bello Civili* refiere que aquel joven fué herido durante una de las conferencias celebradas entre los oficiales de los dos ejércitos. P. Vatinio, *legatus* de César, y el pompeyano T. Labieno discutían las condiciones de una paz posible, cuando su conferencia fué interrumpida por una granizada de flechas lanzadas de todas partes. «Protegido por los escudos de su escolta, Vatinio salió ileso; pero hubo numerosos heridos, entre otros Cornelio Balbo, M. Plocio, L. Ticenturiones y varios soldados.»

La falta de víveres apremiaba más todavía al ejército de César que al de Pompeyo; así fué que, tras un descalabro que los sitiados le causaron en una salida, el procónsul de las Galias levantó el sitio y se retiró á Tesalia. Pompeyo partió en su persecución; enfermo y descorazonado, Cicerón permanecía en Dirraquio; no asistió á la batalla de Farsalia. Pompeyo, vencido, huía á Egipto, en donde había de morir asesinado. Cicerón continuaba en Macedonia. Como era el decano de los consulares, le ofrecieron el mando del ejército y de la flota



pompeyana que se encontraba en el puerto de Dirraquio. Se negó, bajo pretexto de que la guerra estaba terminada; Catón hubo de librarle del furor del joven Pompeyo y de las violencias de los pompeyanos y de embarcarlo para Brindisi, adonde llegó y se detuvo á fines del 706-48.

En Roma, Opio y Balbo se ocupaban activamente de los intereses de César, que les estaban confiados durante la larga ausencia de aquél; Cicerón escribe desde Brindisi á Atico, el 19 y el 27 de Diciembre del 706-48: «Es preciso que Balbo y Opio sostengan mi causa, que no dejen de escribir á César para confirmarle en sus buenas disposiciones para conmigo; emplea toda tu actividad en hacer que obren en este sentido... Es necesario que trabajes cuanto puedas con los que se interesan por mí y tienen influencia con César, sobre todo Balbo y Opio; que escriban en mi favor de la manera más apremiante... Decide á Balbo á que envíe á César algún correo.»

César ratificaba todo lo que Balbo y Opio decidían en su ausencia. Pero Antonio, elegido como *magister equitum* por César, al que de nuevo le habían investido con la dictadura para el año 707-47, debía hacer que se observasen las severas órdenes dadas por el dictador; estaba prohibida la entrada en Italia á todo el que hubiese formado parte del ejército pompeyano; todo lo que Antonio consentía en permitir á Cicerón era que permaneciese en Brindisi, pero le prohibía que fuese á Roma.

Así, pues, Cicerón se ve obligado á permanecer en Brindisi; César, bloqueado en Alejandría, no puede recibir las numerosas cartas que le envía Balbo hablándole de Cicerón ni darles una respuesta favorable. El consular ve prolongarse su destierro, en el que le consumen el tedio y las angustias de todo género, le apremian graves dificultades pecuniarias; su yerno Dolabella se entrega á excesos escandalosos; su hija Tullia está enferma de tristeza; su hermano Quinto se ha convertido en uno de los más ardientes partidarios de César. Cicerón se agría; se lamenta de la conducta de Atico, de Opio y de

Balbo; duda de la abnegación de éstos. En Enero del 707, se queja de que las cartas de Balbo son cada vez más frías. En Abril, se queja de que Balbo y Opio no le dan cuenta de las cartas que han debido de recibir de César referentes al asunto; ruega á Atico que vaya á verlos y que le comunique lo que le digan. En Junio y en Julio, no concede ya confianza alguna á las noticias que le envían Opio y Balbo. No cesa de dirigirse á Antonio, á Opio, á Balbo, para obtener el permiso de salir de Brindisi; pero no ve en ellos sino falsos amigos cuyos manejos teme. A fines de Agosto escribe á Atico diciéndole que el mensajero de Balbo le ha entregado fielmente un paquete de cartas, pero que hubiera preferido no haber recibido nunca semejantes cartas. Todas estas recriminaciones prueban, sin embargo, que el confidente de César no cesaba en sus gestiones, más ó menos útiles, en favor de su antiguo abogado; parece que en medio de sus numerosas ocupaciones Balbo da pruebas de una abnegación meritoria hacia su amigo, exigente é ingrato, que no hace más que quejarse de su celo y poner en duda su afección.

Llegó la carta de César. Cicerón, que había escrito el 11 de Agosto á su mujer Terencia para quejarse una vez más de no haber recibido ningún mensaje del dictador, podía, al día siguiente, anunciarle esta nueva tan impacientemente esperada: «Por fin me han entregado una carta de parte de César; sus términos son bastante generosos (*sortis liberales*). Parece que llegará más pronto de lo que se esperaba; ¿iré á su encuentro ó lo esperaré en Brindisi? Cuando lo haya resuelto te informaré.»

A los pocos días, desembarcaba César en Tarento, cargado con los despojos de los pueblos de Oriente; en todas partes se había apoderado de los tesoros reunidos en beneficio de Pompeyo; en todas partes realizó venganzas implacables sobre las ciudades sospechosas de simpatizar con el partido de su rival. Un ejemplo prueba hasta qué punto, en estas mismas venganzas, era poderosa la influencia de Balbo; de las dos ciudades

fenicias, célebres por sus santuarios de Melkarth, la una, Tiro, vió saqueado su templo; la otra, Gades, lejos de sufrir la misma profanación, fué tratada honrosamente. Los conciudadanos de Balbo, fieles como éste á la causa de César, recibieron el derecho de ciudadanía *optimo jure*; de *peregrini* pasaban á *municipes*.

El dictador volvía á Italia animado de las mejores disposiciones hacia los amigos de Balbo; quiso evitar á Cicerón la humillación de verse confundido con la multitud que se agolpaba á su paso para felicitarle. Cuando vió al consular, se apeó del caballo, corrió á abrazarle y marchó un gran rato á su lado, prodigándole testimonios de estimación y de amistad.

Gracias á Balbo, que le ayudó durante el penoso período de la guerra civil, como en otro tiempo durante las amarguras de su destierro, Cicerón podía volver honrosamente á Roma á fines del año 707-47. Esta vez prometía mantenerse alejado de los partidos políticos; al año siguiente (46), podía escribir á Varrón, el antiguo *legatus* de Pompeyo, vuelto á la gracia del vencedor de Farsalia. «...Desde que he vuelto á Roma, has de saber que me he reconciliado con mis antiguos amigos, es decir, con mis libros. Nuestro trato había cesado, no porque tuviera queja de ello, sino porque me avergonzaba en su presencia. Parecíame, desde que me mezclé en asuntos llenos de enredos en compañía de aliados sin fe, que había desconocido demasiado los preceptos de dichos amigos. Me perdonan y se dignan volver á admitirme en su amistad.»

César se hacía nombrar cónsul para el año 708-46 con M. Emilio Lépido; conservaba la dictadura y mantenía á Lépido en su cargo de *magister equitum*. Embarcábase en seguida en Lilibea para África, adonde iba á combatir á los últimos jefes del partido de Pompeyo, Escipión y Catón, y á su aliado Juba, rey de Mauritania.

Dejaba en Roma, para defender sus intereses, á sus agentes de siempre, Opio y Balbo; y con ellos, á Hircio, que fué uno de sus mejores *legati* durante las guerras de las Galias; á

C. Marín Calverra, uno de los hombres más distinguidos y más dignos del orden ecuestre; á C. Vibio Pausa, cuestor en las Galias en 695-59, tribuno de la plebe en 703-51, epicúreo amable y benévolo, que intervino varias veces con buen éxito en favor de los partidarios de Pompeyo, amenazados de algún peligro; á Postuenio, que desde su juventud fué un hombre grave y serio, tan cuerdo como un viejo. Cicerón estaba en los mejores términos con todos los amigos del dictador. A fines del 707-47, escribe al antiguo tribuno T. Ampio Balbo, pompeyano fiel, indultado por César: «Después de él, á mí es á quien más quieren. Tales son los sentimientos de Pausa, de Hircio, de Balbo, de Opio, de Mancio, de Postuenio. Me quieren todos particularmente; ninguno lo oculta». Pero entre todos estos hombres, Opio y, sobre todo, Balbo son los preferidos... Escribiré á Atico en Marzo del 709-45: «Veo que le das cuenta de todo el afecto que Opio y Balbo me profesan». Todos, por lo demás, se apresuran á hacerle favores. «¿Puede decirse que estoy dominado?—escribía en 709.—¿En dónde está ese dominio? Nadie, en los tiempos en que me acusaban de ser un rey, me respetó nunca como lo hacen hoy los familiares de César.»

## X

César combate en África hasta fines de Julio del 708-46. Los agentes del dictador, que han quedado en Italia, no se preocupan gran cosa, al parecer, por las noticias que llegan del teatro de la guerra. En Abril, Cicerón comunica á Atico que Hircio pasa el tiempo en los juegos de Provesta, en festines y en diversiones de todo género, y que Balbo se ocupa en edificaciones. En Junio, escribe á Varrón que Balbo le es tan afecto como Opio á Hircio; el mismo Cicerón es íntimo de esos tres amigos de César: es el confidente de todos sus proyectos. En Julio, confía á Atico que, en el caso en que Balbo necesitara dinero, César se apresuraría á ayudar á su querido *tartamudo*.

A fines de Julio, después de haber terminado la guerra de Africa, César vuelve á Roma, en donde permanece hasta Septiembre; se hace nombrar dictador por cuarta vez; en Agosto, celebra cuatro triunfos sucesivos para consagrar sus victorias sobre Galia, Egipto, Ponto y África, y poco después se pone en camino para España, adonde va á tomar la dirección de la guerra contra los hijos de Pompeyo.

Cicerón continúa manteniendo con Balbo las relaciones de una afectuosa amistad. En Agosto del 708-46, escribe á L. Papirio Peto, epicúreo amigo de la broma: «Eres muy divertido; tú, que acabas de recibir á la mesa á nuestro amigo Balbo, me preguntas lo que pienso de lo que decidirá César sobre los municipios, sobre los territorios que se han de atribuir á sus soldados... ¡Como si yo supiera algo que Balbo no supiese! ¡Como si lo poco que sé por casualidad no fuera merced á Balbo! Por el contrario, si me aprecias, tú eres el que puede decirme lo que se ha decidido conmigo, porque has tenido á Balbo en tu poder; en ayunas ó, por lo menos, en el período de embriaguez que sigue á la comida, ha podido informarte... Y qué, ¿no das tregua á tus malicias? Me das á entender que Balbo se ha contentado con una comida modesta. Y parece que dices que cuando los reyes dan pruebas de tal sobriedad, los consulares deberían ser mucho más sobrios todavía. Pero no sabes que le he echado el anzuelo y que le he sacado todos sus secretos. Balbo ha venido directamente desde la puerta de Roma á mi casa; que no haya estado primeramente en la tuya, no me choca; pero me asombra que no haya empezado por ir á casa de su amigo César. Mis cuatro primeras palabras fueron: «¿Y nuestro amigo Peto?» Me juró que en parte alguna se había encontrado mejor que en casa de Peto. Si tu bello lenguaje es el que ha producido ese resultado, te prestaré dos oídos tan amantes del lenguaje bello como los de Balbo; si es la excelencia de tu festín, te ruego que creas que los oradores son tan capaces de apreciarle como los tartamudos (*ne pluris eise balbos quam disertos putes*).

Durante la estancia de César en Roma, Cicerón obtuvo un triunfo oratorio. El dictador presidía el Senado; C. Claudio Marcelo le suplicó—y todos los senadores unieron sus ruegos á los de él—que levantase el destierro que se había impuesto en Mitilene, desde la batalla de Farsalia, á su hermano M. Claudio Marcelo, uno de los jefes más influyentes del partido aristocrático, uno de los hombres que con mayor ardimiento y más eficacia hicieron la oposición á la política cesariana. Marcelo ya no era de temer; César podía ser clemente; no deseaba otra cosa que serlo. Rogó á todos los senadores que expresaran individualmente su opinión sobre el indulto de Marcelo; después de los unánimes ruegos que se acababan de dirigir al dictador, aquello no era más que una fórmula. Cuando le llegó el turno para hablar, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de romper el silencio en que se mantenía encerrado desde hacía tiempo, Cicerón pronunció un discurso en el que manifestó que estaba en el deber de dar las gracias á César, alabó por encima de las virtudes guerreras del dictador su clemencia, y aseguró que Marcelo era digno de tal clemencia y que todos los buenos ciudadanos se agruparían en torno de aquel de quien esperaban el fin de los males de la República.

Alentado por el buen éxito de su *intercessio* en favor de Marcelo, Cicerón solicitó y obtuvo del dictador el indulto de otro pompeyano, el senador Q. Ligario, el cual, legado del procónsul C. Considio Longo en África, combatió contra Curión y contra el mismo César (49-46).

Vuelto á marchar para sus lejanas expediciones, el dictador quiso leer la redacción del discurso *pro Ligario* que, pronunciado ante él en el Foro, le arrancó el perdón del pompeyano acusado de traición. Balbo le envió un texto probablemente retocado, según costumbre del orador; y Cicerón se apresuró á escribir á Atico, en Julio del 709-45: «Veo que la autoridad de tu aprobación ha hecho maravillas en lo referente á recomendar mi discurso en favor de Ligario. Balbo y

Opio me han escrito diciendo que les ha asombrado; así es que han enviado ese insignificante informe á César».

Puede suponerse que el envío se hizo á petición del mismo Cicerón; desea que César esté al corriente de todas sus producciones, aun de las más fútiles; de sus epigramas, de sus frases de ingenio, que habían de coleccionarse en un *Liber jocularis* mencionado por Quintiliano.

Escribía á Peto, en Julio del 708: «No me privo del epigrama y de la frase aguda: esto sería abdicar de mi reputación de hombre de ingenio... César, que á su vez escribe volúmenes de frases humorísticas, conoce tan perfectamente, á lo que me aseguran, mi clase de ingenio, que tiene la costumbre de rechazar como no mías las agudezas que no me pertenecen. Puede, por lo demás, hacerlo con tanta mayor seguridad, cuanto que sus familiares viven conmigo en una intimidad casi diaria. En el curso de nuestras conversaciones se me escapan frases que no les parecen á mis oyentes las de un tonto ó de un iletrado; todo esto se lo comunican al mismo tiempo que los informes serios. Tal es la orden que ha dado».

Mientras que el orador de las *Catilinarias* prodigaba su ingenio en aguzar epigramas, se abstenía de toda oposición política; César no podía por menos de animarle por mediación de Opio y Balbo á que perseverase en aquel género de distracciones tan pueriles como inofensivas. El dictador consentía hasta en entablar con Cicerón una polémica inesperada que apasionaba á los espíritus en Roma y les desviaba la atención de la guerra de España. A petición de Bruto, sobrino de Catón, el consular se ocupó en componer el elogio del héroe estoico que se suicidó en Utica para no sobrevivir á la ruina de la libertad. Bruto estimó que el panegírico de Catón era demasiado mediocre, y escribió él mismo un *Cato* que tributaba un brillante homenaje á las virtudes de su tío. Pero César juzgó que Cicerón se extralimitaba; componer un elogio de Catón era, como Cicerón se lo decía á Atico en Julio del 702, «era resolver un problema de Arquímedes. No llegaré

nunca á escribir un libro que tus compañeros de mesa puedan leer, no digo con gusto, sino con paciencia». Sin embargo, el autor está entusiasmado con su *Catón*. César se halla lejos de entusiasmarse, y Cicerón escribe á Atico en Mayo del 709-45: «Tengo un anticipo de la réplica de César á mi elogio de *Catón* por el libro que me envía Hircio, en el que recoge todo lo malo que se puede decir de *Catón*, pero hablando muy bien de mí».

César encargó á Hircio que redactara una respuesta al tratado de Cicerón; se reservaba escribir él mismo dos *Anti-Catones*, que publicó, dice Suetonio, en tiempos de la batalla de Munda, es decir, en Marzo del 709. Encontraba el medio de alabar hábilmente á Cicerón con detrimento de *Catón*; además hizo saber á Cicerón lo que alababa su libro: «Me he encontrado con Balbo... Sus primeras palabras han sido: Tengo una carta de César... He leído la carta; habla mucho en ella de mi *Catón*; dice que cuanto más se le estudia tanto más gana». Cicerón, por su parte, escribe á César «de igual á igual», manifestándole que tiene en la mayor estima su *Anti-Catón*. Opio y Balbo comunican también á César que Cicerón ha leído el *Anti-Catón*, y que le ha complacido en extremo. El autor del *Catón* escribe una larga carta de felicitación dirigida al dictador; pero antes de enviarla la somete á la censura de Opio y Balbo, que la dan curso después de declarar que nunca leyeron nada mejor.

Es un perpetuo y notable cambio de atenciones: César no se cansa de admirar el *Catón*, y Cicerón colma de alabanzas al *Anti-Catón*. Balbo es el intermediario de toda la correspondencia literaria de César y Cicerón; también él se interesa por las letras y la filosofía. La composición y la publicación del *De Finibus bonorum et malorum* le apasiona; quisiera ser el primero en poseer lo que se llamaría hoy «las primicias».

En Julio del 709, Cicerón escribe á su amigo Atico, que se encargaba de procurar las ediciones de las obras de aquél: «¿Te parece oportuno que posea alguien el *De Finibus* antes



que Bruto, cuando, por consejo tuyo, se lo dedico á Bruto? Y Balbo me escribe que tiene por tí una copia del quinto libro. Si no he corregido por completo, he apartado en él, sin embargo, algunos cambios. Así, pues, harás bien en guardar los otros en tu poder, sin lo cual recibiría Balbo un texto incorrecto, y Bruto una cosa ya conocida». Atico se excusa y Cicerón le contesta: «Comprendo que te era imposible no complacer á Balbo; pero me desagradaba saber que Bruto no recibía más que una obra ya vieja, y Balbo una obra apenas esbozada».

El *De Finibus* estudia y compara las enseñanzas de las principales escuelas griegas sobre el soberano bien y el soberano mal, refutando las doctrinas epicúreas y haciendo el elogio de las doctrinas estoicas en su concordancia con las doctrinas académicas. No parece que Balbo se cuidase mucho de filosofía, sobre todo de las doctrinas estoicas y académicas. A creer á Cicerón, se entregaba á las prácticas epicúreas; buscaba el placer antes que la virtud (*Nomini non recta sed voluptaria quaerenti*); hallaba ese placer en los festines, en los que estaba lejos de observar las reglas de una perfecta sobriedad; y tal vez á esta falta de templanza obedecían las crisis de gota á las que alude en cartas escritas en 709 y en 710; en el mes de Agosto del 709 le es imposible á Cicerón ver á Balbo, el cual no admite visitas por lo mucho que sufre de la gota; en Abril del 710 un acceso con manifestaciones fluxionarias ataca de tal manera á Balbo, que no puede hablar; en Marzo tiene que ir á tomar aguas, ó, por lo menos, se encuentra lo suficientemente enfermo para que su marcha de Roma se justifique por la necesidad de una cura termal.

Al epicúreo Balbo le interesaba sin duda el *De Finibus* mucho más que el *Pro Ligario*, ó que el panegírico de Catón, porque comprendía que la filosofía, mejor que cualquiera otra ocupación literaria, le apartaba á Cicerón de la política.

## XI

Durante la larga ausencia que retiene alejado de Roma un año entero á César ocupado en la guerra de España, de Septiembre del 708-46 á Septiembre del 709-45, Balbo se ocupa, con su habitual celo, de los intereses particulares y políticos del dictador. Opio continúa siendo su colaborador, su suplente, cuando los accesos de gota impiden al gaditano dirigir los asuntos. A fines del 708, Cicerón escribe á Cecina: «Sé por experiencia que César ratifica en todo lo que hacen Balbo y Opio mientras que está ausente».

Balbo está encargado de administrar la fortuna adquirida por César con el pillaje de todos los países de sus campañas, Galia, Egipto, Asia, España, y la confiscación de los bienes de los pompeyanos muertos en los campos de batalla. Balbo se ocupa también de la fortuna de Cicerón, que se encuentra en una situación mucho menos próspera que la de César. Cicerón se ve siempre apurado cuando llegan las calendas, fecha de los pagos, las *tristes kallendae*, como las llamará Horacio. «He tenido que huir de Roma para evitar las calendas», escribe desde su casa de Túsculo á Atico, en Julio del 708. Sus deudores le causan tantas molestias como sus acreedores. Háblase á menudo, en las cartas escritas en 709 y en 710, de un tal Q. Faberio que debe y no paga. Se necesita el concurso de Balbo para cobrar las sumas adeudadas por Faberio. Cicerón escribe á Atico, en Mayo del 709: «Es indispensable que nos pague Faberio; no sería malo que indicases algo á Balbo». También Balbo Menor se ocupa en apremiar á los deudores de Cicerón y de Atico.

Un procedimiento muy de moda en los últimos tiempos de la República, para reparar las pérdidas de dinero, era el hacerse inscribir en el número de los herederos de algún rico personaje. La vanidad del personaje rico se complacía en poner en las listas del testamento los nombres de los hombres

notables que parecían estar unidos al testador por lazos de amistad; un opulento banquero de Puzoles, M. Cluvio, dejó sus bienes á César y Cicerón. Balbo se ocupa activamente en liquidar esta herencia á la mayor conveniencia de los dos amigos; le ayuda en la tarea el jurisconsulto A. Ofilio. Cicerón escribe á Atico, en Julio del 709: «Quisiera, si te parece bien, que consultases con Balbo y con Ofilio. He hablado con Balbo respecto á la publicación de la venta de los bienes de Cluvio; está dispuesto á ello. Creo que Ofilio tiene el estado detallado de los bienes; Balbo lo posee también. Balbo desearía que la venta fuese pronto y se verificase en Roma, sin perjuicio de retrasar la fecha si César tardase en volver; pero viene».

César ha anunciado su llegada para los *Ludi Romani*, que se celebran en el mes de Septiembre. Al proceder al inventario, Balbo ha encontrado en casa de Cluvio mucho dinero corriente, cuya participación habría que hacer lo más pronto posible, y una gran cantidad de plata; es de parecer que se proceda inmediatamente á la venta en pública subasta de dicha plata, sin ocuparse aún de la venta de los bienes inmuebles. Cicerón ha tenido una entrevista con Balbo respecto á la sucesión de Cluvio. El testador fijó un plazo de sesenta días (*cretio*), durante el cual los herederos tenían derecho á rechazar ó aceptar la herencia. Se han ocupado de la cuestión de los bienes inmuebles de Cluvio, y Balbo ha prometido escribir inmediatamente á César. Sabemos que en el mes de Mayo del 710-44, Cicerón estaba en posesión de los jardines de Cluvio situados en Puzoles. Pero en Julio del mismo año, le preocupaba el reunir, antes de las calendas de Agosto, los fondos necesarios para saldar con los coherederos lo que le quedaba por pagar de las propiedades de Cluvio.

Balbo está encargado de todos los asuntos contenciosos de Cicerón, y, á lo que parece, por su cuenta y razón. A fines del 46, el viejo consular tuvo que decidirse al divorcio: el carácter áspero y los gastos de Terencia hacían necesaria esta separación. Pero era preciso que el esposo restituyera su dote á la

esposa divorciada; Balbo consintió en recibir por delegación los poderes de su amigo, y en reemplazarle para el arreglo de cuentas; Cicerón se queja de que, para la transferencia de crédito, Balbo le ponga condiciones tiránicas.

Cicerón recrimina; pero no deja de recurrir siempre, con toda confianza, para todo asunto, al parecer discreto de su fiel consejero. Balbo y su sobrino Balbo Menor le tienen al corriente de los acontecimientos, y le indican la conducta que debe observar.

A principios del 45, la hija muy querida del orador, Tulia, repudiada por Dolabella, muere de parto; el padre, desconsolado, se retira por algún tiempo á su posesión de Astura, en donde quiere elevar un templo á la memoria de la muerta amada.

Del mismo modo que se ocupó del arreglo de cuentas con Terencia, se ocupa Balbo del templo que se ha de construir en honor de Tulia. A fines de Marzo del 709, Cicerón escribe á Atico lo agradecido que está á Balbo y Opio por su simpatía y la ayuda que le prestaban para la elección del lugar en donde había de construirse el templo.

En Marzo del 709, M. Apuleyo, nombrado augur, ofrece el festín de costumbre á los miembros del colegio que le acababa de admitir por *cooptatio*. Cicerón encarga á Opio y Balbo que presenten á Apuleyo sus excusas, motivadas por su luto reciente, y á Opio y Balbo encarga Apuleyo que digan á Cicerón que acepta sus excusas, y que no querría, á ningún precio, serle desagradable.

Balbo Menor toma parte, como su tío, en las angustias domésticas de Cicerón. El hijo único de Q. Tulio Cicerón y de Pomponia, hermana de Atico, era la desolación de su familia. Durante la guerra de España, en la que acompañaba á César, del que se había declarado, desde el 49, ferviente partidario, perjudicaba cuanto le era posible á Cicerón cerca del dictador. Dolabella, que fué marido de Tulia, no advertía sino con palabras encubiertas á su ex suegro de la indigna conducta de su

sobrino. Balbo Menor, sin duda con autorización de César, envía al interesado noticias precisas sobre las peligrosas infamias del joven Quinto. También Balbo menor es el que presta á Cicerón el servicio de advertirle confidencialmente que ha incurrido en el desagrado de Tigelio, aquel músico de Cerdeña que gozaba de gran crédito cerca de César.

Sus apuros pecuniarios, sus distracciones literarias, los enojos de su divorcio y su dolor paternal por la muerte de Tulia no impedían á Cicerón seguir apasionadamente los acontecimientos durante el año en que César estaba retenido por la guerra lejos de Roma. Y por Opio y, sobre todo, por Balbo recibe noticias; á ellos se dirige para obtener informes y consejos. Julio César acababa de promulgar la *lex Julia municipalis*, que reformaba todas las constituciones de los Municipios y de las ciudades federadas con arreglo á un plan uniforme, á ejemplo de la Constitución romana. Un amigo de Cicerón se preocupa de algunas disposiciones de la nueva ley que no le parecen bastante claras. Cicerón ruega á Balbo las necesarias aclaraciones, y en Enero del 709 Cicerón responde á Lepta: «En cuanto recibí tu carta, escribí á Balbo para preguntarle cuáles son exactamente las disposiciones de la ley. Me dice que los pregoneros en ejercicio no pueden ser decuriones, pero que no es impedimento para los que han dejado de serlo. Así, pues, que tus amigos y los míos se tranquilicen. Sería, en efecto, intolerable, cuando el Senado de Roma admite entre sus miembros á gentes que ejercen el aruspicismo, que no se permitiese ser decuriones en los Municipios á los ex pregoneros públicos».

Cicerón no podía dirigirse á un hombre mejor informado que el español de Gades, que sin duda colaboró en la *lex Julia municipalis*, como se ha podido suponer que aconsejó un proyecto de ley encontrado en los papeles de César después de los Idos de Marzo; aquella ley hacía ciudadanos romanos á todos los habitantes de Sicilia; en su calidad de extranjero convertido en ciudadano, Balbo hubo de sugerir á César el proyecto de

extender progresivamente á los habitantes de los países de fuera de Italia el principio conveniente de la incorporación á la ciudad romana.

Sea como fuere, por Balbo sabe Cicerón todo lo que conoce de la *ley municipalis* y del proyecto que César había formado de distribuir á sus veteranos unos territorios en Campania.

Parece que Cicerón es incapaz de obrar sin los pareceres de sus consejeros ordinarios. En Marzo del 709 se muestra inquieto por la repentina llegada de Artonio á Roma, y no se tranquiliza hasta que Opio y Balbo, á petición de Atico, le hacen saber que no hay motivo para inquietarse. En el mes de Julio del mismo año, el *magister equitum* de César, Lépido, del que desconfía, le pide que acuda á la sesión del Senado el día de las calendas de Agosto. Cicerón supone que no habrá sesión aquel día, porque á falta de Balbo, que está enfermo, Opio le hubiera prevenido.

La absoluta confianza de Cicerón en Opio y Balbo no le impide diferir á veces del parecer de ellos. M. Licinio Craso Dives, amigo de Cicerón y colega de César en el triunvirato, murió á manos de los partos en la desastrosa campaña del año 53. Cicerón quería que César, después de terminar la guerra de España, vengase á la República de su antigua derrota dirigiendo una expedición contra los partos. Con esta idea, prepara para el dictador una hermosa carta de elogios en la que le felicita por sus triunfos en España, le da consejos sobre la organización de la República y le exhorta á llevar la guerra contra los partos. Escribe á Atico en Mayo del 709: «Me esfuerzo en redactar una Memoria que dé consejos políticos; no lo consigo, y tengo, sin embargo, á la vista los discursos que Teopompo y Aristóteles dirigieron á Alejandro. ¿Pero es la misma situación? Aquéllos podían escribir de una manera á la vez honrosa para ellos y agradable para Alejandro. ¿Encuentras tú algún medio para que haga yo lo que ellos? En cuanto á mí, no se me ocurre nada».

Algunos días después, por consejo de Atico, queda redactada la Memoria. «Ayer he escrito mi carta á César; tal ha sido tu deseo; tenía, pues, razón en escribirle, puesto que pensabas que podría ser útil. Por ahora no es necesario enviarla; haré, sin embargo, lo que te parezca acertado.»

Pero no bastaba á Cicerón tener la aprobación de Atico; necesitaba el parecer de Balbo y de Opio; este parecer no era favorable al envío del escrito. «Por lo que concierne á mi carta á César, tenía mucha razón en querer que la leyeran mis amigos. Obrar de otra manera hubiera sido una falta de atención, y tal vez un peligro en el caso en que la carta le hubiese desagradado. En cuanto á ellos, sus observaciones han sido muy francas, y les agradezco que hayan expresado sus sentimientos sin reticencias. Pero la mejor de sus críticas es el pedirme tantos cambios, que necesitaría rehacer por completo mi trabajo. Excelente excusa para abstenerme. Y, sin embargo, yo estaba seguro de que deseaba la guerra contra los partos; mi carta no tenía otro fin que halagarle en sus ideas. Si hubiese querido hacer adoptar por persuasión las ideas que me parecían mejores, ¿me hubieran faltado argumentos oratorios? En fin, la carta ya no tiene objeto... ¿Qué quieres? El esfuerzo me costaba; me desaprueban: nada podía serme más agradable.»

Atico insiste en vano: aun reconociendo con orgullo que era muy digno para él dar á César necesarios consejos, Cicerón se abstiene de mandar la carta. Balbo y Opio la desaprueban; se consuela diciendo que se alegra mucho de verse desembarazado de una cuestión difícil. Pero no cesa de hablar de ella á Atico. «En cuanto á la carta á César, es cosa decidida; escribe manifestando, según dicen sus amigos, que no marchará contra los partos hasta haber puesto en orden sus asuntos. He aquí precisamente lo que le aconsejaba, dejándole en libertad de obrar de otra manera, si tal era su gusto. Este era, al parecer, el consejo que esperaba, ¡y no quiere hacer nada sin mi opinión! Pero te ruego que dejemos esto. Go-

«cemos por lo menos de la semilibertad que obtendremos callándonos y recatándonos.»

Cicerón tenía el consuelo de ver que César obraba como se le pedía que obrase en la carta, cuidadosamente redactada, y que no se le envió. En Junio del 709, escribía: «César anuncia su firme voluntad de permanecer en Roma; permanecerá en ella, como en mi carta le aconsejaba, para impedir que no se cumplan sus leyes durante su ausencia». Balbo comunicó probablemente á César parte de la carta, cuyo envío impidió; procuraba á Cicerón la satisfacción á medias de ver que el dictador adoptaba una parte de sus ideas. Pero el sutil consejero de César era demasiado inteligente y apreciaba demasiado á su jefe para dejarle emprender una aventura que hubiera satisfecho el ardor guerrero del vencedor de las Galias, de Egipto y de España, y reducido la sensibilidad oratoria del amigo de Creso; la guerra contra los partos hubiera paralizado todas las reformas administrativas gratas al espíritu prudente de Balbo; hubiera alejado inútilmente á César de Roma, en donde su presencia era necesaria, para llevarle á una expedición aventurera y tal vez funesta.

Balbo sirvió bien los intereses del dictador, al no comunicarle de la carta proyectada de Cicerón sino el pasaje en que el consular recomendaba á César que no saliese de Roma hasta haber constituido sólidamente la República.

## XII

César vuelve á Roma en el mes de Septiembre: en Octubre celebra su quinto triunfo por sus victorias de España; se hace nombrar cónsul por cuarta vez, sin colega, dictador por quinta vez, conservando á Lépido como *magister equitum*.

Al finalizar el año, con motivo de un viaje á Campania, va en compañía de Balbo á visitar á Cicerón, que se encontraba entonces en su posesión de Puzoles. Atico recibe un intere-



sante relato de esta visita en una carta fechada el 19 de Septiembre del 709-45:

«Pues bien: estoy lejos de quejarme de un huésped que debía serme tan incómodo, porque se ha mostrado muy simpático. Cuando llegó á casa de Filipo (1), en la tarde del segundo día de las Saturnales, la casa se encontró tan llena de soldados, que apenas si pudo quedar libre el *triclinium* en donde había de cenar César; había dos mil hombres. Yo estaba muy inquieto. ¿Qué iba á suceder al día siguiente? Pero Barba Casio vino en mi ayuda; un puro guardia. Los soldados permanecieron acampados, y mi casa se vió libre de su invasión. El tercer día de las Saturnales, César permaneció en casa de Filipo hasta la hora sétima, y no recibió á nadie; me figuro que estaría arreglando cuentas con Balbo. Después dió un paseo por la ribera; á la hora nona tomó un baño. Le leyeron unos versos sobre Mamurra, pero no cambió de expresión. Hízose ungir, y se puso á la mesa; había tomado emético; así fué que bebió y comió con tanto apetito como alegría... Por lo demás, en la conversación no se hizo alusión alguna á los asuntos políticos. Conversación puramente literaria. ¿Qué más te diré? Parecía satisfecho, y se ha mostrado muy amable.»

Cicerón no dice si en la conversación aquella, de la que estaba descartada la política, tuvo ocasión de abordar indirectamente el asunto de la guerra contra los partos, que Balbo le prohibió que tratase en sus cartas á César. Pero Suetonio y Plutarco nos dicen que el dictador meditaba una campaña en Asia, que debía empezar por la sumisión, ya de los dacios, ya de los partos. Es probable que el entusiasmo con el que Cicerón aprobaba aquella expedición, cuya idea se le ocurrió á él mismo, fuese una de las causas principales de la gran amabilidad que le dispensó su huésped. Balbo tenía el valor y la habilidad de desviar á César de aquella expedición impolítica y

---

(1) L. Marcio Filipo, cónsul en 698-56, marido de Atia, hija de la hermana de César, Julia, y madre de Octavio, el futuro emperador Augusto.

peligrosa. El discreto consejero hubo igualmente de permanecer ajeno á la preparación de los impopulares actos de principios del 710-44 que habían de ocasionar el drama de los Idos de Marzo. Al decir de Suetonio, «he aquí el hecho que atrajo á César el odio más violento y más implacable. Los Padres Conscritos fueron en corporación á presentarle un gran número de decretos que le conferían nuevos honores; los recibió ante el templo de Venus Genetrix, sentado. Imagínese que cuando fué á levantarse para saludarles, Balbo le contuvo». Plutarco, refiriendo la misma escena, afirma que César quería levantarse para saludar al Senado, pero se lo impidió uno de sus amigos, ó más bien de sus aduladores, Cornelio Balbo, que le dirigió estas palabras: «¿No te acuerdas de que eres César y que debes recibir los honores que son debidos á tu dignidad?»

Es imposible admitir que el sutil caballero de Gades se hiciera cómplice del torpe Antonio en la loca tentativa de restaurar en provecho de César la monarquía aborrecida de los romanos. Mientras que inhábiles aduladores, para hacer la corte al dictador, que preparaba su campaña de Oriente, repetían una predicción de los libros sibilinos, según la que los partos no podían ser vencidos sino por un rey, Balbo trataba de combatir el efecto de tal profecía en el ánimo de César, oponiéndole otra. Suetonio refiere, en efecto, que unos obreros, ocupados en la cimentación de unas casas que se habían de construir en territorio de Capua, descubrieron en una tumba, en la que decían que estaba sepultado Capis, el fundador epónimo de Capua, una plancha de bronce que llevaba esta inscripción en lengua y caracteres griegos: «Cuando se hayan descubierto los huesos de Capis, un descendiente de Julio perecerá á manos de sus allegados, y no tardará en ser vengado por las desgracias de Italia». El historiador añade: «Para que no se vaya á creer que se trata de una fábula ó de una leyenda inventada á capricho, citaré mi autoridad: Cornelio Balbo, uno de los amigos más íntimos de César».

Balbo comprendió todos los peligros de la política inaugu-

rada por César desde su vuelta de España; se esforzaba, por todos los medios, en evitarlos. Pero si le fué posible, en 709, detener la imprudente carta de Cicerón que halagaba la manía belicosa del dictador, le era imposible, en los primeros meses del 710, luchar contra la influencia creciente de Antonio, que no temió, en las fiestas de las Lupercales, ofrecer la diadema real á César, á pesar de los murmullos del pueblo.

El asesinato de César hacía muy difícil la posición de Balbo, privado de su protector y aislado en medio de los partidos adversos que se disputaban el poder.

Los conjurados, que prepararon el drama de los Idos de Marzo, y los *optimates*, que se alegraban del hecho realizado, en el que veían la esperanza de una vuelta á las tradiciones de la república aristocrática, consideraban unos y otros como sospechoso al favorito del tirano. Los conjurados y los *optimates* olvidaban los servicios que Balbo les había prestado, para acordarse solamente de que aquel hombre obsequioso era un *peregrinus* introducido en la ciudadanía romana y enriquecido por el régimen derrumbado; le acusaban de haber recogido los despojos de los pompeyanos.

De otra parte, nada bueno podía esperar de Antonio, cuya funesta influencia sobre César trató de combatir. Se indignaba al ver á Antonio robar el tesoro público, obrar como tirano y falsificar los documentos del antiguo dictador. Pero su prudencia habitual le vedaba manifestar demasiado ostensiblemente su indignación. Cicerón, que permanece fiel á su antiguo cliente, en sus cartas á Atico, al mismo tiempo que declara el odio de los *optimates* hacia Balbo, no puede por menos de acusarle de malicia, de complacencia por Antonio, casi de traición á la causa de la libertad. Escribe en Mayo del 710: «Balbo ha venido á verme. ¡Divinos dioses! ¡Qué fácil te sería ver hasta qué punto teme el permanecer en la inacción! Ya le conoces; ya sabes su reserva; me ha contado, sin embargo, los proyectos de Antonio... Se ha quejado del odio de que es objeto (*questus est etiam de sua invidia*). No hay una palabra

suya que no denote á un amigo de Antonio. ¡Qué quieres! No hay nada sincero en él... Bien quisiera librar á Balbo del odio (*invidia*) de que es objeto por parte de nuestros amigos. Pero él mismo reconoce que la cosa no es posible; así es que pone sus miras en otro lado».

Continuando en la amistad de los cesarianos, Balbo, Opio, Macio, Pancia, Hircio, Cicerón se da cuenta de que si detestan á Antonio, no menos que á los *optimates*, temen al sucesor de César. «He penetrado á fondo en los sentimientos de Hircio; le he hablado, le he exhortado á trabajar por el mantenimiento de la paz. Él no podía decir que no quería la paz. Pero me ha declarado que temía nuestros preparativos de guerra tanto como los de Antonio; reconocía que los dos partidos tenían razón para mantenerse en guardia; pero repetía que de una y de otra parte temía esos preparativos de guerra. ¡Qué quieres! No veo en esto nada de bueno.» Le era imposible á Cicerón, reducido á sus solas fuerzas, provocar la evolución de los amigos de César hacia los *optimates*, cuyo odio á Antonio compartían, sin embargo. Esta reconciliación debía ser obra de un hombre que Balbo tuvo el mérito de adivinar, y al que puso en relaciones con el anciano consular, el cual iba á ser el introductor de dicho hombre cerca de los jefes de la aristocracia republicana.

H. DE LA VILLE DE MIRMONT

(Continuará.)

# ALMA DE NIÑA

(CONCLUSIÓN)

Un día entré en la biblioteca (en mi vida olvidaré ninguno de los detalles de esta aventura); tomé una novela de Walter Scott, *Los votos de San Román*, única obra de aquel autor que no había leído aún. Recuerdo que tenía el corazón oprimido; me encontraba como atormentada por un presentimiento.

La habitación estaba iluminada por los oblicuos rayos del sol poniente, cuyas ondas luminosas se deslizaban al través de los ventanales y se extendían sobre el piso reluciente. El silencio era completo. En las habitaciones inmediatas no había alma viviente. Peter Alejandrowitch había salido, y Alejandra Mikailowna, enferma, guardaba cama. Me eché á llorar, sin poder resistir á mi agitación interior. Abrí la segunda parte del libro, y empecé á hojearlo distraídamente, tratando de dar un sentido á las frases que pasaban ante mis ojos. Me parecía buscar una predicción de la suerte, como se hace al abrir un libro al azar. En ciertos momentos, todas las fuerzas intelectuales y morales se ponen mórbidamente en tensión, como si una luz viva iluminase de repente la conciencia, como si una visión profética se impusiera al alma turbada; sufre y languidece, en espera de algo misterioso; animada por una ardiente esperanza, se pone á expirar la vida.

Me encontraba en esta particular disposición.

Cerraba el libro expresamente para volver á abrirle al azar

y buscar en él mi horóscopo; y leía la página que se presentaba.

Pero he aquí que al hojearle encontré un papel escrito, doblado en cuatro partes y comprimido como si hubiera estado allí olvidado durante varios años. Examiné curiosamente mi hallazgo. Era una carta sin dirección, firmada con las iniciales S. O.; la abrí. Las páginas, pegadas casi unas á otras, habían dejado una señal blanca en las amarillentas páginas del volumen. Adivinábase que la carta aquella había sido frecuentemente leída y cuidadosamente guardada; la tinta, descolorida, azuleaba; parecía de fecha lejana. Algunas palabras llamaron mi atención. Mi corazón latió violentamente.

Dí vueltas al papel como si vacilase en leerlo. Me acerqué á la ventana. ¡Sí! Las lágrimas habían dejado su huella sobre las palabras medio borrosas. ¿De quién eran aquellas lágrimas?

Ansiosa, leí la mitad de la primera página. Se me escapó un grito de asombro. Cerré el armario, después de volver á colocar el libro, y escondiendo la carta corrí á mi cuarto y me puse á leerla. Pero mi corazón latía con tanta fuerza, que los caracteres saltaban y huían ante mi vista. Permanecí mucho tiempo sin poder enterarme de nada. Por fin descubrí el principio del misterio, al ver á quién estaba dirigida la carta. Sabía que era un delito leer aquellas líneas, pero la tentación era más fuerte que mi voluntad. La carta estaba dirigida á Alejandra Mikailowna.

Eran algunas palabras de adiós, de un adiós eterno. Después de leer la carta sentí un sufrimiento, como si fuese yo misma la que acababa de perderlo todo, como si me hubiesen arrancado para siempre mis sueños y mis esperanzas, como si no me quedase más que la vida, que ya no necesitaba. ¿Quién era el autor de aquella carta? ¿Cuál había sido la existencia de aquella mujer? Aquellas líneas contenían hechos y alusiones sobre los que no cabía engaño. Pero al mismo tiempo se encontraban allí problemas en los que me perdía. Sin embargo,

los comprendí poco más ó menos. Además, el estilo sugería muchas ideas, y revelaba el carácter de aquellas relaciones cuya ruptura había destrozado dos corazones. En fin, leíanse claramente entre líneas los pensamientos y los sentimientos del escritor. He aquí la carta; la transcribo palabra por palabra:

«¡No me olvidarás! Lo has dicho: te creo. Y de esas palabras vive toda mi vida desde el día aquel. Es forzoso que nos separemós: la hora ha llegado. Yo lo sabía desde hace mucho tiempo, dulce y triste hermosa mía. Pero hasta hoy no lo he comprendido. Durante todo *nuestro* tiempo, el tiempo en que me quisiste, mi corazón se angustiaba y sangraba pensando en nuestro amor. ¿Lo creerás? ¡Siento que ahora sufro menos! ¡Todo debía concluir así; era nuestro destino; lo sabía, Alejandra; no éramos *iguales*; siempre lo comprendí, ¡siempre! No era digno de ti. Sólo yo hubiera debido soportar el castigo de mi felicidad. Di: ¿qué era yo para ti hasta el día en que me comprendiste? ¡Dios mío! Dos años han transcurrido, y todavía no comprendo hoy por qué me quisiste, por qué *tú* me quisiste á *mí*. ¿Cómo llegamos á semejante locura? ¿Recuerdas lo que era yo comparado contigo? ¿Podía siquiera ser comparado? ¿Qué es lo que hizo que te fijases en mí, cuando nada me distinguía de los demás? Antes de que tu mirada y tu sonrisa viesesen á iluminar mi vida, yo era simple y vulgar, tenía un aspecto triste y sombrío; no ambicionaba más existencia que la mía, tan mezquina, sin embargo; no pensaba, ni quería pensar en ello. Todo me oprimía y me sometía; consideraba mi labor diaria como la cosa más importante del mundo. Lo único que podía ponerme en cuidado era el mañana; y aun esto me dejaba indiferente. Antes, hace mucho tiempo, hubo una época en que aspiraba á la felicidad y soñaba como un imbécil. Pero pasaron muchos días, y me dediqué á vivir solitario, grave, concentrado, sin sentir siquiera el frío que helaba mi corazón entumecido.

»Sabía, y me había resignado á ello, que nunca se levantaría para mí un sol mejor.

»Estaba convencido de esto por adelantado, y no me lamentaba; *porque así debía ser*. Cuando te vi por primera vez, no sospeché que me atreviera nunca á alzar los ojos hacia ti. Estaba en tu presencia como un esclavo. Mi corazón mientras tanto no temblaba, no languidecía, no te presentía: dormía aún. Aunque mi alma encontrase la serenidad al lado de su radiosa hermana, no adivinaba la tuya.

»Y cuando lo supe todo, ¿te acuerdas?—después de aquella reunión, después de aquellas palabras que me trastornaron, quedé perdido, aniquilado; todo se confundió en mí, y, ¿lo creerás?, en lugar de sentirme transportado, tenía tan poca confianza en mí, que no comprendí. Nunca te he dicho esto.

»Si hubiera podido, si me hubiera atrevido, te lo hubiera confesado hace mucho tiempo. Pero callé. Hoy te digo todo para que no te avergüences de mi recuerdo, para que sepas de qué hombre te separas.—¿Sabes cómo te vi al principio? La pasión me había invadido como una llama; penetró en mi sangre como un veneno; confundió todos mis sentimientos y todos mis pensamientos; estaba embriagado y correspondía á tu puro amor de *piedad*, no como un igual á otro igual, no como un sér que mereciera tu amor, sino con un deseo desenfrenado y sin conciencia. No te había comprendido. Te correspondía como á una mujer *caída hasta mí*, no como á la mujer que quería elevarme hasta ella. ¿Sabes lo que sospechaba en ti? ¿Sabes lo que quiere decir ese *caída hasta mí*? No, no te ofenderé explicándotelo. Solamente te diré que te engañaste respecto de mí. ¡Nunca, jamás hubiera yo podido elevarme hasta ti! Podía contemplarte de lejos, con una adoración infinita, cuando hubiese penetrado en tus nobles sentimientos; pero este sacrificio no hubiera borrado mis faltas contigo. Mi pasión, elevada por ti, no era un amor verdadero. Temía al amor. No me hubiera atrevido á amarte. En el amor hay mutualidad, igualdad, y yo no era digno... E ignoraba lo que sentía. ¡Oh! ¿Cómo decirte esto para que me comprendas?... ¡Oh! ¡Si te acordaras de cuáles fueron mi asombro, mi confusión, mi temor, cuan-



do, calmada mi primera agitación, aclarada mi situación, no quedó en mí otra cosa que un sentimiento puro! Recordarás también que me arrojé llorando á tus pies y que, asustada, me preguntaste la causa de tan gran desconsuelo... Como no podía contestarte, guardé silencio. Pero mi alma se desgarraba, mi felicidad me abrumaba como una carga, y mis sollozos gritaban en mí: ¿Cómo he merecido esta alegría? ¡Oh hermana mía, hermana mía! ¡Cuántas veces—siempre lo ignoraste,—cuántas veces besé furtivamente tu vestido; furtivamente, porque estaba convencido de mi indignidad! Faltábame la respiración; mi corazón latía lenta y fuertemente como si quisiera pararse, morir en mi ardoroso pecho. Cuando cogía tu mano, palidecía y temblaba. Turbábame la pureza de tu alma. ¡Oh!, no puedo contarte todo, todo lo que se amontonó en mí, y, sin embargo, quisiera decírtelo. ¿Sabes que tu ternura y tu piedad me fueron á veces dolorosas? Cuando me besaste (no sucedió esto más que una vez, y lo recordaré toda la eternidad) pasó una nube por mis ojos y sentí que se fundía mi alma. ¿Por qué no morí á tus pies en aquel instante? Digo *tú*, por primera vez, aunque ya me lo habías permitido desde hacía tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Quiero decirlo todo! Te diré que me has amado mucho, que me has querido como una hermana quiere á su hermano, que me has amado como á tu creación propia, porque resucitaste mi corazón, despertaste mi espíritu, derramaste en todo mi sér un bálsamo de esperanza. Pero no podía entonces hablarte así, no me atrevía. No te llamé hermana mía, porque hasta ahora no fuí tu hermano. No éramos iguales. Te habías engañado respecto de mí.

»Ya lo ves; aun en estos momentos, en estos momentos terribles, no me ocupo más que de mí solo, aunque tú pienses en mí y te atormentes por mí. ¡Oh!, no te inquietes, mi querida amiga. ¡Si supieses lo rebajado que me encuentro á mis propios ojos!

»¡Y qué ruido ha hecho el descubrimiento!—Te rechazarán por culpa mía, te despreciarán, se reirán de ti, porque yo soy

bajo á los ojos del mundo. ¡Ah! ¡Qué culpable soy por haber sido indigno de ti! Si por lo menos hubiese mostrado alguna valía, si me hubiera hecho estimar, te habrían perdonado. Pero soy bajo, nulo, ridículo, y tras de ridículo ya no hay nada. ¿Y por qué tanto escándalo? Se pusieron á gritar, y me descorazoné. Siempre fui débil. ¿Sabes mi situación en este momento? Me burlo de mí mismo, creo que dicen la verdad, que soy ridículo, y me odio. Sí, odio mi rostro, mi sér entero, mis costumbres, mis maneras vulgares, y siempre los he odiado. ¡Oh!, perdóname mi grosera desesperación; tú misma me has enseñado á decírtelo todo. ¡Te he perdido! He atraído sobre tu cabeza la animosidad y la hilaridad generales, porque era indigno de ti. Y este pensamiento me tortura; hiere, desgarrá, mata mi corazón. Creo que no has amado al hombre que realmente había en mí, ¡te has engañado!—Esto es lo que me hace sufrir. Esto me perseguirá hasta la muerte ó hasta la locura.

»Así, pues, adiós, adiós. Ahora que todo se ha descubierto, que el mundo ha hecho oír sus clamores y sus murmuraciones (los conozco); ahora que estoy rebajado á mis propios ojos, avergonzado de mí, avergonzado hasta de la elección que tú hiciste; ahora que me he maldecido, necesito huir, bajo el anatema, por tu reposo, por tu tranquilidad... Lo exigen, y no me volverás á ver. És preciso. Había sido demasiado feliz; mi destino se había extraviado; repara su error arrebatándome lo que me diera. Nos acercamos después de habernos comprendido, y ahora nos separamos... ¿Nos volveremos á encontrar alguna vez? ¿En dónde y cuándo? ¡Oh!, di, ¿en dónde nos volveremos á encontrar? ¿En dónde te volveré á ver? ¿Y cómo te reconoceré? ¿Me reconocerás tú? Toda mi alma está llena de ti. ¡Oh! ¿Por qué, por qué esta desgracia sobre nosotros? ¿Por qué nos separamos? Explicámelo: yo no lo comprendo, no lo comprenderé nunca, no puedo comprenderlo. ¿Crees que se pueda hacer de una vida dos existencias, que se pueda arrancar uno el corazón del pecho sin morir?... ¡Oh! ¡Cuando pienso que no te volveré á ver nunca, nunca, nunca...!

» ¡Dios mío! ¡Qué gritos han dado las gentes! Tengo mucho miedo por ti... He encontrado á tu marido... Los dos somos indignos de él, aun cuando no seamos culpables. Lo sabe todo, y desde hace mucho tiempo.—Se ha puesto heroicamente de tu lado; te salvará, te defenderá contra los juicios y contra los clamores de la multitud. Te quiere, te estima, es tu salvador, mientras que yo huyo.

» Me arrojé á él; quería besarle la mano... Me dijo que marchara en seguida. Está decidido. Se asegura que ha reñido con todo el mundo por causa tuya.

» Todo el mundo le censura. Le echan en cara su debilidad y su connivencia. ¡Dios mío! ¿Qué más dirán aún? Ignoran, no pueden saber, son *incapaces de comprender*. Perdónalos como yo les perdono. Y me han arrebatado más que á ti.

» No sé lo que te escribo. ¿De qué te hablé ayer cuando nuestro último adiós? Todo lo he olvidado ya. Estaba fuera de mí. Tú llorabas... Perdóname esas lágrimas, perdóname esas lágrimas: ¡soy tan débil, tan cobarde!

» Quería decirte algo más... ¡Oh! Bañar otra vez más, otra vez solamente, tus manos con mis lágrimas, como riego esta carta. Ponerme una vez más á tus pies. ¡Si supieran *ellos* la pureza de tu sentimiento! Pero son ciegos.

» Su corazón es orgulloso y altivo.

» No verían y no comprenderían.

» No te creerían inocente, aunque todo lo que vive en la tierra jurase que no eres culpable. Y, además, ¿acaso es asunto suyo el comprender? Pero ¿quién se atreverá á tirar la piedra? ¿Cuál será la primera mano que se alce sobre ti? ¡Oh! No se andarán en miramientos para coger miles de piedras; y se atreverán á lanzártelas, porque saben cómo hay que hacerlo. Te ejecutarán todos juntos; asegurarán al mismo tiempo que están sin pecado, y piadosamente tomarán el nuestro á su cuenta. ¡Oh! ¡Si supieran lo que hacen!

» ¡Si pudiésemos decirles todo, sin ocultar nada, para que vean, oigan, comprendan y se convenzan de nuestra sinceridad!

»Pero no, no son tan malos... Estoy en este momento desesperado, y los calumnio tal vez. Te asusto con mis terrores. No temas nada, no temas nada. Te comprenderán. Te han comprendido ya... tu marido... espera.

»¡Adiós, adiós! *No te doy gracias.* ¡Adiós para siempre!

S. O.»

Quedé atónita, sin comprender lo que pasaba en mí. Abru-mábame el terror. La realidad acababa de sorprenderme como un rayo en medio de la soñadora existencia que llevaba desde hacía tres años. El misterio que tenía en mi poder me encadenaba para toda la vida. ¿Cómo? Todavía no podía explicármelo. Pero sentía que en aquel momento empezaba para mí una nueva existencia. Desde aquel día entraba en un mundo que los que me rodeaban me habían cuidadosamente disimulado, ocultado... ¿Qué perturbación iba á aportar en la vida de mis bienhechores, yo, una extraña, á la que nadie pedía nada? ¿Adónde me llevaría el azar que me entregara aquel secreto? ¿Qué sabía yo? Tal vez mi nuevo papel iba á llegar á ser insostenible tanto para ellos como para mí. Me era imposible callarme y encerrar para siempre en mi corazón lo que acababa de descubrir. Pero ¿cómo lo diré? ¿Qué será de mí después de haberlo dicho? ¿De qué me había enterado, en fin? Miles de preguntas, aún confusas, surgían ante mí y me oprimían dolorosamente el corazón. Estaba convulsa.

Además, sentía otras impresiones que nunca había experimentado. Me parecía que sufría una transformación. Que mis antiguas angustias habían desaparecido y eran reemplazadas por un no sé qué, del que no podía alegrarme ni entristecerme. Mi situación presente parecía la de una persona que sale para siempre de una casa en la que llevó una vida apacible y tranquila: va á alejarse, y antes de marchar dirige un largo adiós á todo su pasado, mientras que un sentimiento triste la acongoja ante un porvenir desconocido, árido y tal vez peligroso.

Por fin estallé en sollozos y tuve una crisis de nervios. Ex-

perimentaba la necesidad de ver, de oír á alguien, de abrazarle muy fuerte. No podía, no quería permanecer más tiempo sola. Corrí á las habitaciones de Alejandra Mikailowna, y permanecí toda la velada con ella. Estábamos solas. Le pedí que no tocara el piano, y me negué á cantar, á pesar de todas sus instancias. Todo se me antojaba penoso, de repente. No podía fijar mi atención en nada. Creo que lloramos juntas. Pero de lo que me acuerdo solamente es de que la asusté. Trató de tranquilizarme. Me observaba con temor; me aseguraba que yo estaba enferma, y que no me cuidaba bastante de mi salud. Por fin, la dejé, cansada y atormentada. Me acosté, con fiebre.

Varios días pasaron sin que lograra tranquilizarme ni darme cuenta de mi situación. Por entonces, Alejandra y yo vivíamos en una soledad completa. Peter Alejandrowitch había marchado, por asuntos particulares, á Moscou, en donde había de permanecer unas tres semanas. Aunque la separación no era larga, Alejandra Mikailowna estaba muy triste. En los momentos en que estaba menos apenada, se encerraba sola: sin duda yo le era importuna. También yo buscaba la soledad. Mi cerebro trabajaba en una tensión malsana, mientras que permanecía inerte, presa de una especie de sopor. A veces transcurrían horas en largas é inquietas meditaciones. Soñaba que alguien me observaba irónicamente, que algo en mí espiaba todos mis pensamientos y me censuraba. No podía librarme de obsesiones que me torturaban sin descanso. Forjábame una idea horrible de aquella interminable vida de sufrimiento y de sacrificio que con tanta resignación había aceptado Alejandra Mikailowna, y que tan poco merecía. Parecíame que el sér á quien se había consagrado la despreciaba y se burlaba de ella. Me parecía que el criminal perdonaba al justo, y mi corazón se angustiaba. Hubiera querido librarme de tales sospechas. Anatematizaba al desconocido de la lucha, y me detestaba por esperar semejante sentimiento respecto de un hombre á quien no debía juzgar por tan débil prueba.

Analizaba aquellas frases, aquellos últimos gritos de supre-

mos adiós. Me representaba á aquel hombre, á *aquel sér inferior*, y trataba de adivinar el sentido inquietante de estas palabras: «No soy tu igual», y, sobre todo, éstas me sorprendían: «Soy ridículo, y hasta yo mismo me avergüenzo de la elección que has hecho». ¿Qué significaba esto? ¿Cuáles eran las personas á que aludía? ¿De qué se desconsolaba? ¿Qué perdían ella y él? Y haciendo un violento esfuerzo, me puse á releer aquella carta que me trastornaba el alma, pero cuyo sentido íntimo era tan extraño y tan enigmático para mí. La carta se me cayó de las manos, y permanecí en una agitación febril...

...Todo aquello debía seguramente desenlazarse de una manera ó de otra; pero cuando entreveía una salida, me parecía temible.

Estaba casi enferma, cuando vi un día que regresaba de Moscú Peter Alejandrowitch. Su mujer corrió á su encuentro con un grito de alegría. Yo no me moví. Recuerdo que me sorprendió desagradablemente mi repentina agitación. No pudiendo contenerme, me refugié en mi cuarto. No comprendía mi temor, pero tenía miedo. Al cuarto de hora de la llegada me llamaban para entregarme una carta del príncipe.

En la sala encontré á un desconocido que había llegado de Moscú con Peter Alejandrowitch, y, por lo que se dijo, supe que el recién llegado iba á pasar algún tiempo en casa. Era un hombre de confianza enviado por el príncipe á Petersburgo para arreglar algunos importantes asuntos de familia, de los que se había ya ocupado mucho Peter Alejandrowitch.

Al entregarme la carta del príncipe, añadió aquel hombre que la princesita había querido escribirme también. Afirmó hasta el último momento que tendría la carta escrita sin falta en el momento oportuno. Pero á última hora manifestó que no tenía nada que decir, que no se podía expresar lo suficiente en una carta, que había emborronado cinco pliegos para después romperlos, y que además era preciso volver á ser amigas para mantener una correspondencia regular. La princesita encargó también al mensajero que me anunciase su pró-

xima visita. La esperé durante mucho tiempo... y no la volví á ver nunca.

A mis impacientes preguntas el enviado me respondió que, efectivamente, toda la familia iba á venir á Petersburgo. Esta noticia me colmó de alegría. Me apresuré á volver á mi cuarto, me encerré, y, llorando, abrí la carta del príncipe. Me prometía una entrevista próxima y me felicitaba con gran bondad por mi nuevo talento. Bendecía mis futuros triunfos, comprometiéndose á facilitarlos. Redoblaron mis lágrimas con la lectura de tan gratísima carta, y al mismo tiempo me sentí invadida por una punzante tristeza. ¿Por qué? No lo sabía, y temblaba como ante un funesto presentimiento.

Transcurrieron varios días. En el cuarto próximo al mío, en donde se instalaba el secretario de Peter Alejandrowitch, trabajaba ahora por la mañana, y á veces por la noche hasta las doce, el forastero. Encerrábase á menudo con Peter Alejandrowitch en el despacho de éste, y permanecían mucho tiempo juntos.

Un día, después de comer, Alejandra Mikailowna me envió á buscar á su marido para preguntarle si quería tomar el té con nosotras. No encontrándole en el despacho, y suponiendo que no tardaría en llegar, me senté á esperarle. En una pared había un retrato del dueño de la casa. Me estremecí de repente al ver aquel retrato, y en medio de una incomprensible turbación me puse á mirarle con fijeza. Estaba colocado muy alto, cerca del techo. La habitación, además, estaba tan á obscuras, que para verle mejor acerqué una silla y me subí á ella. Quería encontrar allí algo como una solución de mis dudas. Recuerdo que los ojos del retrato me impresionaron sobre todo. Me dí inopinadamente cuenta de que nunca había visto los ojos de Peter Alejandrowitch, ocultos constantemente tras las gafas.

Aquella mirada velada me había sido siempre antipática é insoportable: era como una prevención que se justificaba en aquel momento. Mi imaginación estaba sobreexcitada en alto grado.

Me pareció, de repente, que sus ojos se apartaban de los míos y trataban de evitarlos; se recataba para que no se viese su mentira y su falsía. Creí haber adivinado algo. Me inundó una secreta alegría. Se escapó de mi pecho un débil grito. En aquel mismo instante percibí un roce tras de mí. Me volví, y me encontré enfrente de Peter Alejandrowitch, que me miraba atentamente. Me pareció que se ruborizaba. Mi rostro se puso como la grana, y salté de la silla.

—¿Qué hace usted aquí?—me preguntó severamente.—  
¿Por qué está usted aquí?

No supe qué responder. Algo repuesta, le transmití penosamente la invitación de Alejandra Mikailowna. No recuerdo lo que me contestó, ni cómo salí del despacho. Pero al llegar al lado de Alejandra Mikailowna había olvidado por completo la respuesta de su marido, y declaré, al azar, que iba á venir.

—Pero ¿qué tienes, Netochka?—preguntó ella.—Estás sofocada. Mírame. ¿Qué tienes?

—No sé... he venido de prisa...—contesté.

—Pero ¿qué te ha dicho Peter Alejandrowitch?

Guardé silencio.

En aquel momento se oyeron los pasos de Peter Alejandro-witch, y me marché de la habitación.

Esperé dos horas, presa de profunda angustia. Vinieron, por fin, á decirme que Alejandra Mikailowna me llamaba. La encontré silenciosa, preocupada.

Cuando entré me miró con viveza y fijamente, pero en seguida bajó los párpados. Parecía confusa.

Noté que se encontraba en mala disposición de espíritu; habló poco, evitó mirarme y, para eludir la contestación á las preguntas de Buvarov, se quejó de dolor de cabeza. Peter Alejandrowitch hablaba con animación, pero únicamente con Buvarov. Alejandra Mikailowna se acercó distraídamente al piano.

—Cántenos usted algo—me dijo el gran músico.



—Sí, Annetta; canta eso nuevo que sabes—añadió Alejandra Mikailowna.

La miré: me contemplaba con ansiedad.

No pude decidirme; en vez de acercarme al piano y de cantar cualquiera cosa, no me moví de mi sitio, y me negué terminantemente.

—¿Por qué no quieres cantar?—me preguntó Alejandra Mikailowna, mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

Aquellas palabras concluyeron con mi paciencia. Me levanté muy agitada; pero ya sin ocultarlo, y con la voz temblorosa, repetí con arrebató que no quería, que no podía, que me sentía mal. Al hablar así, miré curiosamente y con aire de desafío á todos los que me rodeaban. Dios sabe lo que hubiera dado por encontrarme sola en mi cuarto en aquellos momentos.

Buvarov pareció asombrado. Alejandra Mikailowna, visiblemente contrariada, guardó silencio. Peter Alejandrowitch se levantó de pronto, pretextando que tenía que hacer, y, descontento por haber perdido el tiempo, se retiró en seguida, diciendo que tal vez volvería. Estrechó, sin embargo, la mano de Buvarov en señal de despedida, por si acaso.

—¿Pero qué tiene usted?—me preguntó Buvarov.—La verdad es que parece que está usted enferma.

—Sí, me siento mal, muy mal—respondí con brusquedad.

—Efectivamente, estás pálida. Y hace un momento estabas muy encarnada—observó Alejandra Mikailowna.

—¿Y qué?—dije mirándola fijamente á los ojos.

La pobre mujer no pudo soportar mi mirada; bajó los ojos como una culpable, y se colorearon sus mejillas pálidas.—Le cogí una mano y se la besé. Pareció muy contenta.

—Perdóname el haber sido hoy una niña mala—exclamé profundamente conmovida.—Pero aseguro que me siento mal. Permíteme que me retire.

—Todos somos unos niños—declaró ella con tímida sonri-

sa.—Sí; también yo soy una chiquilla, peor, mucho peor que tú—añadió en voz baja en mi oído.—Adiós, que te alivies. Te ruego que no te enfades conmigo.

—¿Por qué había de enfadarme?—pregunté asombrada por aquella confesión ingenua.

—¿Por qué? ¿Por qué? Porque soy así, Netotchka. No sé lo que digo... Adiós; eres mejor que yo. Eres más inteligente que yo... Soy peor que una niña.

—Bueno, basta—exclamé con emoción.

La volví á besar, y salí apresuradamente de la sala.

Me encontraba á la vez muy irritada y muy triste. Me echaba en cara el ser tan impaciente y saber tan poco dominarme; me dormí, por fin, descontenta de mí misma y llena de inquietud.

Al despertarme por la mañana, recordé en seguida lo ocurrido la víspera: nos habíamos engañado mutuamente; de nada habíamos forjado una historia. Todo lo sucedido debía ponerse á cuenta de nuestra inexperiencia en analizar nuestras impresiones anteriores. Comprendía que lo que me preocupaba era la carta, que excitaba mi imaginación, y resolví no volver á pensar en ella. Ante una solución tan fácil, y convencida de que cumpliría la promesa que me había hecho, marché á la lección muy bien dispuesta. El aire de la mañana refrescaba mis ideas. Me gustaba mucho aquel paseo matinal. A eso de las nueve, la ciudad comenzaba á animarse y tomar su aspecto diario. Por lo general, atravesábamos las calles más animadas. La decoración en que empezaba mi vida artística me entusiasmaba. Pasaba entre los transeuntes de severos y preocupados rostros, con el cuaderno bajo el brazo y con la vieja Natalia á mi lado, preguntándome cuáles podían ser las reflexiones de mi acompañante. Por fin llegaba á casa de mi profesor: era medio italiano medio francés; no se sabía á punto fijo su nacionalidad. A veces se mostraba entusiasta; pero, por lo general, era pedante. Todo me distraía y me hacía reír ó reflexionar. Aunque tímida, la vida de artista me complacía. El

contraste entre la vida cotidiana, llena de menudos cuidados, y el arte á que me dedicaba, me agradaba, me entusiasmaba.

Con la esperanza apasionada de triunfar, hacía castillos en el aire; me forjaba un porvenir magnífico, y á menudo, al volver de la lección, me sentía inflamada por mis fantasías. En una palabra: era casi feliz.

Aquella mañana me encontraba precisamente en dicha disposición de espíritu cuando volví á casa, á las diez. Lo había olvidado todo soñando con magníficos proyectos. De repente, al subir la escalera, me estremecí como si me hubiera quemado algo. Oía la voz de Peter Alejandrowitch, que bajaba. La sensación desagradable que me invadió fué tan fuerte, me volvió con tanta viveza el recuerdo de la noche anterior, que no pude ocultar mi turbación. Le saludé con una ligera inclinación de cabeza, pero mi rostro estaba sin duda expresivo; se detuvo ante mí, asombrado. Al ver aquel movimiento, me puse encarnada y subí apresuradamente. Murmuró él algo que no entendí, y siguió su camino.

No podía comprender lo que experimentaba. Mis ojos se llenaban á cada instante de lágrimas de despecho. Sentía que odiaba al marido de Alejandra Mikailowna, pero al mismo tiempo desesperaba de mí misma. Esta perpetua agitación me ponía seriamente enferma. No era dueña de mí. Estaba irritada contra todo el mundo. Me encerré en mi cuarto.

Alejandra Mikailowna vino á verme. Por poco lanza un grito de espanto cuando me vió. Estaba yo tan pálida, que al mirarme en el espejo me asusté yo misma. Alejandra Mikailowna pasó una hora cuidándome como á una hija.

Pero sus cuidados me entristecían, sus caricias me eran penosas; no tardé en rogarla que me dejara sola. Salió muy asombrada. Por fin, mi tristeza se disipó en un torrente de lágrimas. Por la noche me encontraba mejor.

Me encontraba mejor porque había tomado la resolución de ir á ver á Alejandra Mikailowna, echarme á sus pies, de-

volverle la carta perdida y confesarle todo: mis torturas, mis dudas; quería estrechar con infinita pasión á la pobre mártir, repetirle que era yo su hija, su amiga, que mi corazón se abría ante ella, que debía mirarse y ver todo el ardiente é inquebrantable cariño que por ella atesoraba. Sabía, presentía que era yo el único sér en quien pudiera ella explayar su corazón. Comprendía su pesar, pero mi corazón se llenaba de indignación ante la idea de que pudiera avergonzarse delante de mí... Mi pobre... mi pobre... ¿serás una pecadora?

Esto es lo que quería decirle llorando á sus pies. Experimentaba una inmensa necesidad de justicia, y una especie de delirio guiaba mis resoluciones.

Un azar inesperado impidió esta explicación.

He aquí lo que sucedió:

Al dirigirme á las habitaciones de Alejandra Mikailowna, encontré á Peter Alejandrowitch; pasó ante mí sin verme. Me paré. Era el último á quien hubiese pensado encontrar en semejante momento. Iba á retirarme: la curiosidad me detuvo.

Se paró un momento ante el espejo, se arregló el pelo, y, con gran asombro mío, se puso á tararear una canción. En el mismo instante acudió á mi mente un recuerdo oscuro de mi infancia.

Para comprender la extraña sensación que experimenté, necesito contar ese recuerdo.

En el primer año de mi estancia en aquella casa, un acontecimiento insignificante me produjo una profunda impresión. Y justamente aquel hecho se reproducía en las mismas circunstancias.

Ya he dicho que el aspecto sombrío y reservado de Peter Alejandrowitch me había llamado penosamente la atención desde luego. ¡Cuánto sufrí en las horas transcurridas durante el té de Alejandra Mikailowna, y qué pena sentí al presenciar en varias ocasiones escenas muy frecuentes entre los dos esposos! Recordé que ya una vez le había encontrado, como entonces, en el mismo cuarto, á la misma hora. Nos di-

rigíamos los dos á las habitaciones de Alejandra Mikailowna. Me sentí llena de timidez al verle, y me oculté en un rincón como una culpable. También en aquella ocasión se paró ante el espejo, y me hizo estremecer una sensación indefinible.

Me pareció que cambiaba de cara; por lo menos le vi una sonrisa en el momento de acercarse al espejo. No le conocía esa sonrisa, porque jamás sonreía delante de su mujer. Su rostro se transformó bruscamente en cuanto se vió en el espejo. La sonrisa se trocó en un gesto de pesar. Los labios cambiaron de color. Frunció las cejas, y volvió á ser el hombre desagradable de todos los días. Por último, tras una rápida inspección de su persona, bajó la cabeza con aire abrumado.

Después de esta segunda transformación, se dirigió de puntillas al cuarto de su mujer.

En la ocasión á que aludo, como en la otra remota, se creyó solo al pararse ante el mismo espejo. Cuando le oí tararear (¡cantar él!) quedé estupefacta, con el corazón oprimido. Mis nervios estallaron y lancé una carcajada tal, que él dió un grito, se volvió muy pálido, como un criminal sorprendido en flagrante delito, y me miró lleno de ira. Aquella mirada me trastornó. Seguí riendo nerviosamente. Pasé por delante de él y entré tranquilamente en el gabinete de su mujer. Él se quedó tras el portier, vacilando. Hubiese apostado que no entraría. No entró, en efecto.

Al verme entrar, Alejandra Mikailowna me miró largo rato con aire de profunda estupefacción, y me preguntó qué me había sucedido. No supe qué contestar. Comprendió, por fin, que me encontraba mal, y me examinó con inquietud.

Me apoderé de sus manos y las llené de besos. Comprendí en aquel momento todo el daño que me hubieran hecho mis confesiones, felizmente impedidas por mi encuentro con su marido.

Entró Peter Alejandrowitch.

Le miré. Estaba grave y sombrío como siempre, y parecía no acordarse ya de lo que acababa de pasar. Pero en su pali-

dez, en un ligero temblor de sus labios, comprendí que le costaba trabajo disimular su turbación.

Saludó á su mujer en silencio y con frialdad, y se sentó. Cuando tendió la mano para tomar su taza de té, vi que temblaba. Esperé una explosión.

Se me ocurrió salir, pero no pude decidirme al observar la palidez y el temor de Alejandra Mikailowna. Evidentemente esperaba algo anormal y terrible. Por fin, la tempestad que yo esperaba estalló.

En medio de un profundo silencio, mis ojos se encontraron por casualidad con la mirada de Peter Alejandrowitch fija en mí. Me estremecí y bajé la cabeza. Alejandra Mikailowna observó mi acción.

—¿Qué tiene usted? ¿Por qué se ruboriza?—me preguntó Peter Alejandrowitch con tono seco y brutal.

Guardé silencio; mi corazón latía con tanta fuerza, que no podía pronunciar una palabra.

—¿Por qué se ha puesto encarnada? ¿Por qué se pone siempre así?—añadió él dirigiéndose á su mujer y designándome con una mirada insolente.

La indignación me oprimió la garganta. Dirigí una mirada suplicante á Alejandra Mikailowna.

—Annetta—me dijo ella con voz firme,—vete á tu cuarto. Allí iré yo en seguida. Pasaremos juntas la velada.

—Le he hablado á usted... ¿me ha comprendido?—exclamó Peter Alejandrowitch, como si no hubiese oído á su mujer.—¿Por qué se pone usted encarnada cuando me encuentra? Responda.

—Porque la obligas á ruborizarse y á mí también...—replicó Alejandra Mikailowna con voz entrecortada por la emoción.

Miré con asombro á Alejandra Mikailowna. No comprendí la viveza de su salida.

—¿Que soy yo quien te hace ruborizar? ¿Yo?—exclamó Peter Alejandrowitch y pronunciando con fuerza la palabra *yo*.—

¿Que te pones encarnada por mi causa? Por lo demás, sí, ¡quien tiene que ruborizarse eres tú y no yo! ¿Qué te parece?

¡Qué clara era para mí esta frase! La acompañó una sonrisa tan irónica, y fué dicha con un tono tan rudo, que dí un grito y me precipité á Alejandra Mikailowna.

El asombro, la estupefacción, el reproche, el terror se pintaron alternativamente en el rostro mortalmente pálido de la pobre mujer. Miré á Peter Alejandrowitch juntando las manos en ademán suplicante. Pareció comprender que se había extralimitado. Pero la rabia que le dictó la frase no se había calmado. Sin embargo, mi silencioso ruego le dejó confuso.

Mi gesto le decía claramente que no ignoraba el sentido de sus palabras.

—¡Annetta!, vete á tu cuarto—dijo Alejandra Mikailowna con voz débil, pero segura.—Necesito quedarme sola con Peter Alejandrowitch.

Parecía tranquila, pero temía yo más aquella tranquilidad aparente que una violenta agitación. Hice como si no hubiese oído, y no me moví.

Me esforcé por leer en el rostro de la pobre mujer lo que pasaba en ella. Me pareció que no había comprendido ni mi exclamación ni mi acto.

—Ahí tiene usted lo que ha hecho, señorita—dijo Peter Alejandrowitch cogiéndome las manos y señalándome á su mujer.

¡Dios mío! Nunca había visto una desesperación parecida á la que leí en aquel abatido rostro. Me cogió de la mano y me condujo afuera de la habitación. Les miré por última vez: Alejandra Mikailowna estaba apoyada en la chimenea, y se oprimía la frente con las manos. La torsión de su cuerpo revelaba un espantoso sufrimiento. Estreché fuertemente la mano de Peter Alejandrowitch.

—¡En nombre de Dios, en nombre de Dios!—exclamé con voz convulsa.—¡Piedad!

—No tenga usted cuidado—respondió con acento particular.—Es una crisis. Váyase.

Me eché en el diván de mi cuarto, y me tapé la cara con las manos para estar en la oscuridad. Así estuve tres horas, sufriendo todos los tormentos del infierno. Por fin, no pudiendo contenerme, mandé á pedir permiso para ver á Alejandra Mikailowna. La señora Leotard me trajo la respuesta.

Envióme á decir Peter Alejandrowitch que la crisis había pasado, que no había peligro, pero que el estado de Alejandra Mikailowna exigía un reposo absoluto. Permanecí en pie hasta las tres de la mañana, yendo y viniendo por mi cuarto. Mi situación era más problemática que nunca. Sin embargo, me sentía más tranquila, tal vez porque era la más culpable. Me acosté, esperando el día con impaciencia.

Al día siguiente observé con asombro en Alejandra Mikailowna una inexplicable frialdad hacia mí. Creí al principio que aquel puro y noble corazón experimentaba cierta contrariedad en volverme á ver después de la escena de la que fui testigo involuntario. Sabía que aquella criatura era capaz de avergonzarse ante mí y de excusarse por el escándalo de la víspera. Pero no tardé en encontrar en ella signos de otra preocupación y de un despecho que me mostraba con gran torpeza. Respondíame secamente, ó bien sus palabras tenían un doble sentido ofensivo para mí; y á veces se mostraba tierna y parecía arrepentirse del daño que acababa de hacerme. Le pregunté, por fin, en qué pensaba y si no tenía algo que confiarme. Esta repentina pregunta la turbó; pero en seguida, alzando hacia mí sus ojos grandes y serenos, me contestó con cierta sonrisa:

—Nada, Netotchka. Pero tu pregunta inesperada me ha turbado, porque me la has hecho con demasiada brusquedad. Oye, dime la verdad, hija mía. ¿Tienes algo en el corazón que te perturbase, si te pidiesen de una manera tan inesperada que te explicases?

—No—contesté mirándola con mirada clara.

—Tanto mejor. ¡Si supieses, amiga mía, lo que te agradezco esa grata respuesta! No es que sospeche nada malo. ¡Ja-



más! No me perdonaría el haberlo solamente pensado. Pero oye: te recogí en mi casa cuando eras una niña. Ahora tienes diez y siete años. Tú misma has visto que estoy enferma, que estoy como una niña. Necesito que me cuides. No he podido reemplazar por completo á tu madre, aunque te quiero lo necesario para haber deseado hacerlo. Si ahora me inquieta algo, no es, seguramente, culpa tuya, sino mía. Perdóname, pues, mi pregunta y el no haber podido, á mi pesar, cumplir todas las promesas que te hice, así como á mi padre, al recibirle aquí. Esto me atormenta y me ha atormentado á menudo, amiga mía.

La estreché entre mis brazos, llorando.

—¡Oh! Gracias, gracias por todo—exclamé.—No me hable usted así. Usted ha sido para mí más que una madre. ¡Que Dios la bendiga á usted y al príncipe por lo que han hecho por mí, pobre abandonada! ¡Mi pobre, mi querida madre!

—Anda, Netotchka. Abrázame más fuerte, más fuerte todavía, más. ¿Sabes que me parece que te abrazo así por última vez?

—¡No, no!—exclamé sollozando.—¡No, eso no será! Será usted feliz... Todavía lucirán buenos días para usted. Créame, seremos dichosas.

—Gracias, gracias, por quererme tanto. Hay tan poco corazón á mi alrededor... Todo el mundo me ha abandonado.

—¿Quién te ha abandonado? ¿Quién?

—Hubo un tiempo en que estaba muy atendida. Tú no sabes, Netotchka. Todos me han abandonado. Todos han desaparecido como fantasmas. Y yo he esperado siempre que volverían, he esperado toda mi vida. ¡Que Dios los perdone! Mira, Netotchka, el otoño está ya muy avanzado. La nieve va á llegar: moriré entonces. Sí, pero no lo siento. Adiós.

Su rostro estaba horriblemente pálido y tirante; en cada una de sus mejillas veíase una roseta de mal presagio; sus labios, marchitos, desecados por una fiebre devoradora, temblaban constantemente, como agitados por el postrer estremecimiento.

E. M.—Abril 1906.

Se acercó al piano y tocó unos acordes. En aquel instante se rompió una cuerda, y el són expiró lentamente, como un suspiro desesperado.

—¿Has oído, Netotchka, has oído?—dijo de repente Alejandra Mikailowna con inspirado acento, mostrándome el piano.—Esta cuerda estaba demasiado tendida: ha muerto. Escucha cómo su voz expira lastimosamente.

Hablaba con dificultad. Sus dolores íntimos se reflejaban en su rostro, y sus ojos se velaban de lágrimas.

—Pero dejemos esto, Netotchka, amiga mía; dejemos esto. Vé á buscar á mis nenes.

Fuí á buscarlos. Mirándoles, pareció serenarse. Al cabo de una hora les dejó marchar.

—Cuando muera, no los abandonarás, ¿verdad, Annetta?—me dijo en voz baja, como si temiera ser oída.

—No diga usted esas cosas: me acongoja usted—la contesté, sin fuerza apenas para articular estas cuantas sílabas.

—Era en broma—me dijo, sonriendo, tras un silencio;—no lo tomes en serio. ¿No sabes que á veces hablo Dios sabe cómo? Soy una niña: hay que perdonarme todo.

Me miraba tímidamente. Se hubiese dicho que tenía que hacerme alguna penosa confidencia. Esperé.

—Ten mucho cuidado de no asustarle—dijo de pronto, poniéndose encarnada y con voz tan baja que apenas la oí.

—¿A quién?—pregunté con asombro.

—A mi marido. Tal vez se lo irás á decir todo.

—¡Cómo! ¿Por qué?—dije, en el colmo del asombro.

—También puede ser que no le digas nada: ¿quién sabe?—contestó, tratando de mirarme lo más maliciosamente posible, aunque su sonrisa cándida permaneciese en sus labios y se pusiera cada vez más encarnada.—No hablemos más de esto. Es una broma.

Mi corazón experimentaba una sensación dolorosísima.

—Pero oye—añadió; y su rostro se puso serio y misterio-

so:—¿les querrás, no es verdad, cuando haya muerto? Les querrás como si fueran tus propios hijos, ¿no es así? Acuérdate de que te he querido siempre como á uno de mi familia, que no te he separado de los míos.

—¡Sí, sí!—respondí sofocada por el esfuerzo que hacía para contener mis lágrimas, y sin saber lo que decía.

Un ardiente beso quemó mi mano antes de que hubiera tenido tiempo para retirarla. La estupefacción me cortó la palabra.

—¿Qué tiene?—pensé.—¿En qué piensa? ¿Qué ocurrió aye-entre ellos?

Inmediatamente se quejó de una gran laxitud.

—Hace mucho tiempo que estoy enferma—me dijo,—pero no quería asustaros. Me queréis tanto... Ahora déjame; hasta luego, Netotchka. Pero no dejes de venir esta noche. ¿Ven drás?

Lo prometí. Tenía prisa por salir: no hubiera podido con- tener mis lágrimas por más tiempo.

—¡Pobre, oh pobre mujer!—exclamé sollozando.—¡Qué sospechas te acompañan á la tumba! ¡Qué nuevo pesar martiriza tu corazón! Ni te atreves á hablar de él... ¡Dios mío! ¡Quién podría explicar ese prolongado sufrimiento que me acaba de confesar, esa vida sin luz y ese amor tímido que no se ha atrevido nunca á pensar nada! Aun ahora mismo, ahora, casi en su lecho de muerte, con el corazón lleno de angustia, está ahí, como una culpable, evitando el menor ruido, prohibiéndose toda queja é imaginándose, inventándose un dolor nuevo, para someterse, para resignarse á él...

Al atardecer, aprovechando la ausencia de Ovroff (el enviado de Moscou), entré en la biblioteca; abrí un armario, y me puse á elegir un libro para leer en alta voz á Alejandra Mikailowna. Quería, para quitarla sus negras ideas, algo ligero...

Busqué largo rato, distraídamente. A medida que aumentaban las sombras, mi tristeza se hacía más abrumadora... Me

encontré en la mano el mismo libro, abierto por la misma página en donde estaba la carta que no se apartaba de mi memoria, la misteriosa carta que había partido mi vida en dos partes, terminando la una y empezando la otra.

¡Cuánto me había perturbado el corazón! ¡Qué mundo de desconocida desolación me había revelado!

—¿Qué va á suceder?—pensé.—El rincón en que he sido feliz va á serme extraño. El espíritu puro y sereno que protegía mi juventud me abandona. ¿Qué es lo que me espera en el porvenir?...

Y me puse á pensar en aquel pasado que me era grato y en aquel terrible porvenir que trataba de adivinar... Recuerdo aquel instante como si lo viviese en este mismo momento: de tal manera se quedó grabado en mi memoria.

Continuaba con el libro abierto por el sitio de la carta, y mi rostro estaba bañado de lágrimas. De repente me estremecí de terror. Oí detrás de mí *la voz demasiado conocida*, y sentí, al mismo tiempo, que me arrebatában la carta. Dí un grito y me volví. Peter Alejandrowitch me cogió y me apretó fuertemente un brazo para que no me moviera. Con la mano derecha acercaba la carta á la luz y se esforzaba por descifrar las primeras líneas... Me puse á gritar. Hubiera preferido la muerte antes que dejarle aquella carta. Veía en su sonrisa triunfante que había conseguido leer las primeras líneas, y me desesperaba... Transcurrió un minuto; de pronto, sin saber lo que hacía, me arrojé sobre él y le arranqué la carta. Todo esto había sido tan precipitado, que ni yo misma me explicaba cómo me encontraba de nuevo en posesión del fatal papel. Viendo que quería volvérmelo á quitar, lo guardé en mi pecho y retrocedí tres pasos. Durante medio minuto nos miramos sin hablar. Por fin, lívido, con los labios temblorosos y azulados por la cólera, fué el primero en romper el silencio.

—Vaya—dijo con voz ahogada por la ira y la emoción,—supongo que no querrá usted que emplee la fuerza. Entrégue-me esa carta.

Me repuse. La repugnancia contra aquella violencia, la indignación, la vergüenza me sofocaban.

Lágrimas ardientes corrían por mis mejillas. Mi agitación era tan violenta, que tardé en poder contestar.

—¿Ha oído usted?—dijo él dando un paso hacia mí.

—¡Déjeme, déjeme!—exclamé.—Se ha conducido usted con bajeza, innoblemente... Déjeme usted pasar.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto? ¿Cómo se atreve usted á emplear ese tono después de...? ¡Entrégueme esa carta, le digo!

Dió otro paso. Pero él mismo leyó en mis ojos una decisión tan firme, que se contuvo y tomó tiempo para reflexionar.

—Está bien—dijo por fin, como si hubiese tomado un partido. Pero se veía que se contenía á duras penas.—Todo se andará—añadió,—y por de pronto...

Miró en rededor.

—¿Quién la ha dejado entrar en la biblioteca? ¿Por qué está abierto el armario? ¿En dónde ha cogido usted la llave?

—No le responderé, no quiero hablarle. Déjeme.

Y me dirigí hacia la puerta.

—Permítame—dijo cogiéndome una mano:—no saldrá usted así.

Desprendí silenciosamente mi mano é hice un nuevo movimiento hacia la puerta.

—Bueno, perfectamente; pero no puedo permitir á usted que reciba las cartas de sus amantes en mi casa.

Lancé un grito de horror.

—Por consiguiente...—añadió.

—¡No siga!—exclamé.—¿Cómo puede usted decirme...? ¡Dios mío, Dios mío!

—¿Qué? ¿qué es esto? ¿Me amenaza usted otra vez?

Le miré, pálida, con la muerte en el corazón. No me explicaba cómo aquella espantosa escena había podido alcanzar tan pronto un grado tal de intensidad. Le supliqué con la mirada que no continuase. Estaba dispuesta á perdonarle la

ofensa, con tal de que no siguiese. Me miró fijamente y pareció vacilar.

—No me haga usted perder el juicio—le dije en voz baja.

—No, hay que acabar—dijo con tono decidido.—La confieso—añadió con sonrisa extraña—que al pronto me ha hecho vacilar su mirada. Por desgracia, el asunto es demasiado claro. He podido leer el principio de la carta: es una carta de amor; no me hará usted creer lo contrario; que se la quite eso de la cabeza. Si he vacilado, esto prueba solamente que á todos sus talentos hay que añadir el de representar bien una comedia. Por consiguiente, la repito...

A medida que hablaba, el furor descomponía su rostro. Se ponía cada vez más lívido. No pudo sino balbucear las últimas palabras.

Hacíase noche. Yo estaba sin defensa, sola, ante un hombre capaz de ultrajar á una mujer. Por lo demás, todas las pruebas estaban contra mí. Me moría de vergüenza, me sentía perdida; pero no podía comprender el furor de aquel hombre. Sin contestarle, loca de terror, salí de la habitación y llegué, sin saber cómo, hasta la puerta del gabinete de Alejandra Mikailowna. En aquel momento oí los pasos de Peter Alejandrowitch, y quise entrar para librarme de él; pero me paré en seco.

¿Qué va á ser de ella?, pensé. ¡Esta carta!... No; todo antes que este último golpe sobre su corazón... Y retrocedí; pero ya era tarde: él estaba á mi lado.

—Vamos adonde usted quiera, pero no aquí—le dije en voz baja y cogiéndole una mano.—Evítela usted esto. Vamos á la biblioteca ó adonde se le antoje... La mataría usted.

—Usted es quien la mata—respondió rechazándome.

Todas mis esperanzas se desvanecieron. Comprendí que precisamente quería continuar la escena ante Alejandra Mikailowna.

—¡Por Dios!—le dije una vez más, conteniéndole con todas mis fuerzas... Pero se alzó el tapiz y apareció ella. Nos

miró con estupor. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Sosteníase trabajosamente en pie. Se veía que había hecho un gran esfuerzo para llegar hasta nosotros cuando oyó mi voz.

—¿Qué hay? ¿de qué hablabais?—preguntó examinándonos con una especie de vago temor.

Hubo un silencio de algunos instantes. Ella palideció más. La estreché con fuerza entre mis brazos, y la llevé al fondo del gabinete. Él nos siguió. Escondí el rostro en el pecho de Alejandra, y la estreché más fuertemente.

—¿Qué tienes? ¿Qué tenéis?—preguntó por segunda vez.

—Ruégale que te lo diga... Ayer mismo le prohibiste...—dijo Peter Alejandrowitch, sentándose pesadamente en una butaca.

—Pero ¿qué hay?—dijo Alejandra, aterrorizada.—Tú estás irritado, ella está asustada, llora... Annetta, dime todo lo que ha pasado entre vosotros.

—No; permíteme antes—dijo Peter Alejandrowitch adelantándose y separándose de Alejandra Mikailowna.—Permanezca usted ahí—añadió, indicándome el medio de la habitación.—Quiero que la que la ha servido de madre la juzgue. Y tú tranquilízate, siéntate—dijo á su mujer, conduciéndola á una butaca.—Me es penoso no poder dispensarte de una explicación desagradable, pero necesaria.

—¡Dios mío! ¿Qué va á suceder?—dijo Alejandra Mikailowna mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

Me retorció las manos en espera del minuto fatal. Sabía que no me perdonaría.

—En una palabra—dijo Peter Alejandrowitch,—vas á juzgar conmigo. Hace tiempo que, no sé por qué, se te ocurrió una idea... Ayer mismo... La verdad es que no sé cómo expresarme, porque tus suposiciones me avergüenzan. En una palabra: la defendías, te ponías contra mí, me censurabas una severidad fuera de lugar, y hasta aludías á *otro sentimiento* que podía ser la causa de esa severidad fuera de lugar. Tú... No comprendo por qué no puedo hacerme superior á... Me sonrojo al pensar en

tus suposiciones. ¿Por qué no he de decir abiertamente delante de ella? En una palabra, tú...

—¡Oh! No dirás eso, no lo dirás—dijo, interrumpiendo, Alejandra Mikailowna, en el colmo de la inquietud y roja de vergüenza.—No digas. Todo ha sido una invención mía; pero ya no tengo sospechas, ni una sola. Perdóname, estoy enferma. Hay que perdonarme y no decir eso, no... Annetta—añadió, dirigiéndose á mí,—Annetta, vete; estaba de broma, y la única culpable soy yo.

—En una palabra, estabas celosa de ella por mí—dijo Peter Alejandrowitch, lanzando sin piedad la frase.

Alejandra dió un grito, y se agarró al sofá casi desfallecida.

—Dios te perdone — murmuró. — Perdóname, Netotchka; perdónanos. Yo soy la primera culpable; estaba enferma, yo...

—Esto es una tiranía vergonzosa, la más vil—grité fuera de mí, y comprendiendo por qué quería humillarme tanto á los ojos de su mujer.—Esto es indigno, caballero; usted...

—¡Annetta!—imploró Alejandra Mikailowna cogiéndome las manos.

—¡Comedia, y nada más que comedia!—dijo Peter Alejandrowitch adelantándose hacia nosotras con extraordinaria agitación. — Comedia te digo—añadió, mirando á su mujer fijamente y con cruel sonrisa,—y la engañada en esta comedia eres tú. Créeme—añadió, tartamudeando de rabia y designándome con la mirada.—No somos tan inocentes que nos ofendamos, nos ruboricemos y nos tapemos los oídos cuando se habla de ciertas cosas. Perdona mi manera sencilla, franca y tal vez brutal de expresarme, pero es preciso. ¿Estás segura de la buena conducta de esta... señorita?

—¡Dios mío! Pero ¿qué dices?—exclamó Alejandra Mikailowna como petrificada por el asombro.

—Nada de escenas, te lo ruego—dijo Peter Alejandrowitch con desdén:—no me gustan. El asunto que nos ocupa no puede ser más vulgar. Te pido informes sobre la conducta de esta señorita. ¿Sabes...?



Pero no le dejé concluir. Le cogí de una mano y le llevé rápidamente aparte. Un momento más, y todo estaba perdido.

—No hable usted de la carta—dije apresuradamente en voz baja.—La mataría usted instantáneamente. Las censuras que me dirigiese usted la herirían á ella. No puede juzgarme, porque lo sé todo... ¿Comprende usted? lo sé *todo*.

Miróme fijamente con ardorosa curiosidad, y pareció confuso. Se le subió la sangre á la cara.

—Lo sé *todo, todo*—repetí.

Vacilaba aún; flotaba una pregunta en sus labios: me adelanté.

—Diré lo que ha pasado—dije en alta voz y dirigiéndome á Alejandra Mikailowna, que nos examinaba con creciente inquietud.—Yo soy la culpable. La estoy engañando desde hace cuatro años. Cogí la llave de la biblioteca, y hace cuatro años que leo libros á escondidas. Peter Alejandrowitch me ha sorprendido con un libro que no debía tener en mis manos. Temblando por mí, ha exagerado el mal á los ojos de usted... No me definiendo—me apresuré á añadir, al ver una sonrisa en los labios de Peter Alejandrowitch.—Repito que soy culpable. La tentación era demasiado fuerte; y como ya me han reñido por la misma falta, tenía vergüenza en confesarla... He aquí, poco más ó menos, todo lo que ha sucedido.

—¡Oh, oh, qué de prisa va usted!—me dijo en voz baja Peter Alejandrowitch.

Alejandra Mikailowna me escuchaba con profunda atención. Su rostro acusaba una evidente desconfianza. Nos miraba alternativamente á su marido y á mí. Hubo un silencio. Me costaba trabajo respirar. Ella inclinó la cabeza, se tapó los ojos para meditar mejor, para pesar mejor cada una de las palabras que yo había dicho. Alzó por fin la cabeza y me miró largo rato.

—Netotchka, hija mía—dijo,—sé que eres incapaz de mentir. ¿Es eso todo? ¿absolutamente todo?

—Todo—contesté.

—¿Es realmente todo?—preguntó á su marido.

—Sí, todo—respondió con esfuerzo.

Respiré.

—¿Me das tu palabra, Netotchka?

—Sí—contesté con firmeza. Pero no pude por menos de lanzar una mirada á Peter Alejandrowitch. Se rió al oirme dar la palabra, me sonrojé, y mi confusión fué notada por la pobre Mikailowna. Un profundo pesar se pintó en su rostro.

—Bueno—dijo tristemente,—te creo, no puedo no creerte.

—Y espero que tales testimonios basten—replicó Peter Alejandrowitch.—¿Qué más quieres?

Alejandra Mikailowna calló. La escena era cada vez más penosa.

—Y ¿qué libro leía?—preguntó.

—¿Qué libro? Contesté usted misma—me dijo él.—Usted sabe mejor que yo *explicar* el *asunto*—añadió con intención burlona en cada una de sus palabras.

No encontré una palabra que responder.

Alejandra Mikailowna enrojeció de nuevo y bajó los ojos. Hubo un largo silencio.

—No sé lo que hay entre vosotros—dijo por fin Alejandra Mikailowna hablando con visible timidez;—pero si no hay más *que eso*—añadió esforzándose en dar un sentido particular á sus palabras y en evitar la mirada de su marido,—si no hay más *que eso*, no sé por qué nos violentamos. Yo soy la más culpable. He descuidado su educación, y tengo que responder de ello. Pero el peligro ha pasado. Mírala, Peter Alejandrowitch, mírala y dime cuáles han sido las consecuencias de su imprudencia. Conozco á mi hija, á mi querida hija, y sé que su corazón es puro y noble. Vamos, que se acabe todo esto. Probablemente hay algo más, que me ocultáis, en el fondo de vuestra tristeza. Es una nube, una tempestad peligrosa. Apartémosla por el amor, por la buena inteligencia, y nada de sospechas, ¿verdad? Había tal vez más de una entre nosotros, y yo soy la primera en confesarlo, porque en mí tam-

bién empezaron á nacer. Disimulaba con vosotros, y ¡sabe Dios los pensamientos que pasaban por mi cerebro! Pero... puesto que ya hemos aclarado todo, perdonadme los dos... porque, al fin y al cabo, mis sospechas carecían en el fondo de gravedad real.

Miró tímidamente á su marido, esperando con ansiedad su respuesta. Por fin, tras una pausa insoportable, dijo él, después de lanzar una carcajada insultante:

—Te compadezco. Has asumido un papel superior á tus fuerzas. ¿Qué quieres? ¿Una respuesta? Tus palabras ocultan mal las nuevas sospechas concebidas, ó más bien esa antigua desconfianza que no te permitirá comprender mi respuesta. En ella todo es perdonable, incluso el haber leído libros criminales, cuya inmoralidad me parece, sin embargo, que ya ha dado sus frutos; en fin, respondes de ella. Mientras tanto, te quedas con tus sospechas, y sé á qué secreto motivo atribuyes mis investigaciones. Ayer mismo observabas—te ruego que no me interrumpas, me gustan las situaciones claras;—observabas ayer, digo, que en ciertas personas (recuerdo que, según tú, esas personas son de ordinario correctas, severas, rectas, discretas, fuertes, y no sé con cuántos calificativos más las honraste en tu acceso de generosidad); que en ciertas personas, repito, el amor (y Dios sabe por qué se te ocurrió hablar de amor) ha de ser profundo, violento, arrebatado, con mezcla de desconfianza, y que se traduce por importunidades. No recuerdo si son exactamente éstos los términos que empleaste... Te ruego que no me detengas; conozco bien á tu discípula; puede oírlo todo, todo; te lo repito por la centésima vez: todo. Te has engañado. Pero ¿por qué quieres que sea yo precisamente el individuo en cuestión? ¿Por qué quieres presentarme como un bufón? ¿Querer yo á esta señorita? Vamos, esas ya no son cosas de mi edad. Y además, señora, *conozco mis deberes*: por grande que pudiera ser la generosidad del perdón que me ofrecieses, mantengo que *los delitos son siempre delitos, que un pecado continúa siendo un pecado, vergonzoso, detestable, inno-*

*ble, por mucho que se le eleve. Pero dejemos esto, y que no vuelva á oír hablar de semejantes indignidades.*

Alejandra Mikailowna lloraba.

—Abrúmame, que todo caiga sobre mí—le dijo teniéndome abrazada.—Despréciame por mis sospechas, sea; ya te has burlado cruelmente de ellas... Pero tú, pobre hija mía, ¿por qué estás condenada á escuchar tales ofensas sin que pueda preservarte de ellas? ¡Que no tenga yo un poco de fuerza, Dios mío! No puedo callarme, caballero. Es superior á mi voluntad... Tu conducta es loca...

—Cállese usted, cállese—le dije en voz baja, esforzándome en calmar su indignación. Temía que exasperase á su marido; temblaba por ella.

—Pero, mujer ciega—exclamó él,—no sabes nada, no ves nada...

Se detuvo un instante, y después, de pronto, arrancando mis manos de las de Alejandra Mikailowna, me dijo:

—¡Quítese usted! No permito que se acerque á mi mujer. La mancha usted. La ultraja con su presencia... Pero... ¿qué es lo que me obliga á callar cuando es indispensable que hable? Hablaré, lo diré todo. Ignoro qué es lo que *sabe* usted, y con qué ha querido amenazarme, y no deseo saberlo. Escucha—añadió dirigiéndose á su mujer,—escucha...

—¡Silencio!—supliqué adelantándome,—¡silencio! ¡ni una palabra!

—Escucha...

—Ni una palabra, en nombre de...

—¿En nombre de qué, señorita?—exclamó interrumpiéndome y mirándome con energía.—¿En nombre de qué?... Entérate de que he sorprendido en sus manos una carta de amor. He aquí lo que sucede en nuestra casa. Eso es lo que ocurre á nuestro lado. Eso es lo que no has sabido ver.

Apenas podía sostenerme en pie. Alejandra Mikailowna se puso pálida como una muerta.

—Eso no puede ser—balbuceó.

—He visto la carta, la he tenido en la mano, he leído las primeras líneas, y no me engaño. Es la carta de un amante. Me la arrancó de las manos. La tiene ahora consigo. Esto es lo cierto, lo indiscutible. ¿Dudas todavía? ¡Mírala!

—¡Netotchka!—exclamó ella.—Pero no, no hables; ya sé lo que es... ¡Dios mío, Dios mío!

Se echó á llorar, tapándose la cara con las manos.

—No, eso no puede ser—exclamó de nuevo;—te has engañado. Vamos, Netotchka, tú no puedes mentir, no mentirás; dímelo todo, sin ocultarme nada. Se ha engañado, ¿no es verdad? Ha visto mal, es ciego... ¿No es así? Dímelo todo, Annetta, hija mía.

Oí la voz de Peter Alejandrowitch.

—Conteste, conteste pronto: ¿he visto ó no la carta?

—Sí—respondí sofocada por la emoción.

—¿Es una carta de un amante?

—Sí.

—¿Con el que mantiene usted relaciones?

—¡Sí, sí, sí!—dije sin saber lo que decía, decidida á contestar afirmativamente á todas las preguntas para concluir.

—¿Lo has oído? ¿Qué dices ahora? Créeme, alma bondadosa, corazón demasiado crédulo—dijo Peter Alejandrowitch cogiendo la mano de su mujer,—créeme, y renuncia á las ilusiones de la imaginación enferma. Ya ves lo que es esta... señorita. He querido solamente demostrarte lo mal fundadas de tus sospechas. Sabía todo esto desde hacía mucho tiempo, y me alegro de haberla desenmascarado ante ti. Me era penoso verla á tu lado, en tus brazos, en nuestra mesa, en nuestra casa, en fin. Tu ceguedad me sublevaba. Por esto, solamente por esto la estudié, la espí. ¡Sabe Dios las sospechas que te ha sugerido el interés con que la observaba! Ahora la situación es clara, ya no hay equívoco posible; y mañana, señorita—añadió, dirigiéndose á mí,—mañana mismo saldrá usted de esta casa.

—¡Basta!—dijo Alejandra Mikailowna levantándose.—No creo en nada de eso. No me mires de esa manera, no te burles

de mí. A ti mismo quiero juzgarte. Annetta, hija, ven aquí, dame la mano, así. Todos somos culpables...—Las lágrimas hacían temblar su voz, y miraba á su marido con una particular expresión de sumisión.—¿Quién de nosotros tiene derecho á rechazar una mano cualquiera? Dame tu mano, querida mía; valgo menos que tú, soy menos virtuosa. Tu presencia no puede ofenderme; también yo soy una *pecadora*...

—¡Señora!—exclamó Peter Alejandrowitch, asombrado y furioso,—repórtate: olvidas...

—No olvido nada. No me interrumpas, déjame hablar. Has visto en sus manos una carta, hasta la has leído. Dices, y ella ha... confesado que la carta es de su amado. ¿Pero prueba esto que sea culpable?... ¿Te autoriza el caso para tratarla de esa manera, para ultrajarla en presencia de tu mujer, sí, en presencia de tu mujer? ¿Lo has pensado bien?

—Todavía voy á tener que pedirte perdón. ¿Es esto lo que quieres?... Pierdo la paciencia. ¿Sabes de quién hablas? ¿Sabes lo que te dices? La cosa está bien clara, sin embargo...

—No lo has visto todo: la cólera y el orgullo te ciegan. No sabes lo que defiendes. No defiendes el vicio. ¿Eres capaz de razonar? Verías más claro si reflexionases. ¿No has pensado que tal vez no es todavía más que una niña inocente? No, no defiendes el vicio, y me apresuro á decírtelo si te agrada. Si fuese ella esposa y madre, y hubiera olvidado sus deberes, estaría contigo... Ya ves que no he perdido el juicio... ¿Pero y si recibió esa carta sin conocer el mal? ¿Y si fué arrastrada por un sentimiento instintivo, sin nadie que la contuviera? ¿Y si yo soy la única culpable por no haber cuidado bastante de su corazón? ¿Y si esa carta fuese la primera? ¡Habrás ultrajado con tus groseras sospechas su delicadeza virginal, habrás manchado su imaginación con tus cínicos comentarios! No has sabido ver, como yo lo veo ahora, brillar el pudor en su rostro, puro como la inocencia, cuando atónita, aterrada, respondió con una confesión á todas tus inhumanas preguntas... Sí, es inhumano, es cruel, no te reconozco. No te lo perdonaré nunca, nunca...

—Sí, perdóneme usted, perdóneme —exclamé, estrechándola en mis brazos,—perdóneme, no me eche usted...

Caí de rodillas ante ella.

—Si no hubiera estado á su lado —continuó diciendo con voz ahogada,—tal vez la hubieses aterrado con tus palabras, y la pobre niña se habría convencido de su culpabilidad; hubieras turbado su conciencia, destruído la paz de su corazón... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Querías echarla de casa! Pero ¿sabes con quién se hace eso? Sepa usted que si ella se marcha, nos marcharemos juntas, me marcharé yo también, téngalo entendido, caballero.

Sus ojos lanzaban relámpagos, su pecho se agitaba convulsivamente, su excitación había llegado al paroxismo.

—Está bien; lo he oído, señora —dijo Peter Alejandrowitch. —Basta. Sí; ya sé que hay pasiones platónicas, y lo sé á mi costa, señora, á mi costa. Pero yo no puedo vivir en compañía de esos vicios dorados, no los entiendo. ¡Fuera esas cosas!... Y si se siente usted culpable, si sabe usted de algo que la concierne (no debería tener necesidad de recordárselo, señora), y si le agrada dejar mi casa..., únicamente he de decirle, he de recordarle que es lástima que no realizase ese proyecto cuando era tiempo, verdaderamente tiempo, hace algunos años de esto... Si lo ha olvidado, se lo recuerdo...

Miré á Alejandra Mikailowna. Desfallecía y se agarraba á mí, aniquilada. Si su marido hubiera pronunciado una palabra más, hubiese ella expirado en el acto.

—¡Por piedad, no siga usted! —exclamé, poniéndome de rodillas ante Peter Alejandrowitch, olvidando que así me vendía. Lo noté demasiado tarde. Un débil grito respondió á mis palabras, y la desgraciada cayó inanimada al suelo.

—Ha concluído —dije.—La ha matado usted. ¡Llame, sálvela! Le espero en su despacho, necesito hablarle, le contaré todo...

—Pero ¿el qué, el qué?

—Luego.

Los cuidados más solícitos no produjeron efecto alguno en Alejandra Mikailowna. Vino el médico... Declaró que todo había terminado.

Dos horas después, entré en el despacho de Peter Alexandrowitch. Estaba pálido, desfigurado; paseaba agitado, y se mordía los dedos hasta hacerse sangre. Nunca le había visto así...

—¿Y qué?—me preguntó con voz ruda y brutal.—¿Qué tiene usted que decirme? ¿Qué tiene usted que hablarme?

—Aquí está la carta. ¿La reconoce usted?

—Sí.

—Tómela.

La llevó á la luz. Le observé atentamente. No tardó en buscar la firma. Vi que se le subía la sangre al rostro.

—¿Qué es esto?—murmuró estupefacto.

—Hace tres años que encontré esa carta en un libro. Pensé que estaba allí olvidada, la leí, y me enteré de todo. Desde entonces la conservé, sin saber á quién devolverla. ¿A ella? No podía. ¿A usted? Usted estaba evidentemente al tanto de toda esa triste historia... ¿Por qué disimulaba usted? No sé; es esto un secreto para mí. No puedo penetrar en su alma oscura... Quería usted sin duda conservar un medio para tiranizarla, y lo ha conseguido. ¿Pero con qué fin? ¿Para triunfar de un fantasma? ¿Para perturbar la imaginación debilitada de una enferma? ¿Para probarla que se engañaba y que usted era más puro que ella? También lo ha logrado usted. Sus últimas sospechas, esa idea fija de un espíritu que se extinguía, eran la suprema queja de un corazón roto por el juicio único del mundo con el que se unió usted contra ella, ¡hombre orgulloso, egoísta, celoso, implacable! Adiós, y nada de explicaciones. Pero tenga cuidado, lo sé todo; no olvide usted que lo he visto todo.

Diciendo esto, volví á mi cuarto, sin saber bien lo que hacía.

.....



Dos años después, gracias á un trabajo encarnizado y á la protección del príncipe X\*\*\*, conseguí entrar en la Gran Opera de Petersburgo y obtuve los más halagadores triunfos desde el principio de mi carrera.

No volví á ver nunca á Katia. A los seis meses de los terribles acontecimientos que acabo de relatar, se casó con un cónsul, y desde entonces vive constantemente en el extranjero.

DOSTOIEWSKY

# CRÓNICA LITERARIA

Don José María de Pereda.

La muerte impone el asunto de esta crónica. No hay razón alguna para que yo pueda decir cosas nuevas acerca del eximio novelista D. José María de Pereda, fallecido el 1.º de Marzo último en su casa de Polanco (Santander), donde ordinariamente residía. No tuve con él amistad ni esa compenetración espiritual de ideas que ayuda á veces á interpretar la obra de un escritor, haciendo que la sienta más intensamente quien se halla con él en esa relación de simpatía. Lo cual no quiere decir que yo dejase de admirar las obras del célebre escritor santanderino, ni me deleitase menos que la generalidad del público con la lectura de ellas.

Pereda ha sido juzgado por autoridades literarias como Menéndez Pelayo (prólogo á las obras completas de Pereda), la Sra. Pardo Bazán (*La cuestión palpitante*), Galdós (contestación al discurso de ingreso en la Academia y prólogo de *El sabor de la tierruca*), el P. Blanco García (*Historia de la Literatura española en el siglo XIX*) y otros críticos notables. Aunque su personalidad y su obra no sean un asunto completamente agotado, lo principal que había que decir sobre Pereda está dicho, y dicho excelentemente. Es lo probable que la historia literaria tenga poco que enmendar en la apreciación general de las cualidades de dicho escritor que hicieron sus contemporáneos. Las apreciará poniendo en el juicio mayor ó menor grado de alabanza y entusiasmo; pero el concepto general de

las tendencias de Pereda, de su temperamento artístico y de los caracteres y condiciones principales de sus obras, no parece llamado á experimentar en lo futuro grandes modificaciones. Lo que aquí va á decirse será, pues, en gran parte, repetición de cosas sabidas por los que conocen la obra literaria de Pereda, y se escribe sin otro fin que el de honrar la memoria de un escritor justamente famoso y el de recordar sucintamente su vida y obras á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, especialmente á los extranjeros, que es racional pensar que han de estar menos enterados que los españoles, puesto que entre nosotros ha sido el autor de *La Puchera* uno de los novelistas de más público, un escritor relativamente popular. Digo relativamente, porque el pueblo lee poquísimos, y menos literatura culta. Los escritores que llamamos populares lo son entre una clase de lectores que no es estrictamente pueblo: son, en suma, escritores bastante leídos entre personas de alguna educación literaria, generalmente de la clase media.

Pereda ha muerto anciano. Había nacido en Polanco el año 34. Tenía, pues, más de setenta años. Entre sus obras figuran algunos escritos que tienen algo de autobiográficos, como las *Reminiscencias* y *Más reminiscencias*, que forman parte de sus *Esbozos y rasguños*. En ellos ha conservado el autor recuerdos de su infancia, descripciones del viejo Santander, en que pasó su niñez, y hasta la silueta del terrible dómine D. Bernabé, que, al practicar la máxima pedagógica *la letra con sangre entra*, no hacía nada desusado entonces. Estudió, pues, Pereda la primera enseñanza en Santander, y vino á Madrid á cursar Matemáticas, para dedicarse, según unos, á la carrera de ingeniero civil; con ánimo, dicen otros, de prepararse á ingresar en la Academia de Artillería. El hecho es que no llegaron á término estos estudios, y que Pereda se volvió á su tierra, donde ha pasado la mayor parte de su vida, pues era hombre apegadísimo al suelo natal y que sentía cierta prevención hostil hacia la vida cortesana. Tal vez no eran ajenas á estas preferencias suyas sus ideas profundamente tradicionalistas, que

habían de encontrar ambiente más propicio en la Montaña, y especialmente en la aldea, que no en Madrid. En la capital estuvo pocas veces Pereda, y con intervalo de muchos años entre ellas, siendo esto causa de que su ingreso en la Academia Española se retrasara mucho, pues tardaron bastante los académicos en relajar en obsequio de escritor tan peregrino el precepto que impone la residencia.

Pereda era, como digo antes, un espíritu profundamente tradicionalista. Lo fué en religión y en política y también en arte, pues aunque Galdós le califica de revolucionario por haber introducido la naturalidad en el habla de los personajes novelescos, esto era al cabo un retorno á la tradición castiza. Cervantes no recata, ciertamente, ni aun las deformidades y barbarismos del habla rústica, que convierte, al ponerlos en boca de Sancho, en fuente de chanzas y donaires. Hombre de arraigada fe en sus creencias, Pereda fué batallador é intransigente. En el discurso de contestación al de ingreso de Pereda en la Academia, refiere Pérez Galdós, unido á él por estrecha amistad de muchos años, las disputas que sostenían con motivo de su diferencia de ideas, y dice que en discusiones tales antes conquistaba Pereda extensas zonas de terreno espiritual á su contrario que éste á él algunas pulgadas, porque lo que en Galdós eran *opiniones* eran en Pereda *creencias*, distinción psicológica aguda y luminosa. Varias de las obras de Pereda tuvieron una clara tendencia de combate contra lo que él juzgaba errores modernos, y en todas ó casi todas se revela francamente su manera de pensar, aunque en las más acabadas la expresión de la belleza se sobrepone á cualquier otro género de cuidados ó intenciones.

Pereda fué muy poco tiempo político militante. Elegido diputado por Cabuérniga en 1871, después de haberse distinguido como periodista en *La Abeja Montañesa*, *El Tío Cayetano*, *El Atlántico* y otros periódicos, figuró en la minoría carlista que dirigía D. Cándido Nocedal; pero la literatura, hacia la cual le atraía su vocación, le apartó pronto de esta

otra palestra, por la cual pasó como observador y satírico más que como combatiente.

Rico por su casa, Pereda pudo ser y fué un escritor independiente que siguió con libertad sus ideas y gustos, sin verse sujeto á la odiosa servidumbre de escribir *pane lucrando*. Amaba el arte, pero amaba también la gloria y el aplauso. El éxito de sus obras le traía desasosegado y nervioso hasta que se pronunciaba respecto de ellas el juicio del público y de los críticos. Dió muestras de no ser insensible á las censuras, ni siquiera á la indiferencia, y no sin razón pudo hablar la señora Pardo Bazán de *Los resquemores de Pereda* contestando á juicios expuestos por él en *Nubes de estío*; pero esta debilidad es tan general entre escritores y artistas, que sería extremado rigor no disculparla. Sin embargo, Pereda no tenía derecho á quejarse ni del público ni de la crítica, diga lo que quiera en su *Historia* el P. Blanco García, pues ha sido uno de los escritores más leídos y más elogiados de su tiempo y uno de los que mejor han vendido sus libros.

La *pose* de la indiferencia es más noble en el escritor, aunque menos humana; tal vez es noble por ser menos humana. Pero en este rasgo algo pueril é ingenuo de la inquietud que sentía Pereda al publicar sus obras, respecto del acierto propio en escribirlas y la fortuna que les aguardase, se ve un signo y un pormenor de su sinceridad. Probablemente el espíritu de Pereda tenía pocos repliegues y pocas reconditeces; era claro y sencillo como el de los principales héroes de sus novelas, aunque hubiese en él un poco de malicia montañesa. A esta claridad y sencillez iba unida una gran impresionabilidad nerviosa. «Érase un hombre pegado á un sistema nervioso»—escribió de él Galdós parodiando á Quevedo; y el propio Galdós, en unos cuantos renglones del discurso académico de contestación á Pereda, ha trazado una expresiva pintura del desasosiego del novelista de Polanco cuando salían al mundo sus obras. «En esa expectación angustiosa, como la que precede á la botadura de un barco—dice,—Pereda no vive; sus nervios se en-

calabrinan y desmandan hasta lo increíble; padece ansiedades, alucinaciones, desvaríos del gusto y del sentimiento, que le llevan á considerar sus propias obras como engendros monstruosos incapaces de sacramentos. El temor de que su libro sea recibido con desdén le quita el sueño; la idea de que ha cometido un error al publicarlo le amarga la existencia.» Esta excitación mórbida denuncia que Pereda era un verdadero artista—no hay, á no ser en las épocas del anónimo, artista sin vanidad de su obra,—y un artista que no sabía ni podía disimular.

\*  
\* \*  
\*

El primer trabajo de Pereda que vió la luz pública fué un artículo titulado *¡Ya escampa!*, que apareció en *La Abeja Montañesa*, de Santander, en Agosto de 1858. En el mismo periódico escribió críticas de teatro y otros trabajos periodísticos y literarios; pero aun después de publicadas en libro (en 1864) sus *Escenas Montañesas*, tardó bastante en darse á conocer y ganar fama fuera de su círculo provincial.

Desde las *Escenas Montañesas* hasta *Pachín González* la producción literaria de Pereda ha sido constante. Las *Escenas* se publicaron en 1864, y *Pachín González* salió á luz en 1896. En ese período de más de treinta años el famoso escritor santanderino ha producido una veintena de volúmenes. No ha sido, pues, Pereda un escritor grandemente fecundo como su amigo y émulo Galdós. A las *Escenas Montañesas* siguió en 1871 la segunda serie con el título de *Tipos y paisajes. Los bocetos al temple*, de los que dice Fitzmaurice Kelly que fueron su primer triunfo indiscutible, y que por lo menos fueron el primer paso de su fama española, no ya santanderina, se publicaron en 1876, y en el mismo año *Los hombres de pro*, fruto de las observaciones que hizo en su rápido paso por la política. De 1877 son los *Tipos trashumantes* y *El buey suelto...*, inspirado en las *Petites misères de la vie conyugale*, de Balzac. Pereda quiso pintar las pequeñas miserias de la vida

de soltero. En 1878 apareció *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, la primera novela importante del autor. En 1879-80, *De tal palo tal astilla*, con que pretendió refutar la *Gloria*, de Galdós. En 1881, *Esbozos y rasguños*; en 1882, *El sabor de la tierruca*. *Pedro Sánchez*, inspirada en las memorias de sus tiempos de estudiante de Madrid, es de 1883; de 1884 *Sotileza*, la mejor de sus novelas; *La Montálvez*, de 1888; *La Puchera*, de 1889; *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, de 1891; *Peñas arriba*, su despedida, despedida hermosa, por cierto, de la novela, de 1895, y de 1896 *Pachín González*, descripción en forma novelesca de la catástrofe producida en Santander por la voladura del vapor *Cabo Machichaco*, cargado de explosivos. En 1897 se verificó su ingreso en la Academia Española, acto en el cual disertó sobre la novela regional, haciendo la apología de este género, al que pertenecen sus obras maestras. Pereda, ingenio profundamente español y español chapado á la antigua, era regionalista, y ya en su discurso de los Juegos Florales de Barcelona, en 1892, había defendido briosamente el regionalismo. Regional y regionalista es lo mejor de su obra, y en esto como en todo amaba y seguía la tradición.

Las citadas obras pueden clasificarse en cuatro grupos: cuadros de costumbres y relatos cortos similares (*Escenas Montañesas*, *Tipos y paisajes*, etc.); novelas polémicas, en que domina un trascendentalismo moral ó social que excede del arte, que son las novelas de la primera época (*Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *El buey suelto*, *De tal palo tal astilla*); novelas urbanas ó de costumbres urbanas, en que Pereda, saliendo de su habitual escenario rural y montañés, quiso pintar: en *La Montálvez*, tipos y costumbres aristocráticos que desconocía, y en *Pedro Sánchez* reflejar sus recuerdos de Madrid por los años de 1852 á 1854. En este género fué muy desigual su fortuna, pues mientras *Pedro Sánchez* fué novela celebrada como una de sus mejores entre las suyas, *La Montálvez* es de lo más inferior que ha producido la pluma de Pereda. La diferencia se explica atendiendo á que en *Pedro Sánchez* (que es,

en cierto modo, un episodio nacional) contaba Pereda cosas vistas y vividas por él, algo personal, en fin, asunto propio para que en él se ejercitara su imaginación, más reproductiva que creadora.

El último grupo de las obras de Pereda lo forman las novelas campesinas y marineras, en que el fin estético se sobrepone á cualquier otra finalidad, novelas que, ante todo, son obras de arte. Estas son las obras maestras, como *Sotileza*, *La Puchera*, *Peñas arriba*.

Fué Pereda, principalmente, pintor de costumbres y novelista regional, también de costumbres. Si bien se mira, ambas cosas se funden en una sola, pues lo más acabado en sus novelas fueron siempre los tipos y la descripción de lugares. Era un maravilloso realista que reproducía con arte extraordinario lo que veía y observaba. No hay que buscar en él psicologías delicadas y profundas, ni acciones complicadas y ricas en incidentes, ni matices crepusculares y vagos del pensamiento y la sensibilidad. Lo sensible, y dentro de lo espiritual lo llano y lo corriente, casi puede decirse que lo superficial, fué lo que Pereda supo fijar más acabadamente en sus obras, donde, por lo general, el juego de pasiones de los personajes es sencillo y elemental y los caracteres no tienen complicaciones ni dobleces. En las obras de Pereda hay más poesía de los ojos que del pensamiento.

Los méritos más sobresalientes de sus obras son de dos clases. Uno es mérito filológico y estrictamente literario, mérito de escritor. Pereda ha sido uno de los literatos que mejor han escrito el castellano en el siglo XIX. Era castizo, pero no arcaico, porque se inspiraba en la realidad y no en los libros viejos: y en este punto ha aventajado á casi todos los demás novelistas, pues apenas podrá señalarse otra excepción que D. Juan Valera. Pero como en el novelista la pureza y hermosura del lenguaje, aun siendo cualidad importante, no es la principal, de ahí que Pereda no ocupe el mismo lugar considerado como novelista en conjunto, que el que ocupa como escri-



tor entre los noveladores. De él se ha dicho, con exactitud, que era un clásico y no un imitador de los clásicos. Escribía, como dijo Galdós, el castellano que hablaríamos en la actualidad si hablásemos bien. En esta parte de su labor literaria apenas puede reprochársele más que algún exceso de provincialismos, si bien, dada la índole de su novela, entra esto en el color local.

Al mismo orden del lenguaje corresponde otro mérito muy señalado de Pereda, mérito éste de novelista más que de escritor, aunque al lenguaje se refiera. El autor de *Sotileza* supo hacer hablar á sus personajes con naturalidad, en el lenguaje apropiado á la condición y grado de cultura de cada uno, en lugar de traducir al lenguaje culto el habla propia de los personajes populares, rústicos y marineros que pintaba, y en vez de dar un giro almidonado y académico á las conversaciones familiares que forman la mayor parte del diálogo en la novela. Esto, que procuran hacer, ó hacen hoy, casi todos los novelistas, era más raro en la época en que Pereda empezó á escribir, por estar acostumbradas las gentes, aun en la novela y en los cuadros de costumbres campesinas, á un estilo muy diferente de escribir, como era el de Fernán Caballero y Trueba. Al principio chocó algo esta manera de Pereda, mas luego contribuyó mucho á la estimación de sus obras, no sólo por ser la naturalidad condición que tanto ayuda al interés de la novela, sino porque volviendo Pereda en este punto á las sanas fuentes del arte español, vieron en él algunos una representación del realismo castizo que oponer al naturalismo francés, mirado por bastante tiempo en España con grandes precauciones, más por las ideas que á él iban unidas que por lo tocante á sus procederes artísticos.

El otro orden de méritos que hallamos en las obras de Pereda toca ya y corresponde á lo novelesco más que á lo literario, en sentido formal. Consiste en el realismo vigoroso y poético con que supo presentar tipos y escenas, con la energía y el colorido de un Velázquez de la pluma. Dominaba la intuición sensible y la reproducía, conservando el sugestivo relieve

y el viviente movimiento de la realidad. La serena, sencilla y fuerte poesía de la vida rústica, y de la vida marinera de las poblaciones de la costa, tuvieron en las novelas y en los cuadros de costumbres de Pereda una expresión de soberana belleza que llega á veces á las alturas de lo épico, tal como en la novela cabe. La poesía de las virtudes cristianas y domésticas, la que en un sentido limitado é histórico podría llamarse poesía del bien, halló también en Pereda uno de sus más altos intérpretes modernos.

Sobresalió Pereda en la ejecución más que en la concepción. Hizo excelentemente, y á veces de un modo insuperable, lo que se le ocurría en la novela, aunque en punto á inventiva y á potencia creadora fuese inferior á otros novelistas, á Galdós, por ejemplo. Los principales defectos de las obras de Pereda están, por eso, aparte de la parcialidad y el apasionamiento que muestra en algunas obras, y que en cuanto perjudican al efecto estético son defecto ó vicio para la literatura, en cierta estrechez de miras y cierta limitación de horizontes que le recluye en su círculo provincial y campesino, en el cual era maestro inimitable. En su obra hay, relativamente, poca variedad. La acción de sus novelas suele ser pobre en accidentes. La señora Pardo Bazán hizo una observación exacta al hablar del huerto de Pereda, «huerto bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y saludables auras campestres, pero huerto al fin, no extensa llanura ni dilatado parque».

Menéndez Pelayo ha dicho que los tipos femeniles y los diálogos de amor eran «la parte más endeble de su armadura de novelista», y que «los hacía ó trataba con frialdad y despego». La observación es exacta, siempre que no se la quiera erigir en juicio cerrado y absoluto. Había, en efecto, cierta casta esquivez rústica hacia las cosas del amor en los libros de Pereda, pero no era incapaz de pintar con delicadeza tipos femeninos, ni de expresar el sentimiento amoroso. Pruébanlo figuras como Sotileza, la Pilara de *La Puchera*, y Lita, de *Peñas arriba*.

Hacía años que Pereda no escribía novelas. Como he dicho, su último libro fué *Pachín González*, publicado en 1896 ó 1897. Pero no era un escritor muerto, un escritor de quien se hubiere apartado el público. Seguía teniendo lectores numerosos. Continuaba publicándose con éxito editorial la colección de sus *Obras completas*, de las cuales apareció un tomo poco antes de su muerte. Tenía un público propio, atraído no sólo por la pureza de su estilo y el encanto de sus narraciones, sino también por las ideas y la tendencia moral de sus obras. Porque hay que decir que esas ideas, lejos de estorbar al renombre literario de Pereda ó de retrasar su fama, la ayudaron y la allanaron el camino. Cuando Pereda se dió verdaderamente á conocer, allá por los años de 1875 á 1876, es decir, á raíz de la Restauración, dominaba cierto espíritu conservador que miraba con simpatía lo tradicional, reacción contra las recientes convulsiones del período revolucionario. Aparte de eso, ha solido haber en España desigualdad de trato entre los escritores liberales y los tradicionalistas. Los segundos han sido tratados con mayor consideración y más imparcialidad por los críticos de ideas opuestas á ellos que los escritores liberales por la crítica adversa. A Menéndez Pelayo y á Pereda no les han perjudicado sus ideas religiosas y políticas, y en cambio Galdós, Echegaray, y muchos otros del bando liberal, han tenido que luchar con enconadas preocupaciones.

La historia literaria procura relacionar al autor con las obras, á la persona con la labor artística, como términos que recíprocamente se interpretan. No será difícil establecer esta concordancia respecto de Pereda. Era, según los que le trataron, tal como escribía. Hasta su tipo español y cervantesco, que retrató Galdós en un párrafo feliz, se acomodaba perfectamente á su obra.

Las ideas y sentimientos reflejados en sus libros eran eco fiel de las normas prácticas de su vida. A él no se le hubiera podido poner en un compromiso preguntándole quién era su

confesor, como cuentan que preguntó un volteriano socarrón al autor de *El Genio del Cristianismo*.

Una tragedia doméstica interrumpió la carrera literaria de Pereda, cuando se hallaba en plena madurez de las facultades artísticas, precisamente cuando estaba corrigiendo las pruebas de *Peñas arriba*, donde hay una doliente alusión al suceso. Suicidósele un hijo mozo en quien cifraba grandes esperanzas; doble desgracia para un espíritu cristiano como el de Pereda, no sólo por la muerte del hijo, sino por el modo de morir. ¿Qué honda turbación produjo en su espíritu la inesperada catástrofe? El bloque duro y resistente de sus creencias debió de conmoverse; su concepto arraigado del mundo y de la vida se obscureció acaso con la parda nube de una duda cruel; quizás vaciló su idea de una alta y luminosa justicia. El hecho es que, desde aquel día, la pluma de Pereda quedó rota.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—ESTÉTICA: Ideas fundamentales de Juan Ruskin.—COSTUMBRES: Los verdaderos parásitos.—FÉMINISMO: La mujer creada por el hombre.—LITERATURA: Manzoni, Voltaire y Shakspeare.—HISTORIA: El idilio de un rey.—IMPRESIONES Y NOTAS: Fisiología de la lectura y de la escritura.—Embajadores rusos de antaño.—Los que dan disgustos y los que dan alegrías.—¿Son incompatibles el socialismo y el patriotismo?

## ESTÉTICA

IDEAS FUNDAMENTALES DE JUAN RUSKIN.—Dice Julio Vitali en la *Rivista d'Italia* que Juan Ruskin es una de esas personalidades fuera de la medida común, compleja en el pensar, múltiple en la acción, ora geniales y ora simples, hasta el punto de parecer extravagantes y paradójicas, renovándose y hasta contradiciéndose á veces, al menos en apariencia, siendo preciso un estudio cariñoso y duradero para poder recoger en síntesis su verdadero significado y su entero valor.

Ruskin no ha escuchado otra voz que la de la naturaleza en sí mismo: autodidacta en el sentido más absoluto de la palabra, si tuvo algún raro guía en sus estudios, no sufrió verdaderos y propios maestros: observar y meditar fué su método, las montañas de Escocia sus libros preferidos, los viajes su disciplina. Las palpitaciones mismas que siente el adolescente por su primer amor, esas mismas sintió Ruskin por la naturaleza, que le despojó de toda pasión innoble, haciéndole artista, poeta, apóstol de verdad. Muchas ideas de este genio singular podrán ser discutidas, rechazadas, corregidas ú olvidadas; él

no ha querido dar *sus* leyes al arte y á la vida, fundar una escuela, imponer un sistema; ha querido indicar la fuente de toda ley, dar libertad, despedazar los dogmatismos arbitrarios. «Sed libres—ha dicho—en la obediencia á la naturaleza.»

Su gusto y su discernimiento de crítico se encerró al principio en la pintura de paisaje, y luego en la arquitectura; Turner y Prout fueron los primeros artistas que prefirió; y los *Pintores modernos* y las *Siete lámparas de la Arquitectura*, los libros cuyo diseño concibió primero. Los preceptos de arte que entonces preconizó se encierran en esta fórmula: «Volvamos á la naturaleza con plena sencillez de corazón, sin rechazar nada, sin despreciar nada, sin escoger nada». En esta fórmula, la palabra *naturaleza* tiene un sentido preciso: equivale á *paisaje*, y ese paisaje es el paisaje virgen é intacto, «la naturaleza natural»—como él dice.

Y he aquí explicado el problema del paso de Ruskin, de una manera que parece encerrada en el realismo, á la idealística de los prerrafaelistas. De las selvas y montes de Escocia, Ruskin pasa á Italia, y un nuevo mundo se le revela en las iglesias, las pinacotecas, los monumentos de Toscana y de Venecia; y como la naturaleza le había iniciado en la belleza y en el arte, estos tesoros le guían en la historia del arte y de la humanidad, intérprete de la belleza. Entonces reconoce que su grito «tornemos á la naturaleza» está en perfecto acuerdo con las mejores tradiciones del arte, cuyas más hermosas flores se han dado en Italia en el período que va de fines del siglo XIII á principios del XVI, con los primitivos y prerrafaelistas.

¿Por qué fué grande el arte en aquel período? Porque fué espontáneo, libre, natural, ingenuo, espejo de una vida más sana, más fuerte, más bella que la nuestra. «Inmediatamente descubre que la armonía de aquellas líneas dependían de las mismas leyes que gobiernan las olas del lago, las ramas de los bosques, el oriente y el ocaso de los astros; y los asuntos eran tratados con una honestidad y una severidad, que leía aque-

llas leyes de la naturaleza *á la luz de la virtud.*» ¿Qué preceptos sacó Ruskin de la contemplación de las obras del Giotto, de Bellini, de Ghirlandajo y de Vivarini?

He aquí sus conclusiones: grande arte es el que, poseyendo forma impecable, está dominado por soberana serenidad, y desenvuelve sus representaciones con la misma calma poderosa que la naturaleza emplea en sus más admirables fenómenos; las personas aparecen en ese arte, ó en una acción continua ó mejor en completa inacción, nunca en acto brusco ó momentáneo, de modo que el espectador se interese por su personalidad, por su propia vida, no por los accidentes que le ocurran, buscando que rostros y cuerpos expresen belleza y alegría, no turbadas por ningún vicio ó dolor. El artista no es así un repetidor pasivo, sino un intérprete de la naturaleza, no arbitrario, sino obediente, atento siempre á las voces de las cosas, cuya finalidad está frecuentemente velada por el misterio. Así fueron los artistas toscanos, umbríos y venecianos del Renacimiento, y así fueron también los más grandes entre los griegos: la calma soberana, la pureza de las formas, la serenidad de los rostros son los caracteres del arte clásico.

No basta que el hombre se haga dueño de la técnica para llegar á realizar obras grandes y bellas: hoy tienen muchos esa habilidad, y los estudios están al alcance de todos; y el arte, sin embargo, ha venido á menos. ¿Por qué? Porque falta *el alma* del artista; falta el ojo puro y sereno, capaz de recoger en la pupila la imagen de la belleza; falta la costumbre de meditar y contemplar, que supone el generoso olvido de sí mismo; el hombre está demasiado agotado por el vértigo mundano, atormentado por la sed de las riquezas y del goce, por la fiebre del éxito y de la gloria estrepitosa; mira el arte y la naturaleza como instrumento, sin respetar sus altos y recónditos fines; y la naturaleza se niega á quien la interroga sin obsequio y la despoja brutalmente de sus velos. Falta la humildad y la consiguiente virtud de la paciencia; faltan la sencillez del corazón y la sinceridad de la mente, que hacen ver las

cosas como son y confesarlas como se ven; faltan la alegría del espíritu y la salud del cuerpo á causa del largo divorcio de las condiciones naturales del vivir humano.

Ruskin, á la luz de la historia, condujo al arte bajo las leyes de la moral, dedicando toda su vida, más que sus escritos, á la demostración de que «quien cumple resueltamente el propio deber concluye por amarlo». Concibió la vida como una batalla; el ideal, no hecho de sueños, sino de obras; la poesía, no en las estrellas, sino en la tierra, en el deber cotidiano embellecido por el amor. Poniendo la labor de cada artista en relación con las condiciones del tiempo en que floreció y con sus disposiciones personales, abrió Ruskin los nuevos caminos críticos de la historia del arte, que produjeron sus obras maestras: *Las piedras de Venecia*, *Parangón entre el Tintoreto y Miguel Angel*, *El reposo de San Marcos*, *Las mañanas florentinas*, *Giotto en Padua* y *las Leyes de Fiésole*.

En sociología sigue el mismo método estético adoptado en moral. El arte sirve á la vida: es vano y cruel construir palacios para Venus de mármol, cuando delicados cuerpos de muchachos y de vírgenes no tienen dónde descansar. Ruskin no se limitaba á profesar estas doctrinas en teoría, como hacen muchos apóstoles del socialismo y no pocos eucólogos, buscadores del aplauso de galerías más ó menos cultas; sabido es que Ruskin gastó los millones que le dejó su padre y los productos todos de su trabajo en adquirir obras de arte alentando á los artistas con premios, en crear museos públicos y en sostener instituciones de beneficencia y de educación popular; cuando agotó sus recursos llegó á desprenderse de sus cuadros más queridos, vendiendo sus Turners para favorecer á los obreros y á los pobres.

¿Qué causas eran las del malestar del pueblo? Las de todo el mundo contemporáneo: el pauperismo de las grandes ciudades, donde las locuras de los ricos gozadores y de los aventureros corruptores atrae otra multitud de caídos y de vencidos, de obreros sin trabajo y de miserables pordioseros corrompi-



dos, aglomerados en infectas habitaciones sin sol, donde incuban fatalmente la envidia y el odio; la deserción de los campos, fuentes primeras y seguras de honesta riqueza y de salud; la separación y el antagonismo entre el capital y el trabajo; la adoración sin freno del becerro de oro. ¿Y qué quiere decir todo eso? La inversión de los valores naturales de las cosas, artificio, convencionalismo, perversión de las conciencias, alejamiento, en suma, de la naturaleza. Para esto sólo hay un remedio: volver á la naturaleza. Siempre la misma respuesta: la naturaleza ley del arte; la naturaleza ley de la vida.

Entre las leyes de la república ideal, Ruskin pone la de que «la juventud sea educada en la belleza y en la fuerza». Muchas de sus páginas parecen un comentario á las ideas de Platón: «Todo lo que es bueno es bello; y nada hay bello sin armonía: si un cuerpo débil y enfermizo encierra un alma grande y poderosa, ó al contrario, el animal carece de belleza. Contra este doble defecto hay un remedio: no ejercitar el alma sin ejercitar también el cuerpo, ni éste sin aquélla, de modo que el equilibrio se mantenga y la salud se conserve.» Pero á esta doctrina del maestro griego, Ruskin agrega otros elementos: junto á los juegos el trabajo, y un trabajo manual para todos, en los límites de lo posible; junto á la belleza del cuerpo, la belleza espiritual de la pureza; junto á la fuerza, la caridad. La fuerza bruta, de la que sólo es un aspecto la fuerza plástica, se hace fuerza humana en el dominio de sí, en el sacrificio, en la tutela de los débiles; y la fuerza y la belleza espiritual son capaces de transfigurar hasta las formas corpóreas, de embellecer lo que plásticamente de por sí sería defectuoso.

León Tolstoi ha dicho de Ruskin: «Ese es uno de los grandes del siglo». Ruskin, en su vejez, se consolaba por su parte pensando: «León Tolstoi ejecuta la obra que yo he deseado hacer». Uno y otro llegaban á las mismas conclusiones: Ruskin decía: «País rico (en el sentido económico) es país feo», y lo demostraba sin trabajo; Tolstoi, á su vez, dice y lo demuestra también: «País rico (en el sentido de los edonistas) es país

malo». Esta coincidencia de dos almas grandes y generosas nos obliga á inclinar la frente y á meditar.

¿Recordáis, en *Guerra y paz*, aquella página, de potencia leonina, cuando el príncipe Andrés, en Borodino, en medio del ciego furor de la batalla, cae herido del caballo á tierra, y dejado solo en el campo por la fuga de los combatientes, ve al abrir los ojos, y le parece verlo por primera vez en su vida, el cielo azul sobre su cabeza, próximo á él, tocándole y envolviéndole, casi penetrando dentro de su alma, silencioso, pacífico, purísimo, y siente desprendérsele el corazón del hielo de las ambiciones, de las iras de la guerra, y de toda especie de inquietudes, y una paz, una piedad inefable, un sentido de benevolencia universal le penetra, le conmueve, le convierte en un instante en muchacho entusiasta y sencillo? En ese episodio está toda la doctrina ruskiniana del retorno á la naturaleza y del culto á las bellezas naturales.

## COSTUMBRES

LOS VERDADEROS PARÁSITOS.—Con motivo de las Pascuas, ó del cumpleaños ó del santo del dueño de la casa, los porteros y criados reciben pequeños donativos y propinas, concedidas generalmente de buen grado, á pesar del espíritu de economía. En realidad, esas pequeñas gratificaciones son bastante módicas, y no valen la pena de considerar como parásitos á quienes las reciben.

Los verdaderos parásitos de nuestra época—dice en la *Revue Bleue* Santiago Lux—son ciertas gentes de la alta sociedad enloquecidas por el gran lujo, y que teniendo rentas insuficientes—¡de quince á cuarenta mil francos!—para sostenerlo, quieren proporcionárselo á toda costa; arrastradas por su pasión, endurecidas por una educación sin generosidad, encuentran natural proporcionarse las satisfacciones deseadas á expensas de los demás, y despliegan en tal empresa egoísmos, audacias y desenvolturas increíbles.

La señora G., que goza de real opulencia, tanto más apreciable cuanto que pasa ya de sesenta años, y sólo tiene un hijo que está perfectamente colocado al frente de una lucrativa explotación, desea tener su retrato, pero gratis.—«Ya ve usted—dice á un artista de mérito, pero joven todavía,—los pintores que me han visto han expresado siempre el deseo de fijar en el lienzo mis facciones. Y es muy natural: observe usted la pureza de la frente, la finura de la boca, la corrección de la nariz, la frescura de la carnación, el brillo de los ojos. Basta una fiel reproducción para hacer una hermosa obra... que se me regala en cambio graciosamente. Crea usted que he rehusado á la mayor parte este favor; pero con usted, cuyo talento y perfecta educación reconozco, no sería lo mismo. Usted, sin duda, tendrá una satisfacción en hacer y en ofrecerme mi retrato. Yo lo colocaré en mi salón, donde será admirado, y es seguro que le proporcionará á usted ofrecimientos ventajosos.» Y así se roba el tiempo y el trabajo á un artista, sin otra compensación que la promesa de una ayuda ilusoria.

Hay en París gran número de jóvenes que tratan de vivir sacando provecho de un talento trabajosamente adquirido, y que son juguete obligado de las mundanas más en boga.—«Espero, señorita, que no me negará usted su gracioso concurso para la velada del 20, mi primera de la estación. Tendré unos cien convidados de lo más selecto, y estoy segura de que oyendo vuestra admirable voz, y en mi salón, quedarán encantados, y os pedirán lecciones y audiciones bien pagadas. Yo me cuidaré de prepararos el éxito, haciendo saber vuestro mérito y vuestra distinción; y en cuanto al programa, tendréis plena libertad de formarlo á vuestro gusto.» Llega el 20, y la adulada millonaria recibe una ovación por la esplendidez de su velada; en cuanto á la artista, la obsequian con un ramo de flores y las gracias.

A veces ni aun se guardan ciertas consideraciones. «Además, señorita—exclama una señora suntuosamente equipada,—lo que yo deseo para mi hija es un retrato muy estudiado,

de tamaño natural; claro es que no lo vamos á pagar, pero os daremos á conocer á nuestras relaciones.—Y ¿podrá venir aquí la señorita, ya que no tiene libres las tardes, á las diez de la mañana?—Es usted muy exigente, señorita; yo prefiero que vaya usted á nuestra casa.—Pero note usted que se necesita una buena luz, siempre igual, y eso lo tiene usted aquí y no en su casa; para venir aquí la señorita sólo necesita unos minutos de automóvil, mientras que á mí me costaría mucho trabajo ser exacta, por las dificultades de los tranvías y de los trenes para ir á vuestro hotel, y luego me tendría que volver sin almorzar á una hora avanzada de la tarde.—Eso nada tiene que ver, señorita.—Pero mamá—interrumpe la niña á quien se quiere retratar,—puesto que el retrato quedará mejor viniendo aquí, mejor es que venga en auto; además, el lunes almuerzo en casa de la abuela, el martes en casa de la tía, y el miércoles en casa de mi prima, que viven todas cerca de aquí; es verdad que el jueves no estoy invitada en ninguna parte; pero me quedaré aquí, y la señorita me dará de almorzar.»

Y no son sólo los artistas las víctimas de estos desahogados. ¿Quieren viajar? Asedian á los Consejos y á las Secretarías de ferrocarriles hasta obtener un permiso de libre circulación. ¿Quieren ir á un estreno? Sería una vergüenza no asistir desde uno de los mejores sitios, pero sin soltar un céntimo. ¿Quieren vestir á la moda? Tienen la desfachatez de presentarse á un modisto ofreciéndole servirle de reclamo si les hace un traje maravilloso, cuyo impecable corte alabarán á sus numerosas relaciones. ¿Quieren tener una revista? La piden lisa y llanamente al director, diciéndole que tiene especial interés para ellos y la recomendarán á sus amigos. Y así de todo lo demás.

Claro es que no hay que confundir á estos vividores con los que reclaman un servicio á la amistad ó al compañerismo. En casa del ilustre dramaturgo Emilio Fabre se ve colgado un dibujo de un artista de nota. Representa dos mujeres jóvenes:

una, desmerezándose en la cama; y otra, que viene de visita.—  
 ¿Sabes?—dice una.—Esta noche se representa en el teatro del  
 Renacimiento *La vida pública*.—¿*La vida pública*?—dice la  
 otra.—Pero entonces... ¿somos nosotras?—Al pie del dibujo se  
 lee: «A Emilio Fabre, con súplica de dos entradas para la re-  
 presentación de esta noche». ¡Eso ya es otra cosa! Verdad es  
 que este modo de pedir no procede de un desocupado con  
 30.000 francos de renta.

## FEMINISMO

LA MUJER CREADA POR EL HOMBRE.—Un alemán, Weininger, que se suicidó en 1903, á los veintitrés años de edad, había publicado una obra, *Sexo y carácter*, en la que, con más aspereza que Nietzsche y más crudeza que Strindberg, atacaba á la mujer. La señora X, que parece ya averiguado ser la mujer de un célebre novelista noruego (que no es Bjornson, ni Lie, ni Kielland), leyó la obra con indignación, y al tropezar en ella con la afirmación de que «la mujer es incapaz de decir la verdad sobre sí misma», se sintió obsesionada por el deseo de dar un mentís á Weininger, y publicó, en efecto, en Cristianía, en 1904, un folleto sensacional con el título que encabeza estas líneas, traducido recientemente para *La Revue Bleue*, de París, por Tecla Hammar, con el más sugestivo título de *Mi confesión*. Lo reproducimos íntegro, en sus trozos más sustanciales, porque es realmente un curioso documento de positivo interés para el eterno proceso de la femineidad, y otro para el estudio del alma nórdica, tan distinta de la meridional.

Soy—dice la autora—mujer de un hombre de ciencia, de buena posición, bastante linda, sana y suficientemente inteligente, y tengo hijos vigorosos, guapos y bien dotados. He sido siempre lo que se llama «una buena cabeza», práctica y muy entendida en las cosas de este mundo, pero sin sólidos conocimientos. La escuela superior de señoritas, cuyos cursos seguí

en mi infancia, sólo se proponía hacer de nosotras damas presentables, lo que no implicaba mucho saber. Me casé á los veinte años, y tengo todavía el mismo marido, aunque ahora estoy «entre los treinta y los cuarenta años». Cuando digo que estoy en buena posición, no quiero decir que seamos ricos. Al contrario, el dinero que me producen mis pequeños talentos viene muy á propósito. Porque yo tengo talentos; pero desgraciadamente hay que poner esta palabra en plural, y tengo también no pocas pequeñas debilidades que cuestan dinero, y luego me gusta bastarme á mí misma, porque soy una mujer moderna.

Llevamos una vida muy tranquila, pues en casa se trabaja. A veces—¡ay, demasiado á menudo!—suspiro por el mundo de fuera, por la vida, la alegría, la luz, el aire con alas, pues la pequeña sociedad en que vivimos no me atrae ya. Mis pequeños ensayos de volar me han salido mal. Herida y profundamente mortificada me he refugiado en mi cuarto, donde hay muchas flores y donde entra el sol tamizado por cristales verdosos. Por la noche, acurrucada junto á la gran chimenea donde el fuego brilla, prestando algo de vida y de color á las cosas inanimadas que me rodean, he mirado la vida de frente.— «¿Qué queréis, señora? Ya vais siendo vieja; no es el aire el que os falta, sino las alas; habéis visto la existencia, la vida; y no es más que eso, no es otra cosa.» Y el fuego se apaga, y cansada y tiritando me deslizo en mi lecho solitario; porque, como personas bien educadas y modernas, que respetan en el matrimonio su mutua independencia, tenemos, como es natural, dos cuartos de dormir.

Mi marido vive para su ciencia. Yo le veo en las comidas y le oigo de tiempo en tiempo toser en su despacho, donde pasa días y noches en medio de sus libros. Su trabajo sedentario ha quebrantado su salud y no siente ninguna alegría por vivir. Conoce el mundo, sabe mucho y comprende muchas cosas; pero espera poco, cree poco, y su pesimismo amenaza alejarle completamente de la vida. Todos los años hace un viaje

de estudios y todos los días trabaja algunas horas en las bibliotecas públicas.

Los esfuerzos de emancipación de la mujer moderna chocan á mi pacífico marido. Le gusta la tranquilidad y el buen viejo orden establecido, pero no condena nunca. Dice simplemente: «Es fastidioso eso para nosotros; pero se explica fácilmente: cuando el hombre no puede ya conservar su puesto de amo, debe naturalmente descender al puesto de servidor». Bajo sus palabras se siente un poco de amargura, y nada más. Es un hombre perfectamente distinguido, y en el fondo esas cosas le interesan muy poco. Sueña con la paz del claustro y no desea envejecer. Permanece extraño á nuestros hijos; desde el primer momento me los ha abandonado: son «asunto mío». De tiempo en tiempo está todavía enamorado de mí, pero su amor ha sido siempre de distinto carácter que el mío. Era un amor de especie eruptiva. Entre las erupciones yo dejaba de ser mujer para él, mientras que él era siempre hombre para mí; los primeros cinco ó seis años de nuestro matrimonio he sufrido sencillamente los efectos de un amor desgraciado respecto á mi propio marido. Estaba mortificada. He necesitado mucho tiempo antes de aceptar no ser para él sino «una persona razonable», un camarada con quien se cohabita, con quien se calla y con quien se trabaja, ó bien ser tratada como ama de casa, á quien se muestra el respeto debido, á quien se dan las gracias al levantarse de la mesa y á quien se dan á recoser los botones. Su fría cortesía me exasperaba; y frecuentemente, cuando estaba amable y hablaba conmigo de cuestiones generales, yo me decía: «Pero abrázame, acaricia mis cabellos, dime que soy guapa, muéstrate enamorado». Por supuesto, me hubiera ofendido si no me hubiese hablado de cuestiones de interés general. Quizá inconscientemente pensé que más tarde tendríamos tiempo sobrado para disertar sobre ellas cuando fuésemos viejos. Pero él tenía diez años más que yo, y tenía que hacer la obra de su vida; yo no tenía más que mi amor, y mi amor me hacía exigente.

Yo inventaba mil motivos, colmándole de regalos y de flores en todas las ocasiones. Él no podía nunca acordarse de mi cumpleaños, y por Navidad nunca podía encontrar nada; entonces colgaba del árbol de Navidad un billete de Banco. ¡Ah! ¡Qué triste me ha puesto el alma ese billete de Banco! ¡Aquel pedazo de papel parecía tan pobre... tan pobre de amor! Al recibir mis regalos me daba las gracias, y parecía ocuparse de ello—¡tenía tan buena voluntad!—Pero pronto me los volvía á encontrar por el suelo, tirados en algún rincón; ni siquiera se acordaba de haberlos recibido. Y, sin embargo, yo le prodigaba regalos de fiesta, ¡y ponía en ello todo mi corazón! Una vez hizo verdaderamente un esfuerzo, y encontró algo que ofrecerme: era un bolero de tricot, atrozmente feo, pero de mucho abrigo. Vino á traérmelo, tan azorado como un niño. ¡Qué emoción! Se había acordado de que unos días antes me había quejado de frío en la espalda; él sabía lo que es sentir frío en la espalda, y había comprado aquel bolero, que debía dar calor, decía él. ¡Cuánto he querido aquel bolero, feo é informe! Lo llevaba temprano y tarde, y Dios sabe que no me sentaba, ni mucho menos. Pero mi marido había pensado en mí al atravesar la ciudad; en mí y en sus problemas; había pensado que yo estaba sentada en casa y que tenía frío en la espalda. ¡Ah, amigo mío! ¡Si hubieras podido comprender cuánto frío me dejabas también tener en el alma!

He llorado al ver que mis regalos no le interesaban: no concebía yo que nada en amor pudiera carecer de importancia. ¡Y qué agradecida le estaba cuando de tiempo en tiempo venía á sentarse un rato en mi cuarto! Yo volvía las rosas del alféizar de mi ventana hacia el interior de la habitación, encendía velas, me ponía furtivamente grandes cuellos blancos ó hermosas horquillas, y para mí todo tomaba aire de fiesta. Y cuando en aquel tiempo oía á las señoras decir que es muy agradable ver á su marido meterse en su despacho y dejarnos la libertad de nuestros movimientos, creía que era afectación. Pero ahora, debo confesarlo, cuando se queda mucho tiempo,



me ocurre pensar: «Querido amigo, harías muy bien en volverte á tu cuarto: me molestas».

«La mujer no es más que sexualidad—dice Weininger;—el hombre es sexual y algo más.» La mujer es, pues, siempre sexual, y el hombre sólo lo es por períodos, y esto explica el carácter eruptivo del amor masculino. Todo lo que llamamos amor no sería, pues, más que un grosero apetito. Toda la ternura, la bondad, la abnegación y los sacrificios, todas las milonadas que necesitamos hacer por el bienamado á fin de mostrarle que está siempre en nuestros pensamientos, que queremos hacerle la vida más ligera, todo eso no es más que un velo engañoso que ponemos sobre nuestra sexualidad, nunca adormecida. Acaso, ¡qué sé yo misma de la «verdadera naturaleza de la mujer»! Pero sé que, si eso es mentira, es una hermosa mentira sin la cual las mujeres no podrían vivir; es la poesía de su vida. Y nosotras compadecemos á los hombres que no la necesitan.

Los momentos en que el amor de mi marido se encendía iban espaciándose cada vez más. ¡Ah! Yo me sabía eso de memoria. Después de largos períodos de camaradería, sus ojos volvían á fijarse el mejor día sobre mí: observaba cómo estaba vestida, alababa mis trajes, trataba de cogerme la mano cuando pasaba junto á él, y yo notaba que él sentía mi presencia. Los demás días podía estar sentada á su lado, levantarme y desaparecer sin que lo notase siquiera. Y había calor en su mirada, y yo sabía que iba á abrazarme y que seríamos de nuevo marido y mujer.

Al día siguiente nuestras miradas se volvían frías y los períodos de vida célibe se prolongaban. ¡Cada vez iba yo siendo más la madre y la amiga! Pero cada vez que mi mirada pedigüeña encontraba una mirada fría, y mi mano tendida no recibía sino un apretón corto y distraído, sentía yo como una afrenta. Nos ocurría pasar horas enteras en la misma habitación, solos ó con amigos, sin que sus ojos me hubiesen buscado ni una sola vez. Entonces me retorció las manos ante la

pobreza de la vida, y mi vanidad herida me infundía malos pensamientos y hacía nacer en mí sentimientos de hostilidad y hasta sordos deseos de venganza.

¿Conque es verdad que «en amor el hombre no ama más que á sí mismo»? Sabía que mi marido no amaba á otra mujer y que no tenía intención ninguna de mortificarme. Me olvidaba sencillamente; no me veía sino en el instante en que se despertaba en él el instinto de amor. Entonces era yo hermosa; entonces llenaba yo la casa. «Miente el que pretende todavía amar á una mujer que desea, ó no ha sabido nunca lo que es amor; son cosas muy distintas el amor y el deseo sensual: por eso me parece que es una hipocresía hablar de amor en el matrimonio.» ¡Oh, el terrible Weininger! Pero es malsano lo que dice ahí, eso no es cierto, no quiero creerlo; si no, sería preciso admitir que el hombre más vil está infinitamente por encima de la más noble de las mujeres. Nosotras, que deseamos, ¿no amaríamos nunca?

Y, sin embargo, lo que me revuelve es que precisamente el amor de mi marido, en cuanto se manifiesta con caricias, no se contenta sino con la posesión completa. Entre estos dos extremos hay todo un mundo de ternura, que es por el que yo suspiro. No es que el abandono total no me parezca un acto noble y hermoso. El calor y la intimidad, el exquisito sentimiento de armonía plena y entera que sigue á ese abandono y que dura más allá del minuto, eso es lo que me embriagaba, y por eso he pensado que quizá hay en el abandono de la mujer más amor que sexualidad, á pesar de todo.

Una vez, en un momento en que me sentía feliz con su presencia, dije á mi marido que sentía yo como cierto recogimiento, como un sentimiento religioso, y le pregunté si los hombres sienten así, y me respondió: «No; en eso creo que vosotras las mujeres sois más alma y nosotros más cuerpo». Y se diría que así es. Y, sin embargo, yo no soy una mujer fría. ¿Quién tiene razón entonces, él ó Weininger? Toda mujer normal que no está depravada no puede sentir más que asco en la

intimidad de un hombre indiferente. Es preciso que sea «él», el único hombre del mundo. Pero á los hombres, por lo visto, no les pasa lo mismo. Pero entonces... ¿no es más propio el instinto de la mujer?

Por otra parte, ¿qué es en amor cuerpo y qué es alma en amor? Para mí eso sólo hace uno, y no debe hacer más que uno. Cuando amo, es decir, cuando con un hombre he llegado al punto en que toda mi vida se concentra en él, en que mi pensamiento lo piensa, mi voluntad lo quiere, entonces sólo sé que mi cuerpo y mi alma forman un sér completo que busca otro sér completo. He oído á mujeres decir de un hombre: «No puedo casarme con él, porque sólo quiero su alma; su exterior me desagrade», ó al contrario. Pero entonces es que no aman, sencillamente. Cuando se ama de veras, se olvida uno de analizar y de calcular. Todo en la persona amada es grande. Todo es bueno y todo es uno. Se convierte en la única cosa necesaria, en la vida misma. Qué fuerza es esa que á todos subyuga bajo su voluntad y que hace de los hombres cañas que se bambolean á su soplo, lo ignoro; sólo sé que es una cosa terrible y dulce, capaz de transformar el mundo en un paraíso.

Poco á poco se operó en mí un gran cambio. La pasividad de mi marido se acentuaba cada vez más y tomaba el carácter de la indiferencia. Nuestros hijos no existían para él, y eso sobre todo me laceraba el corazón. ¡Los queridos niños, que le amaban y le miraban como un sér superior! No; yo no podía perdonarle su frialdad para con ellos: eso me mortificaba y ofendía más que todo lo demás. Acumulaba amargura, y me hacía helada. Y mil nonadas venían á agregarse á la gran causa de disgusto, y el fuego de mi corazón se apagó. ¡Había llorado tanto y había estado tan llena de impaciencia! La calma me volvió al fin, y fué como una liberación. Mi humor se hacía más igual, no atormentaba ya á mi buen amigo con lágrimas y suspiros angustiosos. (¡Ah! ¿Por qué el amor nos trae siempre tantas lágrimas?) Yo bromeaba con nuestra vejez y le dejaba tranquilo con sus libros. Parecía más á sus anchas y más

libre. Yo tenía á los niños apartados en lo posible, y redoblabam mis cuidados y ternura para con ellos.

Pero mi amor se despertaba de vez en cuando, y entonces se produjo una cosa espantosa: que yo sentía como una violación las tímidas aproximaciones de mi marido, tan delicado y tan lleno de atenciones sin embargo. Algo en mí se sublevaba. ¡Dios mío! ¿Es eso un matrimonio? Mi pudor estaba magullado; todo me parecía feo y malo, porque si *eso* no es una fiesta luminosa, sin discordia, entonces es peor que todo. Ocurría, sin embargo, que su ternura reanimaba por un corto instante mi antiguo amor, y entonces sentía yo vergüenza de mí misma, y estaba conmovida de verle á él. Venía hacia mí tan seguro, tan confiado, y me dejaba lleno de reconocimiento y de ternura. Jamás he experimentado, gracias á Dios, que la mujer, tras el abandono de su cuerpo, se sintiese tan despreciada como adorada se había sentido algunos momentos antes. ¡Sería entonces demasiado espantoso el ser mujer!

¡En fin!... Los días se pasaban trabajando, sin alegría, pero también sin verdaderos disgustos. Yo me sentía únicamente extrañamente vacía y cansada, y por las noches no podía conciliar el sueño. Mis pensamientos empezaron á buscar fuera de mi hogar. Era preciso hallar medio de llenar aquella nada. La soledad me aplastaba, y en las largas veladas del rincón del hogar yo permanecía con la mirada perdida en las llamas, sufriendo, como un hambre y un dolor físicos, la necesidad de sentir junto á mí, no seres humanos, sino *un* sér humano: un sér que pudiera limitar mis pensamientos, y mecer mi angustia ante la vida y mi angustia ante la muerte. El espacio entorno mío era demasiado infinito, los enigmas demasiado numerosos, la muerte demasiado próxima.

Yo pensaba en las buenas personas que había tratado, en los buenos amigos que había tenido, en el que había amado como una loca cuando tenía diez y siete años, en dos hombres que me habían amado y echado de menos infinitamente más de lo que yo merecía, en todas las ocasiones ligeras de la ju-

ventud y de después. A una joven alegre y linda—casada ó no, pero mejor si es casada—el uso quiere que se la haga la corte, y allá abajo en el Sur, cuando estaba de viaje, hubo uno, sí, y hubo hasta dos que me cortejaron. Uno de estos casos fué hasta bastante serio. Pero ¡qué ridículos me parecían! Jamás he podido comprender el placer de ser cortejada por indiferentes. Bostezo de aburrimiento al oírles. No estoy hecha para el flirt ni para las tonterías sentimentales; no me contento con tan poco. Y luego el flirt de salón, con situaciones picantes y entretenimientos en los rincones, me parece cosa malsana y fea que me repugna. O el simple y franco compañerismo, ó el amor. Pero el amor y las sensacioncitas pimentadas no tienen nada de común. El amor lo exige todo y lo da todo. Es cosa atrozmente grave el amor. El que puede contar y calcular y responder con «si es que» ó «pero», no sabe lo que es. Tampoco lo sabe quien se da á pedacitos y habla de «deberes» y de «razón», porque en amor no se tienen los pensamientos de diario ni se hacen cálculos de utilidad. No se es virtuoso y espiritual, se es genial. Inconsciente, se eleva uno en voluntad y en ideas hasta las cimas de la existencia. Sólo el amor forja lazos. Cuando el amor manda, todas las demás cadenas se rompen, porque es soberano y debe serlo.

### LITERATURA

MANZONI, VOLTAIRE Y SHAKSPEARE. — Que Manzoni haya podido emitir un juicio sobre Shakspeare es cosa—como dice A. Dragonetti en la *Rivista d'Italia*—que á nadie puede chocar; pero que ese juicio se haya emitido en un libro que ha corrido por todas las manos durante tres cuartos de siglo sin que nadie se haya fijado en ello, eso es cosa que merece realmente ser consignada. En el capítulo VII de *Los novios*, Inés, Renzo y Lucía se ponen en camino para sorprender á D. Abundio y hacerle celebrar, á pesar suyo, el suspirado matrimonio; entonces es cuando Manzoni dice lo siguiente: «En-

tre la primera concepción de una empresa terrible y su ejecución (*ha dicho un bárbaro que no carecía de ingenio*), el intervalo es un sueño lleno de fantasmas y de miedos». Pues ese «bárbaro» que, según Manzoni, no carecía de ingenio, era precisamente Shakspeare.

He aquí el pasaje á que se hace referencia: es la escena primera del acto segundo de *Julio César*. «LUCIO: Señor, el décimocuarto día de Marzo ha expirado. (*Se oye clamar dentro.*)—BRUTO: Muy bien. Vé á ver. (*Lucio sale.*) Desde que Casio viene á excitarme contra César, no he dormido. Entre el concebir y el realizar una empresa feroz, el intervalo es siempre un sueño lleno de fantasmas y terrores».

Como se ve, la duda no es posible. Pero ¿por qué Manzoni juzgaba tan severamente á Shakspeare? ¿Había realmente leído todas sus obras, ó era un juicio de segunda mano? Dragonetti sostiene lo segundo, y culpa á Voltaire de las apreciaciones de Manzoni. Sabido es que una de las grandes cuestiones literarias de la segunda mitad del siglo XVIII fué la disputa sobre el valor de las obras de Shakspeare, cuya traducción al francés había publicado Le Tourneur en 1776. En cuanto apareció el primer tomo, Voltaire creyó ver en la publicación el propósito de rebajar el mérito de Corneille y Racine, y escribió á D'Alembert una carta, en la que decía que «convendría poner en la picota á aquel villano que intenta darnos mamarrachadas inglesas como obras dignas de figurar al nivel de las de Corneille y Racine»; el mismo La Harpe decía: «Esa traducción ha sido hecha con la intención de envilecer á los más grandes dramáticos franceses».

Le Tourneur no hizo caso; pero Voltaire, picado en lo vivo, hizo del asunto una cuestión personal, pretendiendo haber sido el primero que había dado á conocer á Shakspeare, y dirigiéndose á la Academia Francesa en dos cartas famosas, hizo la crítica del dramaturgo inglés, empezando por afirmar que el *Otelo* «está sacado de la novela de *Cintio*, y del antiguo teatro de Milán»; jamás ha existido tal novela, ni el teatro de Milán

ha tenido ningún drama de donde pudiera salir *Otelo*; Voltaire contaba con la ignorancia de sus colegas de Academia, y con la mayor desfachatez afirmaba sus invenciones. *Otelo* está tomado de la novela VII, década III, de la *Hecatommithi* de Giraldu. La primera escena de *Otelo* la juzga Voltaire indigna de un poeta trágico, sin considerar que el lenguaje grosero de Yago es el que corresponde á la persona que lo emplea: «Señor, dice á Brabanzio, nos tomáis por unos bribones porque venimos á prestaros un servicio; pues bien, ya que lo queréis, tendréis á vuestra hija cubierta por un caballo de Berbería; los nietos os relincharán, y tendréis potros por primos y yeguas por parientes. — BRABANZIO: ¿Qué miserable profanador eres tú?—YAGO: Soy, señor, uno que viene á deciros que vuestra hija y el moro están haciendo la bestia de dos espaldas.—BRABANZIO: ¡Sois un malvado!—YAGO: Y vos un senador».

Luego la emprende Voltaire con *Macbeth* y critica vivamente la escena tercera del acto segundo, al aparecer el portero que «borbota chistes de polichinela», si no peores. — «El beber, señor, provoca tres cosas. — ¿Y cuáles son esas tres cosas?, pregunta Macduff.—¡Por Baco, señor! El enrojecimiento de la nariz, el sueño y la orina. La lascivia, señor, la provoca y la refrena; provoca el deseo, pero impide la ejecución. Por eso puede decirse que el beber mucho burla la lascivia; la excita y la abate; la promueve y la acalla; da ganas y trunca los nervios; la crea y la destruye». Claro es que este lenguaje no tiene disculpa, como no lo tiene el de la *Celestina* ni el del *Quijote*, en ciertos pasajes; pero hay que contar con los gustos del tiempo para juzgar debidamente de una obra; en otro caso, desde Moisés hasta Cervantes merecerían críticas acerbadas. El refinamiento literario del siglo XVIII, pura hipocresía, puesto que coincidía con la depravación de costumbres de la Regencia y de Luis XV, no podía tolerar crudezas como las que se encuentran en Shakspeare, y de ahí la filípica de Voltaire, que si en otras cosas sabía despreciar la opinión del vulgo, en esta ocasión se aprovechaba de ella, adulándola.

Así sigue Voltaire criticando la dramaturgia shaksperiana, y en la segunda de sus cartas dice: «La verdad, que no se os puede ocultar, me obliga á confesaros que este Shakspeare tan bárbaro, tan bajo, tan desenfrenado y tan absurdo, tenía chispas de genio». ¿No es verdad que este juicio corresponde exactamente al de Manzoni, cuando aludía á aquel «bárbaro que no carecía de ingenio»? La única objeción que pudiera hacerse es la de que no parece probable que sin conocer las obras de Shakspeare se pudiera citar una de sus frases; pero precisamente la frase citada se encuentra en el *Diccionario filosófico* traducida por Voltaire en el artículo dedicado al *Arte dramático*. Es, pues, lo más probable que el juicio de Manzoni sobre Shakspeare no refleje sino la impresión dejada en el cerebro de Manzoni por la lectura de las críticas de Voltaire.

## HISTORIA

EL IDILIO DE UN REY.—La publicación de la obra *María Fitzherbert y Jorge IV*, de Wilkins, para la que se han aprovechado, con autorización del rey Eduardo VII de Inglaterra, los archivos reales, ha puesto en claro la verdad sobre las relaciones entre los dos personajes de que trata el libro, verdad que afecta á la legitimidad de un matrimonio y á los derechos del actual monarca inglés. El rey Eduardo, con amplitud de espíritu que le honra, lejos de poner obstáculos á revelaciones tan trascendentales, ha manifestado, según dice en *La Revue*, de París, Ch. Simond, que la verdad es imprescriptible, y que importaba iluminar el pasado, controvertido y obscuro, de su abuelo, antes que dejarlo envuelto entre dudas y sombras.

Mal hijo, mal padre, mal marido, mal amigo, Jorge IV fué, como lo ha pintado Thackeray, el tipo odioso de la falsedad y de la villanía. Es posible que la culpa de tal conducta estuviera, como quiere Wilkins, menos en su natural, agravado por los estigmas atávicos, que en el medio corrompido en



que vivió: su trisabuelo Jorge I, grosero y brutal, se dejó guiar por las calumnias de sus queridas, y tuvo treinta y dos años encarcelada á su mujer y arrojó á su hijo de palacio; su bisabuelo Jorge II dejó una memoria cubierta de oprobio, á pesar de la expansión colonial de su reinado; Jorge III se volvió loco después de provocar el descontento que llegó á terminar en la pérdida de la América del Norte; y Jorge IV vino al mundo cuando Londres se jactaba de imitar, exagerándolas con grosería, las costumbres pervertidas del París de la Regencia y de Luis XV, y siendo Príncipe de Gales, ascendía á 250.000 francos anuales sólo la cuenta de sus sastres.

Por entonces vivía en Londres María Fitzherbert, portento de gracia, de hermosura y de virtudes, viuda por segunda vez á los veinticinco años, apetecida por los más nobles señores ingleses, como el duque de Bedford, que no quiso casarse nunca por ser fiel al amor sin correspondencia que la tenía, y suficientemente rica para poder vivir con independencia y con holgura. Cuando el Príncipe de Gales vió por primera vez á María en Richmond, quedó prendado de ella, y su encuentro fué para su corazón como el efecto del rayo, que todo lo abraza. Jorge no estaba todavía podrido; sus vicios eran los de su tiempo: el juego, la bebida y las mujeres. Todas le gustaban, y la mayor parte se le rendían por el prestigio de su nombre y por su buena figura. Pero al encontrarse con María parece que su pasión tuvo otro carácter, ya porque realmente sintiera verdadero amor, ya por la resistencia con que tropezó en aquella conquista, para la que nada significaban las lisonjas, las súplicas, los ofrecimientos ni las amenazas.

María era católica, y el príncipe no la era indiferente; pero tenía plena conciencia de sus deberes, y, respetándose á sí misma, sabía defenderse contra su propio corazón, negándose á responder á todo lo que no fuese un afecto puro y noble, del que no tuviera que avergonzarse. El príncipe estaba desesperado; en casa de Fox, su mejor amigo, se exaltaba hasta tirarse en el suelo, arrancarse los cabellos y jurar que renuncia-

ría patria y corona por huir con el objeto de su amor. María permanecía serena ante tales demostraciones, y conservaba toda su dignidad, haciendo saber á Jorge que jamás se sacrificaría á un arrebató de pasión. Desesperado el príncipe, acudió al recurso supremo.

Una mañana cuatro amigos del príncipe fueron á casa de María, consternados, y la hicieron saber que Jorge había atentado contra su vida, y que no quería morir sin verla por última vez. María se angustió; pero supo conservar su serenidad, y, temiendo alguna emboscada, dijo que iría á ver al príncipe, pero siempre que la acompañase la duquesa de Devonshire, cuya edad y respetabilidad eran firme garantía contra toda sorpresa. La duquesa accedió, y ambas entraron en la habitación del herido, al que encontraron, en efecto, cubierto de sangre. Les dijeron que se había clavado su puñal en el costado; pero los escépticos suponen que se trataba de una sangría del médico. Verdadera ó falsa, la escena produjo su efecto: María se conmovió, y las tiernas miradas del herido vencieron su resistencia. Por segunda vez pidió su mano, con labios pálidos y temblorosos, y María se la otorgó, celebrándose el matrimonio en casa de María el 15 de Diciembre de 1785, conforme al rito anglicano, aunque sin abjurar María de su religión católica, uniéndoles un sacerdote anglicano con todos los requisitos de validez.

Don Juan había consumado su plan siniestro: la pobre María, á quien el príncipe llamaba su «rosa blanca», fué sacrificada á las maniobras de la política y á la perfidia del príncipe. El odio contra el catolicismo era entonces tan grande en Inglaterra, que el país entero se hubiera sublevado contra el heredero del trono antes que sancionar su matrimonio con una católica. Interrogado Fox, el confidente del príncipe, ante el Parlamento, negó descaradamente los hechos, diciendo que «no sólo aquella pretendida unión no podía considerarse admisible ante la ley, sino que jamás había tenido lugar». Y el Príncipe de Gales, que había dictado aquellas palabras, decía

con la mayor frescura á María al día siguiente: «¿Sabes lo que ha hecho Fox ayer? Ha asegurado al Parlamento que no éramos marido y mujer. ¡Puede cometerse semejante impostura!» El Parlamento, desconfiando de las declaraciones de Fox, le había preguntado si hablaba por cuenta propia, ó si estaba autorizado para desmentir el rumor del casamiento. «Autorizado directamente», respondió. Y el Parlamento levantó acta de aquellas palabras sin apelación, y la Historia también.

Para afirmar su posición no le bastó esta perfidia al príncipe, y en 1795 se casó con su prima Carolina de Brunswick, que le llevaba los millones que necesitaba para acallar á sus acreedores, y de la que se separó al año siguiente, intentando un escandaloso proceso que duró veinticinco años. María había soportado su desgracia con dignidad, sin producir ni una queja. En 1800 los amigos de uno y otra obtuvieron una reconciliación, y los esposos vivieron unidos ocho años; pero en 1808 Jorge IV abandonó á su «rosa blanca» por lady Hertford. Murió en 1830, y María le sobrevivió hasta 1837.

Wilkins sostiene que Jorge IV no olvidó nunca á María Fitzherbert, citando al efecto el hecho siguiente: Al morir Jorge IV, el duque de Wellington, único que había quedado al lado del ataúd en que descansaba el cuerpo del rey, observó que éste llevaba al cuello un medallón pendiente de una cinta negra; el duque abrió el medallón, y vió en una miniatura el retrato de María Fitzherbert. Volvió á cerrar cuidadosamente aquella joya, y la ocultó bajo la camisa del difunto para que nadie la descubriese, y el rey fué enterrado con la miniatura de María sobre el corazón.

## IMPRESIONES Y NOTAS

FISIOLOGÍA DE LA LECTURA Y DE LA ESCRITURA. — Tal es el título de una historia de la escritura del Dr. Javal, antiguo profesor de Óptica y miembro de la Academia de Medicina;

este distinguido profesor ha perdido la vista; pero sigue consagrando el tiempo á sus estudios favoritos, y merece ser citado al lado del naturalista Huber, que después de cegar siguió haciendo observaciones sobre la vida de las abejas; del historiador Agustín Thierry, cuyos trabajos sobre la historia de Francia tampoco fueron detenidos por la ceguera; y de nuestro D. Manuel Merelo, que, á pesar de sus años y de su ceguera, continuó explicando su cátedra de Geografía é Historia en el Instituto del Cardenal Cisneros, y pronunciando en el Senado sus hermosos discursos, asombrando á todos con la prodigiosa precisión de su memoria, que retenía con pasmosa exactitud todos los hechos y todas las fechas, por poca que fuera la importancia de los sucesos históricos.

Ya el mismo Dr. Javal—según hace notar en *La Revue* el sabio Miguel Breal—había publicado otro libro, *Higiene de las escuelas primarias y de las escuelas maternas*, en el que, suponiendo que su auditorio fuese ciego, daba consejos viriles é inteligentes para la mejor organización de su vida, mostrando cómo los otros sentidos pueden suplir el de la vista, y no temiendo entrar en los detalles más íntimos, llegando á dar consejos sobre el capítulo mismo del matrimonio. En su nuevo libro, Javal, aparte del estudio de los órganos de la visión y de su funcionamiento, indica las precauciones que deben tomarse para leer y escribir sin menoscabo de la vista, y señala los errores más corrientes en la construcción de edificios escolares por efecto de las falsas teorías reinantes sobre la difusión de la luz. Trata ampliamente de la miopía, declarando que la herencia debe contarse entre los casos relativamente raros, y dice que las verdaderas causas son: la insuficiencia de la luz, los caracteres de imprenta demasiado pequeños y las líneas demasiado largas.

\* \* \*

EMBAJADORES RUSOS DE ANTAÑO. — Son curiosas algunas anécdotas sobre las primeras embajadas rusas, recogidas por Leopoldo Lacour. En 1655, la república de Venecia envió á

Rusia una embajada para hacer una alianza contra el Gran Turco, y en justa correspondencia Rusia decidió enviar otra embajada á Venecia, eligiendo al efecto al Voivoda Tchemonadoff (1) de embajador, y al diácono Postnikoff de adjunto, con un séquito de 36 personas y un limosnero; para los gastos no llevaban dinero, sino mercancías, gran cantidad de pieles y 4.000 libras de ruibarbo.

Después de un largo viaje llegaron á Liorna, y como tenían alta idea de su importancia, no consintieron en saltar á tierra sino después de haber sido recibidos con salvas. Con sus trajes persas y tártaros, sus gorras de piel, sus trajes flotantes y su larga barba, no dejaban de hacer sensación cuando no se emborrachaban, cosa en ellos frequentísima. Aunque destinados á Venecia, pretendían ser recibidos en todas partes con grandes honores y alojados gratuitamente, no comprendiendo que tuvieran que pagar á nadie por nada. A los cocheros que les llevaban á récorrer las ciudades ó á visitar á los personajes de nota les hacían subir á sus habitaciones y, en lugar de dinero, les daban á beber aguardiente, eso sí, en copas de oro. Después de un concierto, les dijeron que convendría recompensar á los músicos; pero Tchemonadoff se disculpó diciendo que no tenía suelto, y mostró dos monedas de oro. Aparentaron creer que las ofrecía, las cogieron y se las dieron á los músicos, con tal disgusto del embajador, que estuvo toda la noche de hocicos, como un chiquillo.

Cuando el dux pudo recibirlos, exigieron que les diese á conocer la fórmula del saludo para ver si en ella se omitía alguno de los títulos del czar, que había adoptado una interminable retahila de títulos. El ministro de Francia les hizo una visita, y como eso no estaba previsto, no se la pagaron. Un poeta florentino hizo un soneto en honor de Tchemonadoff sin

---

(1) El nombre en francés es *Tchémonadoff*; pero como nuestra *ch* castellana es la equivalente fonética del *tch* francés ó alemán, no hay para qué conservar la forma *tche*, que en castellano es completamente falsa y superflua.

mencionar á Postnikoff; éste se incomodó, y á punto estuvieron de batirse si el marqués Corsini no hubiera prometido que se haría otro soneto parecido en honor de Postnikoff; lo hicieron, en efecto, pero lo pusieron en un papel más grande y mejor que el anterior; y de aquí nuevas disputas y disgustos, hasta que los dos sonetos quedaron escritos en papel exactamente igual y diciendo exactamente lo mismo.

Cuando estuvieron en Florencia visitaron al gran duque Fernando II con gran pompa; pero cuando les dijeron que tenían también que visitar á la gran duquesa se negaron en redondo, y no hubo modo de convencerles ni por súplicas ni por precedentes de ninguna clase. Ni siquiera habiéndoles escrito el gran duque se rindieron. «No es conveniente que vayamos á ver á la princesa: nosotros hemos sido avisados para ver al príncipe, pero no á su familia», contestaron invariablemente. Y, bien mirado, no dejaban de tener razón en este punto.

\*  
\* \*

LOS QUE DAN DISGUSTOS Y LOS QUE DAN ALEGRÍAS.—La psicología ordinaria y popular—dice Nemi en la *Nuova Antologia*—clasifica á los hombres en buenos y malos, sabios y locos, fuertes y débiles, puros é impuros, ateos y creyentes, etc. Una simpática escritora, Dora Melegari, propone distinguirlos, desde el punto de vista moral y social, en dos grupos bien caracterizados, según el bien ó el mal que cada uno ocasiona al prójimo: «los que dan disgustos y los que dan alegrías».

Hasta el Cristianismo—dice Dora en el prefacio de su reciente libro *Faiseurs de peines et faiseurs de joies*—parece dispuesto á volver hacia las fórmulas simples y á concentrarse en dos nociones principales: la de un padre divino del cual procedemos y al cual hemos de volver, y la de la fraternidad de los hombres. La práctica de esta fraternidad tiende á convertirse—mil síntomas lo indican—en la verdadera piedra de parangón de la vida religiosa. La Melegari quisiera que lo llega-

se á ser hasta para la existéncia común y que se la considerase como regla de sabiduría.

Realmente, la nueva teoría es una de tantas formas del criterio epicúreo de la moralidad, criterio que seduce al pronto por su aparente sencillez, pero que resulta tan complejo en la práctica como el que más. Porque ¿qué es el que causa una alegría? ¿Un bienhechor? No. En mil casos, las alegrías producidas en un momento dado se tornan en positivos perjuicios. Un amigo me convida y me obsequia con los vinos más exquisitos: ¿no me causa una alegría? Evidentemente. Pero esos vinos me hacen daño, porque soy diabético, porque padezco del corazón ó del hígado ó de los riñones. ¿No me causan un disgusto? Evidentemente también. Y entonces, ¿dónde está el criterio para la clasificación? ¿En la intención? Salimos de los límites de lo puramente externo y visible, para penetrar en arcanos de difícil exploración.

\*  
\* \*

¿SON INCOMPATIBLES EL SOCIALISMO Y EL PATRIOTISMO?—  
C. Bouglé trata en la *Revue Bleue* de tan interesante cuestión, dejando á un lado con razón los argumentos sacados en pro ó en contra de la actitud personal de tales ó cuáles más ó menos caracterizados socialistas, y plantea el problema en su verdadero terreno: el terreno doctrinal.

Artículo primero de la nueva organización: En la sociedad nueva no hay capitalistas. Es decir, que, sea por su lento decrecimiento hasta reducirlos á nada, sea por un decreto que los suprima, toda renta, alquiler, provecho ó riqueza no creada ó recreada por nuestro trabajo personal, desaparece. Aparte de los inválidos—únicos rentistas tolerados y servidos por la colectividad,—todo el mundo vive de su trabajo y sólo de su trabajo; se acaban los zánganos, para no quedar más que las abejas. Claro es que la industria seguiría haciendo valer los fondos que se pusieran á su disposición, pero sus productos irían á la colectividad; claro es también que cada cual sería dueño

de sus alimentos, de sus vestidos ó de su casa, pero nadie poseería ni una tierra, ni un taller: nadie podría explotar á nadie.

Para repartir mejor los huevos, se dice á esto, matáis la gallina. Porque si nadie tiene interés personal en producir más y mejor, ¿no se corre el riesgo de que las abejas se duerman? Por otra parte, esa sociedad así organizada, ¿se aislará de las demás sociedades todavía no preparadas para el nuevo régimen? Y si no se aísla, ¿no correrá el riesgo de una invasión de productos extranjeros que mate la vida nacional? A esto dicen los socialistas (véase Vandervelde) que la organización colectivista es superior á la capitalista precisamente en la producción más que en la distribución, pues sería menos costosa y no temería la competencia.

Habría que verlo, diga lo que quiera Vandervelde; pues una cosa es la teoría y otra la realidad. Pero ¿y si las sociedades individualistas mantuvieran su estado actual de preparación para la guerra? ¿No obligaría esta situación á organizar otro estado semejante de cosas? Sí; pero limitado á preparar la *defensa* nacional, y sobre su suelo, en torno de riquezas que serían patrimonio de todos (pero que por ser de todos en general no eran de ninguno en particular), la nación armada sería invencible, según Bouglé. El Estado se vería libre del cuidado de defender el privilegio de las clases *poseyentes*—su principal oficio hoy, según los socialistas,—pero tendría que seguir poniendo su fuerza al servicio del derecho. Y esto basta para tener plena conciencia de su personalidad y de su misión, y por consiguiente para mantener vivo el patriotismo, el sentimiento del amor á la patria, organismo viviente de que cada ciudadano forma una parte integrante.

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Dizionario di sociologia* (contenente circa 350 vocaboli e 150 nomi di autori), pel Dott. Fausto Squillace. Palermo, Remo Sandron, editore, 1905. Dos liras.

La sociología va marchando, no obstante sus contradictores. Los ha tenido y los tiene, como toda ciencia en formación, y aun puede añadirse que como todo invento y como todas las innovaciones. En el día de hoy puede decirse que ha superado ya las pruebas más difíciles. Nadie se atreve ya, sino á lo más de una manera tímida, á negarle, cual ocurría hace poco, el derecho á existir. Sus cultivadores, y hasta sus apasionados, son legión. A la hora presente cuenta con una literatura abundantísima. Quizá no haya otra alguna disciplina que la tenga tanto.

Sin embargo, el tecnicismo de que se sirve, como es fácil de comprender, se halla muy lejos de estar formado, y menos aún fijado. Cada cual se atreve á inventar vocablos nuevos para conceptos nuevos ó relaciones antes no estudiadas. Los mismos que han entrado ya en el lenguaje corriente de la ciencia se hallan lejos de tener para todo el mundo igual significación. Unos les dan un valor y un sentido, y otros otro. Y así no es fácil entenderse, y los equívocos menudean. Convendría por eso algo así como una definición clara y estable de los aludidos términos. Esto es lo que se persigue con los diccionarios de una lengua. Esto y el vulgarizar el caudal de palabras que han empezado á usar los sociólogos es así bien lo que busca el

Sr. Squillace con su diccionario de sociología, bastante imperfecto aún, cosa disculpable por ser el único en su género publicado hasta ahora.

Es, sin duda, obra útil. En pocas páginas traza un cuadro de las más sonadas y conocidas teorías é ideas sociológicas y de los principales sociólogos de nuestro tiempo.

---

*Diritto e personalità umana nella storia del pensiero*, per Giorgio del Vecchio. Bolonia, 1904. Folleto de 32 páginas.

Se trata de una de esas prolusiones, frecuentes en Italia, sobre todo entre profesores que se encargan por primera vez de sus cátedras, ora al entrar en el profesorado, ora al ser trasladados de una á otra Universidad. El presente folleto es la prolusión leída por el profesor Del Vecchio, el 19 de Enero de 1904, al dar comienzo á su curso de filosofía del derecho en la Universidad de Ferrara.

Contiene un bosquejo breve, pero bien trazado, de la evolución que ha sufrido á través del tiempo el concepto de la personalidad humana, y tras del concepto de la misma su reconocimiento en el orden legislativo y práctico. El autor indica á grandes rasgos la elaboración del concepto referido y la parte que para determinarla ha correspondido á los principales pueblos y épocas, á partir de los griegos y los romanos hasta nuestros días.

---

*I presupposti filosofici della nozione del diritto*, per Giorgio del Vecchio. Bolonia, 1905. Un volumen de 192 págs. en 4.º, 4 liras.

El libro este reacciona, y reacciona de un modo poderoso, contra el empirismo y el positivismo jurídico. Su autor, en quien no hay más remedio que reconocer un temperamento verdaderamente filosófico, á la vez que una muy sólida cultura

respecto á la materia que trata, parece un kantiano. A veces se da la mano también con Aristóteles y el escolasticismo aristotélico. Y de cualquier manera se halla dentro de la corriente idealista y racionalista. Aprecia y concede no poco valor á las escuelas y direcciones más ó menos contrarias á la suya (empirismo, positivismo, escuela histórica, sociológica, realista, jurisprudencia comparativa, doctrina general del derecho...); pero, á juicio de él, ninguna de estas escuelas puede dar la noción propiamente filosófica del derecho, noción que no puede menos de ser universal y valedera siempre y en todo caso. Esta noción, que ha de ser—dice muy repetidamente—formal y no de contenido, es la única que puede poner al investigador en disposición de saber lo que sea esencialmente el derecho. Y esa noción antecede á toda experiencia, según el profesor Del Vecchio, y proviene de la razón misma, gracias á lo cual puede el sujeto encontrar lo jurídico y calificarlo en las relaciones concretas é históricas.

Se trata, pues, de un nuevo defensor del derecho natural ó racional, con sus consabidos caracteres de absoluto, etc. Acaso no logre convencer con sus razonamientos á muchos lectores, á no ser á los que ya de antemano estén convencidos; mas no creo que haya nadie que deje de reconocer el valor real de este libro, ya por lo sereno y firme de su doctrina y su argumentación, ya por la amplitud de las referencias y citas que contiene, principalmente de escritores modernos y contemporáneos. Traza un cuadro bastante completo del estado actual de la filosofía jurídica, sobre todo en el país en que más se cultiva: Alemania. A través de estas pocas páginas se da uno cuenta suficientemente clara del estado presente del problema capital de la filosofía jurídica, esto es, la noción del derecho.

P. DORADO

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	5
<i>La nueva artillería de campaña de tiro rápido</i> , por Ramón Varela.	17
<i>Novísimas tendencias de la Sociología</i> , por Adolfo Posada.....	39
<i>La civilización, estorbo de la independencia</i> , por P. Dorado.....	55
<i>Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	73
<i>España fuera de España.—Cicerón y los españoles</i> , por H. de la Ville de Mirmont.....	103
<i>Alma de niña</i> , por Dostoiewsky.....	125
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	162
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	173
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	201

# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la  
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,  
número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.  
**Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.  
**Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Floren-  
cencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.  
**Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.  
**Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.  
**Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.  
**Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.  
**Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.  
**Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.  
**Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.** — Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.

**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.

**Picón.**—Ayala, 1 peseta.

**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.

**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.

**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Moussset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.

**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**González.**—Derecho usual, 5 ptas.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpłowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. —
- De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
- Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

**Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

**Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.  
 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
 Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
 Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.  
 Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.  
 Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
 Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

### FILOSOFÍA

- Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.  
 Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
 Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
 Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
 Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
 Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
 Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
 Heine.—Alemania, 6 pesetas.  
 Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

### HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.